

El Ray Mocha

Revista Semanal



Nº. 889

Doctor Augusto B. Leguía y general Carlos Ibáñez, presidentes de las Repúblicas de Perú y de Chile, respectivamente, quienes, inspirados por los más altos sentimientos de confraternidad, se hallan próximos a resolver satisfactoriamente, con aplauso del mundo civilizado, el viejo pleito internacional del Pacífico.

Últimas creaciones de la moda femenina



- 1 — Conjunto para la tarde, compuesto de un traje de raso rojo negro estampado rojo; en la cintura dos motivos de cuero barnizado negro y oro mate. Y de una chaquetita ejecutada con la misma tela guarnecida con castor rojo. — 2 — Traje para la tarde confeccionado en raso color rojo, guarnecido con encajes de tono crudo. — 3 — Traje, también para la tarde, ejecutado en sa-
yén negro con bordado rojo y metal oro.

FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912

Dirección, Redacción y Administración: CERRITO 607

Año XVIII

Buenos Aires, 7 de mayo de 1929

No. 889



CONSTRUIR VIAS A BAJO NIVEL

Un viejo y eficaz adagio criollo dice que el hombre se hace a fuerza de puño. Generalizando, podríamos agregar que los pueblos se hacen a base de experiencia. No tendríamos diques si las inundaciones no hubieran arrasado a menudo con poblaciones enteras; no tendríamos paracaídas si el tráfico aéreo no hubiera ocasionado más de alguna trágica desgracia; no tendríamos autos y ferrocarriles — digamos con un poco de oportuno buen humor — si nuestros antepasa-

dos no advirtieran entonces las incomodidades del ir a pie o de sentarse en los destartados bancos de la galera histórica. Toda esta ligera filosofía viene a cuento con motivo del doloroso accidente de Flores, en el cual un tren eléctrico embistió a un omnibus cuyos pasajeros resultaron muertos o heridos graves en casi su totalidad.

En efecto, desde que se produjo el lamentable suceso no se habla sino de la necesidad de que las empresas ferroviarias construyan las vías a bajo nivel. En declaraciones de ingenieros y legisladores, en publicaciones periodísticas y en transmisiones radiotelefónicas no se hizo sino agotar el tema. Falta ahora que el triste y aleccionador accidente no concluya en un mero palabrerío... hasta tanto se produzca otro de idénticas consecuencias. Es decir, falta, ahora, después de la discusión del tráfico, que degeneró en si la empresa del F. C. O. tenía o no la culpa, que las consabidas vías a bajo nivel se construyan de inmediato.

LOS PREMIOS MUNICIPALES DE LITERATURA

A pesar de los términos estrictos de la ordenanza respectiva, aún no se ha expedido el Jurado encargado de repartir los premios municipales de literatura. La dilación no sería de lamentar, si en cambio se beneficiara la bondad del fallo. Pero es muy posible, no obstante el retardo del pronunciamiento, que este sea tan deficiente como el de años anteriores.

Por vicios de la misma ordenanza, que dá representación a todo el mundo, aún a las entidades más ajenas a las actividades del espíritu, menos a los autores interesados que no pueden sino nombrar un miembro, la composición del jurado permite suponer que se dictaminará de acuerdo con un simple criterio "municipal y espeso". Todo esto se opone a la sana lógica. Así

como sería absurdo poner las cuestiones edilicias en manos de médicos, así es ridículo dejar que personas incompetentes en la literatura, por más ilustradas que ellas sean, fallen sobre la producción intelectual de Buenos Aires. Se trata, sobre todo de una cuestión de sensibilidad, antes que de conocimiento libresco o de administración de dineros públicos. De ahí que casi todos los años siga al fallo del Jurado la protesta de los escritores calificados y de la opinión inteligente del país. Veremos; sin embargo, qué se hace en el próximo dictámen que, por las razones de práctica aducidas, no puede tardar más tiempo.

Si el Jurado quiere fallar a conciencia hay obras dignas para premiar haciendo honor a la buena literatura argentina.

EL VECINDARIO Y LAS REFRIEGAS NOCTURNAS DE CABARET

En un concurrido cabaret céntrico se produjo días pasados una batahola en la cual resultaron contusos más de treinta sujetos, algunos de malos antecedentes según comprobó más tarde la policía. La refriega asumió proporciones considerables al punto de provocar la protesta de los vecinos, que, conforme a la exposición que levantaron ante las autoridades, se ven obligados a menudo a requerir buena mente del dueño del establecimiento un poco más de consideración. Se desprende de esto último que los incidentes en el aludido cabaret son frecuentes y que las autoridades no han prestado hasta ahora la debida atención a los reclamos del vecindario. De otro modo no se explica que éste optara por apelar a la voluntad generosa del dueño de la casa, antes que a la policía o la justicia competente.

Nos hallamos, pues, en el caso, tantas veces planteado, de si las autoridades cumplen o no con su deber. ¿Cómo es

posible, si nó, que no logren inspirar confianza en el ánimo desazonado de la población? El hecho de que en esta oportunidad los vecinos se atrevieran a formular sus quejas ante las autoridades no quita la trascendencia lamentable que refleja la exposición aludida. Corresponde a aquellas rehabilitarse moralmente, procediendo con verdadero rigor, a fin de que el ejemplo cunda en todos los establecimientos semejantes, donde el desorden es un espectáculo del habitual programa nocturno.

UN DON SEGUNDO SOMBRA APOCRIFO

En Mendoza fué detenido Don Segundo Sombra, quien le había dado una tunda formidable a un compadrito ciudadano que se le cruzara en el camino. En seguida corrió la noticia por el país, creyéndose en general que nos hallábamos ante una criollada del inmortal hijo espiritual de Ricardo Güiraldes. Ya se había hecho la simpatía alrededor del héroe cuando resulta que el Don Segundo Sombra en cuestión es apócrifo, es decir, que si bien lleva el nombre del gaucho célebre está lejos de serlo auténticamente. La decepción fué lamentable para el detenido.

Es posible que, aparte del nombre tenga las mismas condiciones de fortaleza moral que adornan el bizarro temperamento del héroe literario; pero esto nada pesa, y es seguro que no contará ya con la benevolencia que el magistrado correspondiente y la opinión pública, en general, guardarían — en homenaje a Ricardo Güiraldes — para el verdadero Don Segundo Sombra. La culpa no es suya, sin embargo...



De qué había servido que el ejército partho extendiese el dominio de su rey por los territorios anatólicos? ¿De qué servía que Trídates, el invicto campeón, hubiese lanzado sus rudas falanges contra la oriental Bactriana y que sus soldados, curtidos por las nieves del Volog y por el ciego sol de Ispahán, hiciesen sufrir el yugo de la opresión al antes floreciente imperio limítrofe?

¿Qué ventajas había logrado el rey, hermano de la Luna y del Sol, con traslador la corte desde la soberana Hecatómpila hasta la recién conquistada villa de Csifonte, que en pretéritas edades se miraba orgullosa en las límpidas aguas del Tigris pero que hoy iba extendiendo su caserío hacia los sombríos montes libaneses, como avergonzada de haberse dejado conquistar?

Las tropas de Amurates, que al reinar tomó nombre de Arsaces II habían salido victoriosas en sus luchas con Calineo y hasta el mismo Antíoco el vencedor de Pentapólis y Naftalí tuvo que abandonar ante el avance del ejército partho las fértiles provincias de la Hircania y vió con desesperación cómo los pendones de sus rivales de Oriente, tremolaban victoriosos en ambas márgenes del caudaloso Chat-el Arab.

Y el rey victorioso, grande, capaz de lanzar un desafío gético a la República de Hellas se aburría en su dosel de patas dragonescas con incrustaciones de alabastro y auricalco.

La maldición de una encantadora bactriánica que soplo sobre la cuerda de trece nudos una noche de tormenta junto al brocal de un pozo fué la causa de la nostalgia real.

El hada madrina trató inútilmente de deshacer el encantamiento. Ni el sacrificio de la más pura doncella de Csanofen, ni la varita de virtudes de la buena hada fueron suficientes a calmar la cólera de los dioses invocada por la saludadora con su sortilegio malféfico.

Y los cortesanos buscaron en vano la forma de lograr que la luz de una sonrisa floreciera en el palor de los labios reales.

Los ojos nictálopes del soberano no gustaban ni de los perfumados jazmines de Persia, ni de las blancas rosas del Getshemaní, y hasta los lirios decadentes del jardín real, tristes, como su señor, eran más pálidos que el alba enferma, que el crepúsculo agonizante.

El Hijo de la Mañana, el pálido Príncipe de la Gran Asia no podía desechar sus melancolías.

Su general, Trídates, organizó regias cabalgatas por las floridas márgenes del Eufrates y extendió sus arriesgadas correrías hasta el río Brahmaputra.

Arsaces II sostuvo torneos en lucha igual contra sus vecinos los

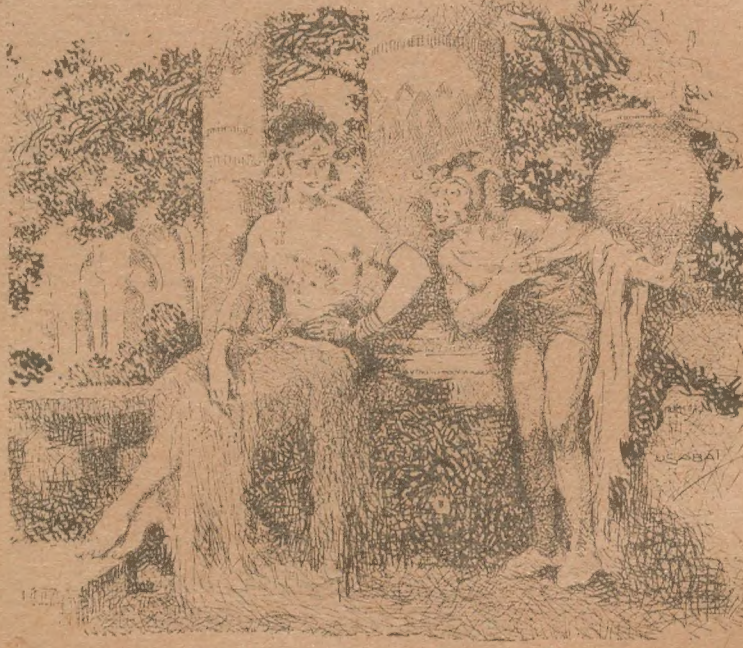
reyezuelos de Media, Babilonia y Asiria y siempre el brazo potente del rey partho veneó a sus rivales como sus tropas habían antes vencido a los ejércitos medios, babilónicos y asirios.

El rey Arsaces — geranio enfermo en búcaro de diamantes — se moría de melancolía y no bastaba a salvarle la pléyade de nigromantes del acaso, descifradores del Zend Avesta y de los herméticos libros menfisenses, que rodeaban su trono y que pasaron perennes vigiliando en los

jores reses en el altar de los dioses y quien, por último, mandase dar caza al pájaro de oro que revoloteaba junto a los tejados de los palacios de Nabucodonosor y que no era sino un príncipe encantado conocedor de todos los secretos de la magia y que a no dudar devolvería al rey la alegría que perdió.

El desgraciado rey se hallaba a punto de morir.

Ya su paladar no gustaba de la miel fabricada por las abejas libadoras de paneles en los rosales



Calla un momento el bufón y la reina de Parthia, nostálgica, añorante...

rastros estelares la nigromancia que había de salvar al rey.

Hubo entre los cortesanos quien le propuso tomarse por esposa a su propia hermana, según era costumbre en la nación parthia, quien que sacrificara las me-

de Jericó, ya sus ojos no querían presenciar las danzas ni los torneos.

¡Pobre soberano! El más miserable de sus súbditos no se hubiera trocado por él.

El casco pesábale sobre la ca-

ANECDOTA

Estaba Rudyard Kipling en su escritorio corrigiendo unas pruebas cuando le anunciaron una visita. El criado hizo entrar a los visitantes, un yanqui y sus dos hijos.

—¿Es usted el señor Rudyard Kipling?

—Sí, señor; ¿a quién tengo el honor?

Pero su visitante, sin contestar, se dirigió a sus hijos y les dijo:

—Hijos míos, éste es Rudyard Kipling!

Después mirando al escritor, que se encontraba asombrado, le volvió a preguntar:

—¿Es esta mesa donde usted escribe sus libros?

—Sí—contestó el escritor.

Volvió el yanqui a decir:

—Hijos míos, éste es Rudyard Kipling!

Y contento se marchó con sus hijos sin dar su nombre.

beza, las mallas oprimían su cuerpo y el bufón que cabriolaba junto a él, causábale más desprecio que regocijo.

¡Bien supo trazar su sortilegio malféfico la saludadora de Hircania!... El corazón del soberano de los territorios situados al Poniente del imperio medopersa hallábase por entero consagrado a un amor imposible.

El rey Arsaces II hallábase enamorado de una danzarina griega cuya belleza en polémica con Sócrates desarmara al filósofo de su ironía, cuya nariz de finas aletas contráctiles tomó Pírrros para modelo de sus estatuas y cuyos ojos, rodela magnética en las que floreció la hipnosis, se tomarían por dos esmeraldas perveras, la luz de dos luciérnagas enfermas, dos gemas desprendidas de áurea corona imperial; más bella que Sapho y Nusicaa de ojos verdes como pámpanos de

Falerno de uva en agraz, talle erguido, hierático, solemne; arrigante cual Polymnia, de cabellos de un hépar casi azul de tan negro como era y que internada por Júpiter en el Parnaso haría florecer la cizaña de la envidia en los corazones de las nueve mitológicas hermanas.

Así de bella la danzarina griega que enamoró a Arsaces de Parthia y por eso en Csifonte los címbalos y ajorcaas contagiados de la tristura de su señor, no suenan, como tampoco dejan oír su voz los rabeles de los pastores del Anti-Tauro.

Actea, la bailarina helena, llegó al país partho como una princesa de leyenda perseguida por los ciudadanos rhodios que quisieron vengarse de un pecado que como sacerdotisa de una deidad comestiera.

Y hoy los cinco soldados que persiguieron a Actea cegados por las tropas de Trídates pagan cara su osadía añorando las delicias de su lejana isla en las inmundas mazmorras de Hecatómpila.

II

Pájaro de plumaje multicolor que al verse encerrado en una jaula de oro y diamantes enfermó de tristeza por su pérdida libertad! ¡Mariposa polieroma que adornó la más bella sala de los palacios reales!

Más feliz el cínico filósofo ateniense que la bellísima danzarina rhodia reina absoluta de Parthia y dueña del rey Arsaces que declinó en ella todos los símbolos de realengo.

Actea mandaba a los guerreros.

A una orden suya las invencibles falanges de Parthia hubiesen irrumpido en Fenicia y Judea y conquistarían para ella la Media y Babilonia. Los nobles y los consejos de ancianos se arrastraban a sus pies implorantes de la luz de una de sus sonrisas y una corte

de azafatas desgranaba un saltorio de adulaciones en los oídos de la joven helena.

Y la pobre Actea era infeliz con su ilimitado poderío, como antes Arsaces de Parthia era más desgraciado que los esclavos amalecitas internados en Csifonte.

La danzarina griega quiso convertir en pajes a los rudos soldados que como única vestimenta llevaban un casco, un escudo y un pantalón de mallas, y sufrió su primera desilusión. Los parthos eran toscos, brutales; de ellos no podía sacarse sino guerreros, parias en la paz, incapaces de alimentarse de otra cosa que del botín de los vencidos, y los nobles en nada se diferenciaban de sus vasallos sino en la mayor crudeza, en el más atroz embrutecimiento.

¡Y Actea que había soñado con una corte de bardos que tejiesen para ella un sortilegio de poesías en el declinar de los incomparables crepúsculos asiáticos!...

Las azafatas, cuasi varoniles, eran más prontas a entusiasmarse con las gestas y cazas de tigres que con los torneos de ingenio y así también la plebe sin otra ambición que la de dilatar constantemente sus fronteras.

Ahora Actea paseaba por el encantado jardín real y su silueta grácil envuelta en la túnica helena se recostó cabe el estanque en el que un cisne adolescente, orgulloso de su belleza dibujó una ese con el suave plumaje de su cuello albo y los dedos marfileños de la reina deshojaron un tulipán, rubio como un paje de Germania, cuyas hojas al caer en la linfa irisaron en granate el azurita de la fluvia.

Nada interrumpía la calma octaviana del jardín, profusamente matizado con rosas transplantadas de los huertos de Alejandría, tulipanes de Teherán y lirios vitrescentes de las orillas del Amur-Daria.

El sol ocultándose tras el cristal esmerilado de una nube parva tiñó en rojo la aureolidad monócroma de sus destellos y Actea tuvo un pensamiento, una triste añoración nostálgica para la riente Hellas cuyo cielo azulíneo jamás alcanzaría a ver.

De pronto, tras un bosque de begonias palidescientes que ornaban la orilla del estanque, apareció la figura del bufón.

Cétrina la color del rostro enjuto, pálidos y gruesos los labios de la boca desdentada, como la entrada de un túnel sin salida, anexas las aletas de la nariz chata y deforme y los ojos oblicuos, acusaban la infusión de sangre china—sangre de perro en Parthia—en sus ascendientes.

En la testa de pelo lacio como corona de ignominia era el burdo gorro escarlata y ornando su mano, más bien zarpa peluda, brillaba un cetro de cascabeles.

Actea le miró compasiva.

El bufón pretendió dar una expresión seria a su rostro ridículo y fué una mueca horrible lo que

en el rictus labial floreció.

Acercóse a la reina y su voz con inflexiones de ternura habló al corazón de la danzarina de Rhodas que le escuchó en un principio contenta de hallar un rincón de belleza en el reino agreste y salvaje aunque aquella se escondiera en el cuerpo contrahecho del bufón, que comenzó su discurso en esta forma:

—Triste Princesa de todas las Asias. Las golondrinas abandonan Parthia y sus inquietantes zig-zagueos como los pensamientos de nuestra reina amada se encaminan a la sirente Hellas; huyen las aves de los fríos del anti-Líbano y tus saudades. ¡Oh, poderosa Princesi-



ta asiática! huyen también de las praderas inhóspitas de mi reino. En los territorios que el Eufrates fertiliza no parecen a nuestra soberana prisionera tan bellos los bosques; tan lindas las flores ni tan azul el cielo. Las perlas que los pescadores del golfo Pérsico aportan para engalanarla no te son tan preciadas cual las sencillas peinetas de Macedonia y los perfumes extraídos de las rosas de Csanofen y de las magnolias pálidas de Hindú no te agradan tanto como el perfume salobre de la brisa que besa las rocas milenarias de Rhodas y Chipre.

Calla un momento el bufón y la reina de Parthia, nostálgica, anorante, parece una de aquellas estatuas mudas y solemnes con que Pírrros embelleció Atenas, la capital del mundo, y ante el silencio de su dueña continúa hablando el deforme juglar:

—Quisiera ser el pájaro azul de tus ensueños para trasladarte al mágico territorio en cuyas costas el magnífico Mediterráneo rompe en encajes de plata y azul las salobres aguas de sus olas, para conducirte después a Lesbos y enseñarte las dulzuras del amor bucólico en la patria de la musa décima y luego remontar mi vuelo a Lacedemonia para que juntos ad-

mirásemos la felicidad paradisiaca de los espartanos regidos por las leyes de Licurgo. ¡Yo te amo soberana de Hecatónpila y Csifonte! Sígueme y cual nuevos Ulyses regresaremos a tu patria y allí en Atenas, Beocia o Macedonia como dos simples ciudadanos griegos seremos felices lejos de la esplendorosa corte del Rey Arsaces.

La reina escuchó la declaración del bufón con un gesto hierático y en las pupilas verdes floreció el destello de una ilusión mientras el audaz, olvidada su fealdad en aquella hora solemne cogió la mano toda alabastro y nácar de Actea

EL HOMBRE

Secreta voz al porvenir le lleva
y a impulsos de su anhelo soberano,
buscando luz para el dolor humano,
hacia la luz el pensamiento eleva.

Hoy, visionario del ideal, renueva
su excelsa marcha al porvenir lejano,
presintiendo en la noche de lo arcano
la augusta gloria de una vida nueva.

Eterno peregrino del futuro,
navegará hacia el porvenir oscuro,
preñado de quimeras redentoras,

viendo, tras de los piélagos profundos,
surgir del Occidente nuevos mundos,
y del Oriente azul, nuevas auroras!

Ricardo ROJAS

y sus labios besaron irrespetuosos la epidermis sedaña.

Fué un momento tan solo.

Después el lirio pálido de la mano real azotó la mejilla del bufón.

La corona de escarlata cayó de la cabeza calva, en una dolorosa claudicación y la bella al ver a su adorador en una postura que tan poca armonía con su declaración guardaba, rió...

Y los arpeggios musicales de su risa rimaron junto al estanque de azurita con el ruido de los cascabeles del bufón.

III

Y aquella noche, como todas... Apenas el sol incendió en oro el firmamento de Csifonte y escondió su rubia cabellera tras las montañas libanenses, Actea reclinada en las almenas de su palacio miraba a la pálida amada de los juglares y mientras en sus ojos gatunos, hipnóticos, asomaban irrespetuosas las perlas líquidas de dos lágrimas amargas, el bufón convertido en trovero cantaba la endecha de su pasión cabe el castillo mayestático.

Sólo para entristecer a la joven sirvieron las atenciones que para ella tuvo Arsaces adornando las rosaledas con estatuas de Safo y Sócrates, mandando traer de Hellas los más preciados frutos de la europea república que aumentaban la nostalgia de la reina con su presencia y que únicamente servían para que el alma de Actea volara hacia los rientes territorios colianos y en su añoración perenne trocárase en morado el círculo pálido de sus ojeras.

Y en la inmensidad de la noche, la reina de Parthia pensaba...

En que los soldados asiáticos no eran hombres sino centauros que jamás abandonaban sus caballos ni aun para celebrar sus juntas y reuniones; que en aquel país donde no se conocía otra música que la de las ajoreas y címbalos, ella era como una ciudadana ateniense prisionera de las tropas de Beocia y en tanto que la reina lloraba por el cielo perdido de Grecia, el bufón lloraba también por la mirada desdeñosa que para él tenía el paraíso artificial de los ojos de su amada.

¡Pobre Actea! Nunca el sol de su preciosa Hellas volvería a lucir para ella.

¡Y pobre bufón! Poeta en la corte de un rey guerrero que adornó la figura de su juglar con un gorro de escarlata y un cetro de cascabeles.

IV

¿Quién dió a beber a la blanca paloma el hechizo que la durmió? ¿Otra vez la saludadora de Hircania puso en juego sus maléficas artes? ¿En qué abracadabra sortilógico podrá leerse la fórmula litúrgica de los desencantamientos?

Porque la bella Actea no está muerta. ¡No!

¿Véis los pájaros, hoy cárdenos, que cubren las gemas de sus ojos? Pues un gnomo envidioso de la dicha de Arsaces II los cerró y así permanecerán hasta que un hada bienhechora los vuelva a dar luz.

No, no ha podido morir tan joven la estrella de Oriente porque al apagarse su brillo hubiesen dejado de dar su perfume los lirios rubios de Csifonte, las anémonas femeninas de Babilonia y los tulipanes preciados de Nepal.

Flamea el sol en el firmamento. ¡Cómo había de estar Actea muerta si aún el astro de la mañana no se oculta a llorar su muerte en el seno de la noche!...

¡Si los cisnes del estanque de azurita continuaban nadando tranquilos sobre la linfa, si los raros lepidópteros de Hecatompila bañaban todavía en rayos de sol el erotismo marcescible de sus alas!

Así pensaba el melaucólico rey de Parthia mientras las plañideras csifontenses mesábanse los cabellos ante el gran lirio que era en el ataúd el cuerpo rígido, cataléptico, de la soberana de la gran Asia, matada por alevosa diestra que arrojó mortíferas gotas de beleño en la áurea copa donde los esclavos babilónicos escanciaban para Actea el jugo de los pámpanos de Chipre y de Falerno.

Los nobles, serios, inmutables cabe el sarcófago, y las azafatas prendidas en sus vestimentas negras gasas, permanecían mudas, contemplativas del cadáver de la rosa de Rhodas, que era el rostro de la danzarina en cuyos labios de minio se dibujaban dos manchas azules, huellas que dejó el veneno en su paso letal.

Y en medio del dolor de la corte eran de una alegría macabra los cascabeles del bufón que sonaban intrépidos por las salas reales, mientras la figura pulcresca de su dueño cabriolaba por los regios aposentos y fueron sus piruetas de un regocijo hostil en aquellos parajes de tristura.

Cuando el reloj de sol del chaflán palatino anunció la llegada de la febea plenitud, el cortejo fúnebre abandonó la mansión del soberano y comenzó el desfile por las rúas de la ciudad asiática ante la mirada de la multitud urbécola que se lamentaba de la muerte de su reina.

Y era de ver el llanto continuado de aquellos toscos soldados curtidos por los calores de Omán y por el incesante batallar en todos los terrenos del Asia occidental.

Pero otra vez, ante la tristeza ciudadana, fué como una nota de ignominia el sonido de los cascabeles del bufón.

V

¡Cien años!
¿Qué resta del pasado poderío de la nación partha?

El recuerdo de su pasado esplendor.

El nacionalismo romano desbordóse imperialista sobre las nacionalidades asiáticas.

Jerusalem, Bethleem, Judea entera, cayó bajo el yugo de la opresión romana.

Asiria, Media, Babilonia sufrieron la misma suerte y un día la soberbia Hecatompila, la férax Hircania y la mágica Csifonte vieron aparecer en su recinto a las indomables águilas romanas.

Y cuentan las leyendas del vul-

El agua de mar contra la tisis. Maravillosos resultados.

Extraordinarios resultados da el uso de lo que llaman "marinae serum" en casos de tisis. En el *World to-day* refiere W. G. Fitzgerald la conversación que ha tenido con el doctor R. Quinton; del

LA MEMORIA

La memoria es una facultad secundaria, pero preciosa e imprescindible como auxiliar de la inteligencia. Suele ser atributo de los tontos, que la poseen exclusivamente, según Chautaubriand. Esto no lo priva de su valor ni excluye su necesidad para los inteligentes, para los artistas. Pensar sin imaginar, sin recordar, es excluir las galas de la ideación; reducir las facultades a una sola, suprimir los jardines mentales, ofrecer desnudo y austero en demasía el pensamiento.

Los que son únicamente sabios tienen mayor personalidad que los pensadores imaginativos, porque todo lo sacan de dentro; pero la adquieren a costa de una esterilización de los amables dotes que representan la gracia del espíritu.

La imaginación y la memoria no pueden considerarse atributos superfluos.

Anuladas en absoluto, producen la sequedad cerebral tornan huraños y ceñudas a las ideas.

Es preciso que el arte y la ciencia se hagan préstamos.

* * *

La memoria permite simular el talento.

¡Cuántos pasan por hombres de alta inteligencia sin más trabajo que repetir lecturas y reeditar ajenos conceptos!

Conozco muchos imbéciles a quienes el vulgo toma por ingenios superiores, sólo porque saben y pueden recordar y reflejar. Espejos turbios, en ellos se retratan malamente los paisajes intelectuales extraños recogidos de prisa en la memoria.

* * *

La memoria es una facultad que, por causa de su naturaleza exuberante, induce al abuso.

Tiende al monopolio, y el peligro para los que la poseen en grado extremo, está en cederle demasiado.

Involuntariamente, los que se ejercitan con exceso en recordar, llegan a olvidarse de pensar... Lo que principia siendo ejercicio moderado, acaba siendo una orgía.

El memorista se embriaga con la memoria y confunde la apropiación con la creación.

* * *

Pero la memoria presta innumerables puntos de apoyo en el trabajo de la inteligencia.

Trae de fuera elementos que completan la obra asimilativa y ayudan a producir...

¿Qué hubiera sido sin ella Pico de la Mirandola? Sin ella, ¿qué hubiera sido Menéndez Pelayo?

* * *

Al tonto no le sirve más que para rendir mecánicamente lecturas e impresiones.

Al intelectual, para reforzarse.

Francisco GONZALEZ DIAZ

go del lejano país de los parthos que cuando el ejército romano conquistó Csifonte, profanó el sarcófago de Actea y halló en su interior dos esqueletos, inerastados el uno en el otro, y junto a ellos una corona de escarlata y un cetro de cascabeles.

colegio de Francia.

Fué el doctor R. Quinton quien primero usó el agua del mar como remedio contra la tisis, y los resultados sugieren la idea de que los sabios están en la pista de un gran descubrimiento.

"De igual modo que para la preparación del "serum", yo usaba dos partes de agua del mar por cada cinco de agua destilada; pero, como he dicho en mi libro, no hago de tales proporciones una regla que sería tan difícil como inú-

til. No dudo de que con una modificación del "serum" podrían obtenerse resultados más satisfactorios que los obtenidos por mí.

Ciertamente algunos de mis amigos médicos me dicen que con la inyección de agua de mar sola obtiene excelentes resultados, y tal práctica tiene la ventaja de dar facilidad al operador para reducir el líquido que ha de inyectar a las dos terceras partes.

Este agua no ha de ser la llamada agua de mar artificial; ha de tomarse del propio mar y de bastante lejos de tierra. De otra parte corre peligro de ser contaminada por la que desemboca de los ríos o por los peces que hacen sus comederos en los puertos. También ha de tomarse en las calmas. En fin, ha de usarse lo más reciente posible, y el agua destilada que se añade ha de estar libre de impurezas. La propia mezcla ha de esterilizarse filtrándola antes de su uso.

Los resultados de este tratamiento, así los inmediatos como los ulteriores, son dignos de mención. Provócase una reacción que dura alrededor de nueve horas. Poco después, una hora, dos, tres, y a veces durante la misma operación, el paciente empieza a temblar, quizá de un modo violento, y a tiritar. Luego siente sed. Su temperatura se eleva por espacio de cuatro o cinco horas, pero se detiene al fin y queda estacionaria, aunque más baja que antes de la operación. Yo le permito beber de uno a tres litros de agua. Su apetito queda reducido a cero. Con frecuencia sobrevienen angustias y desmayos.

Sin duda, todo esto es algo alarmante, pero permítame que le diga que la reacción mayor es el provecho de mi tratamiento.

Sea cual fuere el estado de prostración o la subida de la temperatura, no hay peligro. Veinticuatro horas más tarde el paciente estará muy decaído. Con todo, la mejoría ya empieza a conocerse.

Poco más o menos, a las treinta y seis horas después del tratamiento, la mejoría es patente.

En ciertos casos el doctor ha presenciado lo que él llama una verdadera resurrección.

Todo el malestar que precedía a la operación ha desaparecido. Aumenta el apetito hasta la voracidad. El paciente, que acaso hubo de permanecer en cama largo tiempo, se levanta y camina varias horas seguidas. No obstante, en la mañana del quinto día sucede un cambio completo: se halla deprimido y cansado. Es el tiempo de hacer la segunda inyección, que da absolutamente los mismos resultados que la que hemos descrito. Después de cada operación se nota un ligero progreso.

LOS OJOS

Por A. Hernández Catá

Ahora que ya está todo concluído — decía la carta, — ahora que el fallo injusto del jurado ha puesto entre la sociedad y yo una barrera de treinta años que mi escasa salud no me consentirá saltar, quiero darte a ti, que aun en los días envenenados inmediatos al crimen tuviste palabras de piedad y me exhortaste a decir algo en mi defensa, la razón de aquel obstinado mutismo. Si me has visto seguir los debates con resignación, si oíste al defensor rogarme en vano que le diera un apoyo, siquiera débil, para añadirlo a mis buenos antecedentes y sustentar su alegato, no lo tomes por desvío o embrutecimiento. Precisamente cuando él insinuaba la posibilidad de algún disturbio cerebral, yo sentía encenderse mi cordura como una luz y, después de alumbrar todas las posibilidades, decirme cuán estériles serían mi disculpa, mis motivos, que sólo podrían ofrecer, sin mancharse de mentira, causas fugitivas e incorpóreas a quienes para disponer de mí tenían al argumento irrecusable de los hechos. ¿No asesinó? Sí. ¿No está manifiesta la alevosía del asesinato? Sí. Bajo el móvil obscuro del crimen. ¿No aparece claramente que no recibí de ella ni ofensa ni siquiera excitación alguna. También. Por eso, cuando habló el fiscal de sadismo y de otras sandeces, viste en mis labios aquella sonrisa de impotencia interpretada por todos como una confesión. Y sin embargo... ¡Foy, que después de un año de presidio, vencido por las privaciones, domado por las labores manuales, siento la indiferencia pública cerrarse como la puerta de otra cárcel espiritual sobre el recuerdo de "mi caso" me obsesiona la necesidad de explicar este "sin embargo", y para no decirlo a ninguno de estos seres desventurados o perversos que conviven conmigo, pongo tu nombre al principio de este papel y escribo esta carta que acaso no me decida a enviarte nunca.

¡Cuán absurda debe parecer esta historia a esa infinidad de hombres vulgares y felices, a quienes el Misterio no ha elegido para hincar en ellos su garra! Para no añadir obstáculos a la casi imposibilidad de explicación, he de proceder con método y remontar el curso de mi vida casi hasta la niñez. Tú, que te sentaste conmigo en los bancos del Instituto, creerás conocerla tan bien como yo, más siempre hay en las vidas rincones ocultos no revelados ni aun a los más próximos. Así, te extrañará saber que el día de nuestro examen de Retórica — ¿te acuerdas?, — cuando me dió aquel desmayo que muchos compañeros juzgaron marrullería o gana de apiadar a los profesores, vi por primera vez los ojos que habían de perderme. Los vi claramente, dentro de mí, destacar del fondo de una cara de facciones indeterminadas, las pupilas grises, los iris muy negros y la es-

clerótica de un color pajizo. Aquello duró sólo un segundo, pero la mirada fué tan intensa que durante muchos días quedó grabada en mi sensibilidad, y las dos o tres veces que quise decir a mis padres y a algunos amigos, a ti mismo, algo de la alucinación, una voluntad más fuerte que mi ansia paralizó mi boca. El examen fué el cuatro de junio del ochenta y dos, a mediodía, me acordaré siempre, y mi emoción al resolverse en congo-

ver a ver aquellos ojos, y esa inquietud, fué poco a poco transformándose en terror. Toda puerta, toda ventana, todo sitio por donde pudiera entrar me causaba zozobra, y a veces, en medio de una conversación, mi interés se apartaba de las palabras para seguir en el aire algo invisible, algo deseoso de plasmarse y de tender hacia mí las curvas flechas de las pestañas, en círculo gris el puntito negro chispeante y la pajiza almendra

EL AMABLE REGRESO

Vengo, Amiga, cansado de mi diaria faena, tiende pronto el mantel en la mesa de pino, y mientras me sonríes, adereza la cena. ¡La jornada es muy larga, como es largo el camino!

Cenaremos lo poco que aprontaron tus manos con el ansia secreta de complacerme en todo, mientras vas alegando que nos mantiene sanos como un gajo de guindas, el comer de este modo.

Bendice con tus manos el pan de cada día y cenemos, cenemos mientras la noche avanza llenándonos el alma de una suave alegría, precursora adorable de una suave esperanza.

¡Oh, cuán grata es la cena que el trabajo procura, y qué pan más sabroso el que está bien ganado, y cuán buena es el agua, y esta poca verdura que en los gratos domingos uno mismo ha sembrado!

Alfredo R. BUFANO

ja, hizo posponer el último ejercicio para dos días después. Tuve notas brillantes y mi pobre padre me compró en premio el reloj tan deseado desde hacía tiempo; pero ni el regalo ni las felicitaciones lograron adormecer la inquietud de vol-

con su brillo de concha marina... Esta tortura duró muchos días, casi hasta el otoño. Mi vida era entonces de ejercicios al aire libre, de nutrición sana, y a pesar de eso languidecía. Los médicos, después de auscultarme y de hacerme pre-

LEVANTATE A CONQUISTA

La conquista de almás es la conquista por excelencia. Diariamente debes levantarte con el propósito de conquistar a todos aquellos de tus hermanos con quienes el destino te ponga en contacto.

A unos los conquistarás con tus palabras amables, a otros con tus miradas afectuosas, a los de más allá, con tus nervios.

Sé un don Juan de las almas. Deja en cada una de las que encuentres una huella de luz.

Además de la íntima alegría de estas conquistas, podrás, merced a los que te quieren, hacer mucho bien.

El hombre que tiene amigos, es todopoderoso para la caridad. Lo que él no puede dar, por amor a él lo darán con placer los otros; lo que él no puede hacer, por amor a él, otros lo harán sonriendo.

Multiplicará insensiblemente los dulces recursos y las fuerzas eficaces que te son necesarios, y podrá amar doblemente a los tristes y a los pobres, con su amor y con el amor de todos los corazones conquistados.

Amado NERVO

guntas difíciles, decían a mis padres: "No tiene nada... Tal vez crece mucho y eso es todo... que no le aprieten demasiado al empezar el curso". Y como yo no podía decirles que aquello era obra de los ojos malditos, tomaba los reconstituyentes para no contrariar a mamá y procuraba aturdirme con los hechos, interesarme por todas las cosas, esperando hallar en cada suceso la medicina única: el olvido.

Y casi olvidé... ¿Qué no puede olvidarse a los catorce años? Pasaron diez, cursé en la Escuela de Arquitectura, y los estudios, las ilusiones y la pubertad fueron retoños tan fragantes que más de una vez pensé en la antigua alucinación y un mohín de mofa separó mis labios. A pesar de eso, un día me sorprendí al recordar tan bien aquellos ojos, y otro hube de realizar dolorosos esfuerzos para no pintarlos en un dibujo cuyo modelo me parecía mucho menos vivo que mi visión interna. Entonces comprendí que debajo de las floraciones guardaba el tronco la carcama, que los ojos terribles no estaban muertos, sino ausentes, y que un día u otro se me volverían a aparecer.

Esta sensación de temor se agudizó y duró varios días, durante los cuales las alternativas me daban la impresión de que los ojos estaban como indecisos entre mirarme o no, y luego comenzaron a alejarse. No es que desaparecieran de mi memoria, sino que al pensar en ellos los veía muy lejanos, igual que durante los diez años últimos, como al través de unos gemelos, poderosos puestos al revés. Esta anomalía no modificaba ni mi vida de reacción ni mis estudios. Salí de la escuela con el número cinco, me independicé, conocí a mi mujer, nos casamos... Mi existencia era activa y fructífera; sano de cuerpo y de espíritu, triunfaba de las envidias profesionales y a cada esfuerzo sucedía la recompensa: hasta el no tener hijos, el carácter frívolo de mi mujer y la holgura económica contribuían a procurarme la paz necesaria a mis labores. Tú has conocido mi casa, mis obras; y comprenderás cuán poco quejoso debía estar yo de eso que llaman suerte. Sin tener nada de ogro, al contrario, gustábame ponerme a cubierto siquiera un rato cada día de la turbamulta social, y ahora te confieso que no era por empaque de hombre de estudio, sino por necesidad del recogimiento preciso para pensar en los ojos terribles... Porque desde el temor de la segunda aparición ni un solo día pude pasar sin dedicarles un rato; rato tan desagradable, tan imperativo e imprescindible a mi espíritu, como algunas funciones fisiológicas al cuerpo. ¿No recuerdas haberme visto muchas veces, a mediodía, al sonar las cuatro, despedirme con celeridad pretextando una ocupación que jamás confesaba ni retrasaba? Acaso también

tú me atribuíste alguna aventura; confíesalo...

Era que mi espíritu, habituado al método riguroso de las matemáticas, llegó a regular la irregularidad que lo minaba... A las cuatro y media, estuviera donde estuviera, me aislaba en mí mismo y me ponía a pensar en los ojos con toda mi alma. Este doloroso tributo, oculto para todos, no entorpecía en lo más mínimo mi inteligencia ni quebrantaba mi salud; ya sabes que hasta la misma mañana del crimen hice gimnasia y trabajé con perfecta lucidez, y que he combatido victoriosamente las insinuaciones piadosas del defensor, obstinado, igual que todos, en atribuir a falta de razón los actos cuya razón desconocen. Una existencia perfecta de equilibrio en cada día de la cual hubiera un instante de vesania y de horror; esa era la mía.

Los meses pasaban sin aportarme ningún consuelo. A veces preocupábame la idea de sufrir una manía pueril o el comienzo de la locura; más le regularidad de mis trabajos, mi bienestar físico y la imposibilidad de hablar o insinuar siquiera algo de aquello, me convencieron de que los ojos eran reales y de que estaban ligados a mi vida por un hilo invisible, elástico, fortísimo, que sólo la Muerte podría cortar con su segur... Una tarde, de vuelta de reconocer un edificio ruinoso, volví a tener la impresión tremenda de que los ojos se acercaban. Habían pasado siete años desde la sensación semejante, y sin embargo, reconcí en seguida la misma clase de inquietud, de dolor. Los ojos se acercaron lentamente durante muchos días, hasta que un domingo tuve la certeza de tenerlo ya próximos y de poder de un momento a otro encontrármelos, verlos objetivamente, como los había visto tantas veces dentro de mí desde el día del examen de Rétorica.

Y al fin los vi; los vi no sólo un instante ni en aislamiento excitado favorable a las quimeras, sino largo rato y en medio de la calle. Era de tarde, poco después de su hora cuando se me aparecieron, y como la primera vez no percibí ni el cuerpo ni las facciones de la cara a que pertenecían. Súbitamente sentí algo punzarme hasta el fondo de los huesos, y volví la cabeza seguro de ver los iris tenebrosos, las aceradas pupilas, los óvalos vítreos de blancura terrible... Lleno de valor, y para acabar de una vez fui a su encuentro en lugar de huirles, y durante un rato anduvimos así por entre la gente, hasta que los vi meterse en una travesía solitaria y después en el tercer portal a la derecha. Yo estaba solo y todo mi valor se volatizó; incapaz de volverme atrás, seguí andando, y al pasar frente al zaguán los vi fulgir en la sombra y hube de realizar un esfuerzo enorme para no entrar tras ellos... El mismo mie-

do multiplicó mis energías: eché a correr; me mezclé jadeante a la muchedumbre, regresé a casa y tuve la heroicidad de hablar de cosas pueriles para ocultar mejor mi secreto. Encontré a mi mujer en la cocina, pues acababa de despedir a la criada, y dos veces aúve inten-

ción de confesarle todo o al menos de decirle que me encontraba enfermo; mas tampoco pude y devoré en silencio mi fiebre fría y lúcida, y en el largo insomnio, asestando las tinieblas con la mirada, el mismo temor me hizo desear en vano que los ojos se me

volvieran a mostrar... ¡Ah, qué larga noche! ¿Cómo iba a figurarme yo que los tenía tan cerca?... ¡Tan cerca!

A la mañana siguiente fui a la oficina y estuve trabajando en unos proyectos aunque sin lograr sacudir el malestar. Al mediodía llegué a casa, entré con mi llave, y ya en el comedor me senté a leer los periódicos según mi costumbre; mi mujer no tardó en llegar, me dió el beso habitual y se sentó frente a mí; yo leía algo de teatros y luego la fuga de un banquero; leía tan prodigiosa y absurdamente interesado que no sentí cuando sirvieron la sopa y mi mujer hubo de llamarme la atención:

—Vaya, a comer... Aquí tienes la criada nueva.

Alcé la cabeza y debí ponerme muy pálido, porque la vi sobresaltarse y acudir en mi ayuda.

—¿Qué te pasa? ¿Te sientes mal?

Denegaba con la cabeza y de mis labios no podía salir ni una frase... ¿Has comprendido lo que era? Los ojos terribles estaban allí, vivos, claros, más claros que nunca; pero no en la penumbra de un rostro como otras veces, sino en la cara de la nueva criada; y sin concordar con las facciones, con los ademanes, con la sonrisa humilde, me miraban con aquel mirar solo visible para mí y reducían, aniquilaban mi voluntad de estar sereno lo mismo que la llama del soplete vence la resistencia del metal.

Yo habría gritado, huído, pero fué imposible: dócil al consejo de mi mujer, obstinada en atribuir a debilidad y exceso de trabajo el accidente, empecé a comer, clavada la vista en el plato, y ellas dos se pusieron a hablar, a hablar... Yo no oí con el oído, sino con el corazón aquellas palabras a la vez sencillas y pavorosas.

—Usted debe ser muy joven, verdad?

—Sí, señorita. Ya ve usted. Nací el 4 de junio del 82.

—¿A qué hora, a qué hora? — le pregunté sin contenerme ya.

—¿Qué cosas tienes! ¿Cómo va a saber eso?

—A mediodía, señorita... Lo sé porque mi madre me lo ha dicho muchas veces... En seguida de nacer me sacaron de aquí y estuve entre la vida y la muerte. Luego nos fuimos a la Argentina y hace diez años volvimos y casi estuvimos decididos a venir a vivir aquí, pero a mi padrastro le salió otra buena colocación allá y fuimos otra vez.

—Allí han estado siete años, ¿no es eso?

—¿Cómo lo sabe usted?

—Pero ¿tú conoces a esta chica? ¿Por qué estás así?

Y una energía independiente de mi voluntad me hizo erigir tomar un aspecto tranquilo y decir con acento sincero:

—Tengo idea de haber conocido a su padrastro... ¿Y hace mucho



EL.—Si usted se casara conmigo yo consagraría mi vida a satisfacer sus menores caprichos!
ELLA.—¡Oh! ¿Y quién iba a satisfacer los otros?

VANGELICA

La idea de la celebridad va unida, en casi todos los cerebros, a las ideas de riqueza, de magnanimidad, de manos abiertas.

Para resultar el hijo de todos después de la conquista de las alturas, sería más razonable quedarse en el valle y ser la Minerva de los que suben: a veces el escalón vale más y puede más que quien lo pisa.

Muchos de los que te frecuentan vienen a silbar al pavo real: no esponjes tus plumas por más que te silben.

No todos los famosos son gloriosos, como no todos los que penden de una cruz honran la cruz ni todo lo que vibra da notas.

En la admiración femenina hay algo de entregamiento: el entusiasmo que despiertan los oradores sagrados pone en peligro sus votos.

A veces la fama no es más que un fenómeno de farole-rismo circulante: no a veces, muchas veces.

Rechazarás el fetiquismo de los que besan la orla de tu manto como quien besara en carne viva: trátalos como a perros, porque son perros.

Las lenguas de los que te ungen con ellas son más venenosas que las lenguas de los que con ellas te difaman. Las primeras te deprimen a tus propios ojos, las segundas a los ojos de los demás; pero las unas realizan la depresión de tu espíritu y las otras la de tu reputación: darás al calumniador el desmentido de los hechos y al adulador un puntapié.

El amor de las multitudes es una tónica que puede incendiarse al primer movimiento indiscreto del que la lleva: tú la vestirás como una casulla de ritual; ninguna vez como prenda de abrigo.

También es un traje cortado sin consultar las dimensiones del que ha de usarlo: está hecho a la medida del que lo cortó, que suele ser un adefesio.

La gente debe saber que su admiración no te hace falta. Que de tanto esforzarse para dominar el estruendo de los aplausos o las injurias, tu conciencia no pierda la voz.

ALMAFUERTE

tiempo que llegaron ustedes?

—Ayer. Como estamos solas mamá y yo, los parientes no tienen casa bastante y no nos recibieron como pensábamos, pues yo le dije a mamá: "Lo que ha de ser después, que sea en seguida". Y busqué casa.

¿Cómo describirte ahora los hechos que se amontonan, que se atropellan? Sin duda, salvo los ojos, todo era bondadoso en la pobre muchacha; mi mujer le tomó gran apego y a cada uno de mis pretextos para despedirla, supo argumentar, cual si supiera que yo no podía decirle el verdadero motivo. Desde entonces llevé en mi propia casa una vida de persecución, de tortura. Al abrirme la puerta, al entrar en una habitación, al transponer un pasillo, los ojos se fijaban en mí y sus iris de ébano parecían decirme: "¿Crees que no vendríamos a buscarte? Ya estamos aquí, ya no nos iremos nunca más". Al principio inventé ocupaciones, invitaciones, para escapar; pero al mismo tiempo la fuerza magnética de los ojos me atraía y concluí, para no separarme de ellos, por hacer en casa hasta muchos trabajos que antes realizaba fuera. Te juro que en esa atracción para nada entraba su cuerpo; apenas recuerdo que era menuda, desgarrada y que su rostro—como han notado los periódicos con su indeciblez de siempre—nada debió tener de seductor. Acaso hubiera en su sonrisa algo de bondad, pero bondad ajena a todo incentivo sensual. "Yo bien quisiera libertarte y libertarme yo... ¿Tú no sabes cómo son estos ojos!" — parecían repetir sin palabras los finos labios que luego vi gruesos y cárdenos... Y si al decir el fiscal las petulantes insulseces que dijo acerca de las degeneraciones yo hubiera podido explicar a los jurados la verdad o ponerles ante la vista los ojos funestos, y hacer hablar a los propios labios de la muerte, que de seguro me darían las gracias por haberlos librado de la terrible vecindad, ahora estaría libre... ¿Comprendes ya? ¿Debo aún contarte del resto? ¿Cómo describirte aquella vida, aquel huir constante en la estrechez de la casa, de los ojos que era imposible dejar de mirar? Lo que pasó habría sucedido mucho antes si en cien ocasiones mi mujer no me hubiera prestado, con sólo su presencia, ayuda inconsciente. Mas al cabo un día nos encontramos solos en la casa y...

Yo la sentía rebullir en la coquina y estaba alerta sobre mis planos, pidiendo en una oración de todo mi ser que se quedara allá, y al mismo tiempo con la convicción de que esa plegaria no sería atendida. La espera lebió durar mucho rato, no sé... Fué una de esas horas en que se siente el elemento de eternidad de cada minuto... ¿Por qué extremaban los funestos ojos su crueldad, martiri-

zándome con aquella interminable espera? ¿Ellos mismos no habían dicho, sirviéndose de la boca bondadosa, que lo que había de suceder después era mejor precipitarlo? Al fin sentí pasos, me levanté de un golpe y en la obscuridad del pasillo mis manos avanzaron con furor homicida hacia los puntos enemigos que fosforecían en la sombra y avanzaban hacia mí armados también con las armas invencibles de su mirada. ¿Por qué había de ocurrir el encuentro en las tinieblas, donde yo no podía ver su cara, su cuerpo menudo, su

los ojos habían de ensañarse en ella y en mí. Ya el cuerpo se desmadejaba inerte, ya en la piel había rigidez y frialdad, y los ojos permanecían dilatados, retándose. Y no se cerraron hasta mucho después, cuando todo era inútil. ¡Ah, si en vez de cegarme la cólera yo hubiera envarado los dos dedos índices, como dos lanzas, y los hubiera clavado en ellos, sólo en ellos!... ¿Qué gratitud me hubiera guardado para siempre la ciegucecita!

Y eso es todo, amigo... No lo digas a nadie. ¿Para qué ya? Mi



Jabón REUTER

Delata a la persona que lo usa por la hermosura que proporciona al cutis y por su delicada fragancia.

Precio de cada jabón: 70 centavos.

Dep. Gles: ILLA & Cía.
MAIPU 73
Buenos Aires

cuello fino como un tallo, todo cuanto podía templar mi encono; donde sólo los podía ver a ellos? Hubo en esto algo misterioso y fatal... Todavía hoy siento el terrible equívoco de la escena... Yo no sentía nada contra ella, te lo juro, sino solamente contra sus ojos; si mis dedos atenuaron su garganta fué por un ademán torpe, instintivo. Si en vez de abrir los párpados desmesuradamente y mostrarme las pupilas y el iris estático y el blanco mucho más grande y viscoso, los hubiera cerrado, te juro que me habría conformado con esa victoria y mis manos habrían aflojado generosamente... Pero estaba escrito que

mujer ha muerto, dicen que de dolor. ¡La pobre! A su existencia vulgar alcanzó también el maleficio de los ojos diabólicos. Todo se me aparece ya remoto en el aislamiento, y la ruda labor, el aire confiado, la media muerte con que la sociedad castiga, las sobrellevo. Cada semana trazo una rayita en mi celda y ya hay muchas... aunque bien veo que la pared — imagen de mi vida — es pequeña para contener las que faltan. Detrás de uno de los patios un naranjo asoma un poco de ramaje que ya ha verdecido dos veces y cuyas nuevas flores estoy aguardando con impaciencia, como si floreciera sólo para mí...

Alguna vez la nostalgia de mi vida rota me sube en marejada del corazón; pero en seguida lo inevitable de mi culpa me consuela, y a manera de bálsamo viene la certidumbre de que ya los ojos no podrán aparecérseme nunca más, de que ya no están ausentes, sino muertos. Para apagarlos fueron precisas dos vidas y una libertad; tres vidas en fin; pero se apagaron... Te escribo de noche, viendo al través de mi ventanuco un pedazo de cielo salpicado de plata... Aún me faltan veintiocho años, seis meses, dos días y casi medio, porque deben ser cerca de las doce... ¡Ah, si al menos mañana empezara el naranjo a florecer!

LA MINERIA EN INDOCHINA

La Indochina es uno de los grandes países productores de carbón del Extremo Oriente. Sin que se puedan comparar en cantidad estos yacimientos a los de la China, dicha colonia tiene la ventaja de producir antracitas que constituyen una especie de Cardiff del Extremo Oriente y completan oportunamente el carbón graso del Japón. Se dividen los yacimientos, en tres grupos: los de Kébao, de Hongay y de Dong-Trieu; los de Anang-Nam, y en fin los pequeños yacimientos del Río Rojo. Las posibilidades de Laos son todavía poco conocidas.

La producción total de las minas de Indochina se elevaba en 1925 a 1.363.000 toneladas y crece anualmente en razón de cerca de 200.000 toneladas.

La marcha está caracterizada por el desenvolvimiento rápido de las necesidades locales (440.000 toneladas en 1923 contra 250.000 toneladas en 1920) y por cierta dificultad de venta de los menudos.

He aquí las cifras de las exportaciones: en 1920, 572.000 toneladas; en 1921, 640.000; en 1922, 622.000; en 1923, 675.000 en 1924 690.000; en 1925, 668.000 toneladas.

Los principales clientes para el carbón indochino eran en 1925: China, 383.581 toneladas; Japón, 176.000, y Hong-Kong 176.000.

La producción más elevada fué suministrada por las minas de Hongay.

Los minerales de zinc constituyen la más importante riqueza del subsuelo indochino después del carbón. El mineral de zinc se encuentra sobre todo en Tonkin, en la región del río Rojo y de la vía férrea de Hanoi a Langson.

¡Poesía eres tú!—BECQUER.

La noche de verano había caído espléndida sobre la pampa poblada de infinitos rumores, como mecida por un inacabable y dulce arrullo de amor, que hiciera parpadear la voluptuosidad las estrellas y palpar casi jadeante la tierra tendido bajo su húmeda caricia. La brisa, cálida como una respiración, se deslizaba entre las altas hierbas agostadas, fingiendo leves roces de seda, vago susurro de besos.

Los peones de la estancia, tendidos en el pasto al amor de las estrellas iluminados a veces por una ráfaga roja que relampagueaba en la cocina, fumaban y charlaban a media voz, con palabra perezosa. Una exhalación que cruzó la atmósfera, rayándola como un diamante que cortara un espejo negro, para desvanecerse luego en la tiniebla, fué el obligado punto de arranque de la conversación.

—¡De qué conjunto será es'ánima! — exclamó el viejo don Marto, santiguándose una vez pasado el primer sobrecogimiento.

—¡Por la luz que tenía, de juro qué de algún ray! — contestó medrosamente Jerónimo.

Don Marto rezongó una risita.

—¡De ande sacás!... — dijo.

— Si no hay ráys dende el año dies, cuando echamos al último, qu'estaba en Uropa... después de los ingleses... ¡Ráy! Aura todos somos ráys... Será más bien de algún inocente.

Pancho, el aprendiz de payador, que andaba siempre a vueltas con la guitarra y se esforzaba por descubrir el mágico secreto de Santos Vega, con el instinto del pájaro cantor que reclama a la compañera, querida en secreto, — Pancho, que vió aparecer en la puerta de la cocina la delgada silueta de Petrona, destacándose en negro sobre el fondo rojizo y cambiante del fogón, agregó melancólico y penetrado:

—¡Debe de ser! Las ánimas de los angelitos son las más lindas. Parecen de luz más... caliente. Por eso se baila en los velorios p'a festejarlos... Esas no andan en pena ni se aparecen nunca... ¡Cuando se muere una criatura se v'al cielo derechita, y ahí se queda!...

Petrona se había acereado y, en la sombra más espesa del alero, escuchaba, invadida también por el avasallador hechizo de la noche y por el encanto de la palabra del payador. Como la compañera todavía indecisa del pájaro cantor, estaba suspensa de sus trinos, hipnotizada ya, pero sin ten-

POESIA

Por Roberto J. Payró

der las alas todavía. Y Pancho continuó:

—Las de los malos son esas luces verdosas que andan rastreando por el suelo y que juegan en cuanto si acerca un cristiano. Pero esas son las de los diujos que todavía tienen vergüenza de lo qu'hicieron en vida: los que engañaron a un amigo p'a salvarse... ¡y tantos otros! Las que son malas de veras, las de los ladrones, los traidores y los cobardes... ¡esas no tienen luz!

Don Marto asintió.

—Sí, esas son las que le tiran

campo?... Esos son los cigarros de las ánimas, que vuelan y revuelan como las gaviotas o los teros, dando güeltas y fumando...

—¡No digas! — exclamó entre incrédulo y admirado su vecino.

—¡Si son linternas! — explicó don Marto, magistral. — Luciérnagas querrá decir, don... — siguió Pancho, impertérrito. — Parecen bichitos, es verdá; pero son los cigarros de las ánimas pitadoras.

—¡Calláte! ¡Y entonces, en invierno, ¿por qué no pitan?

—Sí, pitan... Pero tienen frío

LA LUNA ROJA

Paisaje inverosímil de otoño, en la arboleda un romance olvidado suspira su congoja...

—Sobre el río de seda surge una luna roja,

ALAMOS DE OTOÑO

Alamos del otoño, noblemente dorados como los pensamientos de la Serenidad, inmóviles viajeros!, príncipes encantados! al borde del silencio y de la Soledad.

Pródigos de tesoros entregais en el viento: las hojas hechas de oro y el silencio hecho voz... hasta que al fin desnudos quedais, en vuestro intento de ser tan sólo índices que señalen a Dios!

Fernán Félix de AMADOR.

a uno del poncho, de atrás, en las noches oscuras, o le mancan el mancarrón, o le apedrean el rancho, o le asustan l'hacienda y l'esparraman y l'hacen brava redopente.

Juan, el resero nuevo, interpelló a su antecesor y maestro, aquel fumador que se fumaba hasta la yema de los dedos, achacoso ya y siempre dolorido:

—¿Y usté qué dice, don Braulio?

—¿Yo? ¿Y qu'h'e decir? ¡Que aquí estoy como peludo'e regalo, patas p'arriba, esperando l'ora de ser ánima también!

—¡Qué don Braulio éste! ¡No hay con qué darle! ¡Siempre con sus dolamas y pita que te pita!

—Y qu'h'e hacer ni en qué m'h'e divertir, a mi edá y con mis achaques... Juntamente andaba pensando si lo dejaran pitar a uno después que cante p'al carnero...

—¡Ya lo creo, don Braulio! — contestó Pancho — ¿Qué no está viendo esa porretada'e jueguitos que s'encienden y si apagan en el

y s'encierran en las casas a pitar al lau del jogón...

—¡Vaya un cigarro! ¡Si no quema el juego!...

—¡Los diujos son fríos! ¡Estaría güeno que tuvieran juego caliente! ¿Quema el otro, acaso, el de las ánimas en pena?

—¡Lindo no más! — exclamó don Braulio. — ¿Entonces, los diujos se entretienen?

—¡Y qué han di hacer!... ¡Tienen tanto tiempo desocupau! Ellos quisieran hacer lo mesmo que cuando eran vivos, y correr, y boliar, y enlazar... Pero a veces no pueden porque tienen los güesos en la tierra... Pero saben venirse, p'a un si acaso... ¡Vamos a ver! ¿A qué ninguno dice por qué sabe hacer tanto frío p'al veinticinco'e mayo y p'al nueve de julio?

—No mi hago cargo, — murmuró don Marto.

—No caigo en cuenta, — declaró don Braulio.

—Porque p'a las fiestas — explicó Pancho — se vienen tuitos los que peliaron por la patria, sin

que falten hasta los mismos muertos de los Andes, que son unas montañas altas así, de purito yelo... Y como son tantos... Por eso, en cuantito tocan l'Hino Nacional, es un frío que dá calor y que le corre a uno por el lomo.

—¡Ah, balaquiador lindo! — gritó don Marto, no sin admiración reprimida.

Y luego, con cierto matiz respetuoso, alentador como un premio en labios de tal paisano, agregó:

—Y, diga, don... ¿qué se hace l'ánima de las mozas, cuando se mueren toda vía tiernecitas?

—¡Qué viejo, este don Marto!... — replicó Pancho — ¿No ha visto, un si acaso, los macachines, como di oro, florecer qu'es un gusto por el campo, y todos con una frutita enterrada, igualita a un corazón, y como azúcar?...

—¡Agarráte!... ¿Y las viejas?

—Güevos de gallo, que se prienden en los cercos o se agarran a las barrancas. Y cuanti más güenas juron en vida el güevo es más grande y más sabroso, y cuando han tenido hijos y los han querido... ¡más todavía!...

Por su irritabilidad de enfermo, a don Braulio se le ocurrió lanzarle un sarcasmo disimulado:

—Y los payadores, decíme...

Pancho contrajo con esfuerzo los músculos de la cara, sintió en la garganta una especie de nudo, pero logró contestar, como si alguien dictara las palabras:

—“Los payadores de láy, los payadores de veras, no mueren nunca, paisano, ni son ánimas en pena... ¡siguen cantando nomás, lo mesmo que Santos Vega!...”

Eran versos, inconscientemente medidos, y los lanzó con ritmo marcado y sentimental. A los otros les llegaron al alma. Hubo un silencio prolongado y lleno de sensaciones... Luego, uno a uno, fueron desgranándose los paisanos, saturados por la poesía total de la noche. El último que se levantó para ir al galpón en que tenía la cama, enervado por su desgaste cerebral, fué Pancho.

Y al pasar junto a la puerta, ya tenebrosa, de la cocina, en medio de la envolvente y acariciadora sombra, sintió de pronto un hábito más intenso, más tibio, más lúmedo que el de la noche, y una vocecita que murmuraba junto a su oído:

—¡Pancho! ¿Quién te enseña esas cosas tan lindas?

Y él, azorado un instante, trémulo y atrevido luego, como un héroe que es todavía un recluta, abrazó con ímpetu a Petrona y...

—¡Vos! — le besó en la boca.

El suicidio de Próspero

Por Damián Roda

Próspero miraba tristemente el caldo de calabaza que la doncella acababa de servir. La imaginación aventurera se le engarzaba en las tenues guedejas que ascendían del plato, azuleantes un momento con la levedad quebradiza del ensueño.

Acababa de doctorarse en Farmacia. Y acababa de enamorarse locamente de una mujer imposible. Desde unos días atrás, la misma escena, enajada en el mismo diálogo descolorido, se repelía entre el joven doctor, la viejecita de lacia cabellera blanca y el caballero de la barba en punta que eran sus progenitores.

—Pero, hijo, ¿que es lo que te pasa?

Nada, mamá.

—Pues anda, hombre. Déjate de mirar a las musarañas.

El caballero de la barba en punta despellejaba gravemente su quinta naranja.

—Si te apetece otra cosa, puedes pedirla.

No, no. Me es igual esto que otra cosa, papá.

Y para demostrarlo comenzaba a sorber desganadamente su caldo. De este o parecido linaje venían a ser los diálogos mortecinos enabladados a diario bajo la lámpara familiar. Bien que tampoco podría esperarse más apasionada temperatura ante las frías viandas vegetarianas rociadas con sendas copas de agua.

Un día, alguna ventana mal cerrada de la conciencia dejó pasar una rabotada de viento tormentuoso.

—Pues bien—dijo Próspero—, antes de tomar la gerencia de tu farmacia, papá, quiero que sepas una cosa. No me gusta mi profesión de farmacéutico.

El caballero dejó sobre su plato la naranja, partida en dos. Igual que la fruta, acababa de partirsele el alma, a juzgar por su gesto de sorpresa, más que de sorpresa, de espanto.

—Pero ¿te has vuelto loco?...

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!—dijo la viejecita lentamente, haciendo el signo de la cruz.

—No se asusten. No es para tanto. No me gusta, pero me resignaré. Después de todo, a casi nadie le gusta su oficio. Pero, eso sí, antes de encerrarme con ese montón de redomas, frascos y morteros, me dejarán ustedes hacer un viaje. Un viaje largo, de curación y reposo. Lo necesito.

Los ancianos lo oían absortos, abatidos por el estupor.

—Sacrifíquese usted por los hijos para esto.

—En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!—repitió la anciana.

* * *

Todos los suaves halagos de la ciudad lejana no habían conseguido tranquilizar el corazón de Próspero. Un pesimismo inextricable lo ganaba por días.

Una noche se decidió a morir definitivamente. Entró en un café y escribió a su padre una larga carta. Una damita rubia tomaba a su lado un refresco de naranja. Cuando terminó se retocó los labios, minúsculos, mirando a Próspero, sonriente. Era bonita, y esta sola consideración humedeció los ojos del desventurado. Trató de devolver la sonrisa y no pudo. Se consoló pensando que un suicida que se estime no puede caer en ciertas trivialidades. Sin embargo, no dejaba de parecerle lici-

ta y oportuna una discreta despedida a las realidades mundanas.

Se vió precisado a la aceptación de esta idea cuando, al levantarse, observó que la damita se le colgaba del brazo. Y aceptó su compañía como los sentenciados a muerte la de quienes les levantan las últimas esperanzas.

Entraron en un restaurante, Próspero formó un menú fuerte, sazonado con viejos vinos bordeleses. Para el asado, una botella de champán.

A media comida, un amigo que ocupaba una mesa cercana, se levantó a saludarle.

—¿Nos cuidamos?

—No lo creas. Esta es la antesala del fin.

—¿Cómo dices?

—Si te fijas, lo comprenderás. Mira este solomillo.

—Ya lo veo.

¿Y los vinos?

—También. Y a esa señorita.

—Pues todo esto es un veneno que no ha de tardar en producir sus efectos. Sencillamente, me estoy matando. ¿Comprendes?

—Pues, chico, que descanses en paz.

Sin embargo, Próspero no se murió. Por virtud de aquel régimen suicida Próspero comenzó a engordar. Todos los días, al sentarse a la mesa pensaba: Vamos a ver si acabamos de morir.

Y le parecía mentira que aquellas viandas bárbaras donde humeaban trozos de cadáveres, como hubiera dicho su padre, no produjeran otro efecto que el de proporcionarle un hermoso color de manzana madura.

Y así murió el Próspero neurasténico que llevaba dentro...

Gracias al inapreciable concurso de la Malta Palermo, millares y millares de madres han criado sanos y robustos a sus hijos — lo que le ha valido una suma-gración definitiva como su más valioso auxiliar durante la lactancia.

Malta
PALERMO

El secreto del doctor Creus

Por Joaquín Arraras

Cinco meses sin ver al doctor Creus. Los cinco meses de mi ausencia. Le encontré aquella tarde invernal en el despacho de su casa, y noté en seguida que un gran cambio se había operado en él. Un envejecimiento tan rápido como triste. Aparecía decaído, con honda huella de preocupación, y su ceño angustioso y su mirada apagada, daban a entender que su alma, presa de una melancolía infinita, atravesaba el invierno del infortunio. ¡Qué cambio en cinco meses! El doctor Creus, vencedor constante de la muerte, dominador del mal para quien la mesa de operaciones era fuente de rejuvenecimiento, porque, derrotando a la dolencia, parecía ahuyentarla de los propios dominios de su organismo, temeroso de nuevo fracaso; alto y reposado, con una serenidad socrática y una fortaleza en nada debilitada por sus cincuenta y cuatro años; con su rostro limpio, pálido y casi sin arrugas; con sus gafas de concha, sobre las cuales las cejas eran dos arcos de tensión para disparar la flecha viva y dominante de su mirada.

Ahora lo contemplaba frente a mí, desfallecido, retrepado en el sillón frailer, removiendo, pensativo, el fuego de la chimenea con las largas tenazas.

—¿De modo — exclamé —, que ha dejado usted el sanatorio?

—Hace un mes.

Dudé antes de proseguir; pero, al fin, dije:

—Ha hecho usted mal... El motivo, además, me parece insignificante... No me lo explico... No puedo explicármelo.

—¿Qué le han dicho a usted?

Su pregunta me hizo vacilar; pero acabé, preguntándole:

—Que había dejado usted el sanatorio porque se le había muerto un enfermo en la mesa de operaciones.

—Efectivamente. Así ocurrió. Y después se ha dicho, fundándose en ello, que me falló el pulso y que perdí una operación corriente: un acceso apendicitico, intervención que había practicado felizmente docenas de veces.

Calló un momento, y luego, mirándome con gran fijeza, me interrogó:

—¿Y usted a creído que ése era el verdadero motivo?

—Se lo he oído a los médicos, a sus amigos, a sus clientes.

El doctor Creus repitió su pregunta con energía:

—Pero, ¿usted lo ha creído?

Me contenté con un gesto de duda. Entonces él, con altivez, me dijo:

—Usted, que me conoce, no debió creerlo... Y no debió creerlo, porque sabe que aún conservo la suficiente firmeza en mi pulso y sobrada seguridad en mi cerebro para dominar ante la mesa de operaciones. Todo lo que se dice es una mentira.

Diciendo esto, calló para replegarse otra vez en sus pensamientos íntimos. Inconscientemente volvió a remover el fuego. Las llamas se avivaron, y en los cristales de sus gafas se refugió la fogata, minúscula y brillante, y parecía que los propios ojos del doctor llameaban.

El doctor callaba, temeroso sin duda a que de sus labios escapase,

broma; pero me reprimió el tono de su voz y su gesto casi doloroso. Expresé mi sorpresa, diciéndole:

—¡Una mujer! ¡Una mujer a quien, como usted, ha vivido en el extrarradio de todo afecto amoroso! Una mujer conturbada hasta ese extremo a quien nunca alcanzó la preocupación del amor por falta de tiempo, por filosofía, por gusto y por carácter!



—Pero, mamá, ¿por qué te empeñas en que me case con Manolo, si tanto lo odias?

—¡Quiero ser su suegra!

en vuelo sin retorno, la palabra comprometedor. Yo insistí:

—Creo cuanto usted me dice: no ha sido su fatiga, por cuanto que se encuentra fuerte; ni su fracaso con un enfermo, que nada deslució su vida de triunfo, ni el eclipse de su vocación, pues sigue estudiando como antes, cuando preparaba en su despacho los éxitos de la sala de operaciones... Entonces, ¿qué es lo que ha motivado el que abandonara su sanatorio?

Me miró con ojos penetrantes el doctor Creus; y la gran amistad que nos unía, y tal vez la necesidad de aliviar a su corazón del terrible peso que le abrumaba, le movió a decir la frase reveladora:

—¿Cuál ha sido la causa...? Una mujer...

Quise reír como si oyera una

El doctor Creus no respondió. Parecía que él mismo se repetía en acusación mis palabras y que lloraba íntimamente su derrota. Se rehizo, al fin, y, como si de pronto le sosegara una gran calma, añadió:

La conocí hace poco más de un año, en que llegó hasta mi despacho, atribulada y llorosa. Aparentaba unos veinticinco años. A su belleza rubia, el dolor o la alegría le prestaban un realce de sombra o de luz, acrecentado el interés de su angelical hermosura. “¡Mi marido se muere, doctor! ¡Sálvelo usted!” Al oír tal petición sentí la emoción de sus palabras; y aquel requerimiento tan vulgar en mi despacho parecía inspirado en aquella ocasión por algo celestial que alteró mi corazón y removió en

mi cerebro afectos y dulzuras que nunca había conocido.

—¿Un amor fulminante?

—Me costó creerlo, pero así fue.

—Tanto tiempo caminando por los arenales del celibato, hasta que atisbó usted el oasis.

—Un oasis en el que nunca debiera de entrar. “¡Sálvelo usted!” — repetía. — Nos hemos casado hace un año, y su muerte destruirá para siempre mi vida”. Me enteré también de que su esposo era empleado de Banca. Padecía un aneurisma. Le di las esperanzas que cabían en mi caso tan grave, y, no sin violentarme, logré ocultar la gran impresión que su presencia me había producido. Ocurrió esto cuando ella me preguntó, con gran temor, cuánto le costaría la operación, anticipándose con dicho revelo a la gran desolación que le iba a causar mi respuesta: dos mil pesos.

—Fue usted cruel.

—No. Ella, con un candor y una sencillez encantadora, me replicó con lágrimas: “Doctor: nuestros ahorros escasamente alcanzarán a mil pesos. Serán para usted. En salvando mi marido y yo misma trabajaremos para darle cuanto nos pida, porque usted se la merecerá todo”. Decía esto tan ingenuamente, que yo no podía mirarla sin conmovirme. Estaba totalmente vencido por su inocencia y por su belleza. Hube de apresurar la despedida, porque la presencia de aquella mujer producía en mí mente una extraña mezcla de emoción, de alegría y de dolor. Terminé, diciéndola: “Bueno; no se preocupe por eso. Ahora vamos a salvar a su esposo y luego me pagará lo que quiera”. Dejó las señas, con la promesa de que yo mismo iría a ver al enfermo. Y tan fuerte me cautivó, y tan adentro me llegó aquel amor fulminante, que, sin yo advertirlo, como si aquella mujer me arrastrara con una fuerza magnética, la acompañé hasta la puerta y aun la pregunté, con la timidez de un enamorado primerizo, por su nombre. Así supe que se llamaba Asunción Lonz. Y en la puerta estuve hasta que la perdí de vista.

Otras preocupaciones le asaltaron de pronto.

—¿Qué habría pensado el conserje? ¿Qué habrían dicho las enfermeras? Yo, que era un ídolo en mi despacho, insensible a todas las angustias y a todos los clamores; que veía desfilar ante mí a la vida desgarrada, doliente, en fantasma y en crespones, sin que se alterase el ritmo de mi pulso. ¿Qué dirían viéndome aquella única vez, detenido en éxtasis junto a la puerta, después de haber acompañado a una mujer joven, bonita y llorosa?

Comenté, riendo:

—Dirían que estaba usted enarado.

—Y ahora, ahora, ¿qué dirán?
—Ahora, ¿por qué?
—Por mi huida.
—Pero, ¿la ha motivado ella?
—Ella; sólo ella.
—No me explico... ¿Acaso celos del marido?
—Nada de eso. El marido murió en la operación.

* * *

Detúvose un momento el doctor y pareció reconcentrar en su entrecejo la bandada de recuerdos que se alejaban con prisas de vuelo por los dilatados horizontes de su memoria.

—Yo mismo — continuó diciéndome —, rompiendo mi modo habitual de proceder; estuve en casa de Asunción. De tal calidad era la simpatía que profesaba a aquella mujer, que todas las cosas que con ella se relacionaban, aunque fuera de muy lejos, me parecían poseídas del encanto que Asunción les comunicaba. En su casa modesta, sin lujos, reflejábanse, hasta en los menores detalles el brillo maravilloso de su espíritu tan fino. Todas esas cosas — pensaba yo —, han sentido la caricia de sus manos o de sus miradas... Y esta sola posibilidad las dejaba florecidas de gracia y de luz... Allí, en su casa, a la cabecera del enfermo, que contemplaba a su esposa con ojos de adoración, acordamos la operación para el día siguiente...

—¿La operación era difícil...?

El doctor replicó, lentamente:

—Difícilísima... Un aneurisma. Las estadísticas acreditan que se salvan los operados en la proporción de un tres por ciento... Al terminar la operación, la impaciencia de la esposa y la falta de vigilancia por parte de las enfermeras, contribuyeron a que se enterase Asunción demasiado pronto del fatal resultado... Inútilmente intenté consolar aquella alma sacudida por el huracán de la desesperación; aquella alma que había llegado al sanatorio, confiada en hallar el camino risueño que prolongara una vida feliz, encontrándose, en cambio, con que el sanatorio le había llevado al eterno desconsuelo...

—Pero ya acudía en su socorro su amor...

—Entonces era aún demasiado pronto para que ella pudiera saberlo...

—Y más tarde no lo aceptó...

—Si le contestara afirmativamente, mentiría... Asunción no pudo rechazar mi amor, porque yo no se le ofrecí nunca...

—No lo comprendo...

—¿Usted tampoco? Pues este es todo el mal de mi historia. Ella no pudo comprender mi amor; yo no la pude comprender a ella hasta el momento irreparable, y usted no puede tampoco a primera vista comprender porqué una mujer no ama a un hombre enamorado de ella y que, viéndola sola y arruinada, la ofrece un puesto decoroso para que se gane la vida honrada-

mente...

—¿La concedió usted algún empleo?

—La nombre enfermera en el sanatorio.

Debí hacer un gesto de gran asombro, porque el doctor Creus lo recogió, diciéndome:

—Pues así ha sido: una mujer,

—¿Le extraña...? Sí; tal vez obré mal; no debía de hacerlo; pero se impusieron en mí, de un lado, el temor de no volverla a ver, y, de otro, el deseo de tenerla cerca de mí para verla siempre... Qué cambio en mi vida suponía todo esta, ¿verdad?

¿Que cambio en su vida! El doc-

tor Creus era, antes de conocer a Asunción, uno de esos hombres para quienes el amor es una fantasmagoría silenciosa que se desliza en lejanías indiferentes y remotas, con cuyo alcance no se sueña. Tal vez demasiado altivo para la dulce sumisión que el amor supone, porque el trato cotidiano con la enfermedad, con el dolor, había enseñándole a aborrecer a la humanidad, cuya desgracia y cuya miseria se le ofrecían a diario en toda su cruzada. Pero el corazón del cirujano fué alcanzado por la flecha dorada y ardiente, y se removieron todos los afectos que yacían en poso endurecido. El amor del

médico tantos años contenido calló con ímpetu, con la fuerza acumulada en tan larga opresión:

El doctor continuó:

—Al cabo de un mes de haber muerto en la operación su marido, Asunción volvió al sanatorio. El luto destacaba su belleza, pálida por el insomnio y por el amor; el haber llorado mucho prestaba tal desconsuelo a su mirada, que pronto me sentí conmovido, con ternura, que yo suponía totalmente marchita en mi alma. Asunción sacó un sobre y lo dejó sobre mi mesa. Lo recogí por el menudo capricho de retener lo que habían tocado sus manos. "¿Qué es esto?",



¡Tienen la palabra!

ERCA de 20,000 personas acudieron de todos los países Latino-americanos a tomar parte en el **Concurso** con que se quiso ofrecer al público una oportunidad de expresar sus sentimientos respecto de la **CAFIASPIRINA**.

Los admirables casos de alivio citados allí; los calurosos conceptos de quienes experimentaron, en momentos críticos, las virtudes de la CAFIASPIRINA, y las frases de admiración, cariño y gratitud emitidas por madres de familia, profesores, sacerdotes, políticos, periodistas, comerciantes, obreros y gentes de campo, constituyen el más humano, el más sincero y el más elocuente de los homenajes que a un producto de esta clase se haya rendido nunca.

Ese grupo, en el cual estaban representadas todas las edades, todas las profesiones y todas las categorías sociales, es **"el público"** y el público es **juez escrupuloso** cuando de su salud se trata. Para que se aprecie cuán enorme fe y cuán ciega confianza tiene en la **CAFIASPIRINA**, publicaremos aquí, sucesivamente, algunos de los más notables conceptos que figuraron en las cartas premiadas.

Como se verá, ellos sobrepasan a todo cuanto hasta hoy se haya dicho en alabanza de la **CAFIASPIRINA**. Recomendamos muy especialmente su lectura.

La **CAFIASPIRINA** se ha impuesto rotundamente en el mundo entero como la más segura y eficaz defensa contra los dolores de cabeza, muelas y oído; las neuralgias; las jaquecas; los cólicos de las damas; los resfriados; las consecuencias de trasnochadas y excesos alcohólicos, etc. Alivia rápidamente, levanta las fuerzas, regulariza la circulación de la sangre y proporciona un saludable bienestar.

No afecta el corazón ni los riñones.



pregunté sin querer abrirlo. "Eso es — contestó —, todo el dinero que quedaba en mi casa". Me inquietó su respuesta y la interrogué, preocupándome por lo que no me había interesado en ningún otro cliente: "¿Y mañana?" Asunción respondió con suave acento de conformidad: "¡Dios dirá!" No me atrevía a mirarla; distraía mis ojos en la contemplación del sobre que me había entregado, o aparentaba gran importancia por unos papeles cualesquiera que hojeaba sin verlos, siempre escapando a los ojazos negros, implorativos, llenos de piedad. Me atreví a preguntarla: "¿Y qué proyectos tiene usted?" "Trabajaré — me dijo. — Vivo sola: los padres de mi esposo quieren recogerme; pero no debo aceptar su ofrecimiento y corresponder a su solicitud creándoles una preocupación más. Buscaré algo: costura, gobierno de una casa... lo que sea". Creí llegada mi ocasión; créame que temblaba como nunca en mi vida. Empecé con unas palabras vulgares sobre su simpatía, para anunciarla luego que había vacante en el sanatorio una plaza de enfermera. "El sueldo — añadí —, será suficiente para permitir una vida holgada y de cierta comodidad a quien, como usted, es una mujer discreta y buena. Aquí tendrá, además, habitación y comida. El cargo la consentirá una vida digna e independiente. Piénselo, usted".

—La cosa no era para deflexionar mucho — observé.

—Pero me pareció prudente concederle tres días, aun cuando desde el primer momento comprendí que la oferta le agradaba, y que mis palabras habían sido un rayo de luz en la cerrazón de sus preocupaciones y en la noche de sus agobios: Al salir le devolví el sobre, no sin que ella se resistiera. Acabó recogiéndolo, llorosa de alegría. Retuvo mi mano entre las suyas, diciendo: "¡Qué bueno es usted!" La vi alejarse por la galería; pero quedando para siempre en mi corazón de dueña y señora...

—Y usted en el de ella...

—Sí; desde el momento en que me había colocado sobre el pedestal del agradecimiento, para rendirme el tributo de su gratitud...

—Pero no era eso únicamente lo que usted deseaba.

—No; yo buscaba su amor, confiando que su gratitud era el camino florido de la pasión. Y en esta creencia viví mucho tiempo, convirtiéndome, ilusionado, en moneda amorosa lo que ella pagaba con el más puro e inocente cariño.

—Sin embargo, había razones que pudieron hacerle dudar.

—¿A qué se refiere usted?

—Asunción tenía veinticinco años. Usted pasaba de los cincuenta. La diferencia era para hacer pensar.

—A mí no. El enamorado no razona; vive sometido a la incandescencia de la pasión. Cegué y no

advertí los abismos que me separaban de ella. ¿Ciego he dicho? Más justo sería llamarme necesitado. No era precisamente la falta de luz lo que a tales andanzas me llevaba, sino el temor a perder ese resplandor en lo futuro: el vigor de una tierra estéril roturada de pronto que lamenta, el ideal de las primaveras perdidas; el afán de mi espíritu por volar hacia el sol; el miedo de verme solo en los insomnios de la vejez: todo ello me empujaba hacia el refugio de unos brazos amorosos.

desvanece en la melancolía de un otoño sin esperanza. No comprendía lo que veo ahora tan claro. Y por no comprenderlo llegué a suponer a la juventud de Asunción fascinada por el brillo sin energía de mis miradas. Todo cuanto de ella procedía, me parecía un tributo de amor. Hablaba con ella; pero tan largos años de austeridad y de silencio habían secado el manantial de mis ternuras; por eso, aun cuando me violentaba por dar a la conversación familiaridad y tono confidencial, creo yo que nun-

LOS TRISTES

¿Dónde vas ciego peregrino,
con la vieja guitarra plañidera,
entonando una copla lastimera
e implorando limosna en el camino?

Ven conmigo a vivir. Dame la mano
que yo seré tu sabio lazarillo.
¡Pobres tus ojos que no tienen brillo!
¡Pobres mis ojos que te ven, hermano!

Vivamos juntos porque somos tristes;
tu por no ver al mundo ya no existes,
y yo, por verlo, con pesar existo.

No es igual el dolor, pero es profundo:
¡mientras tú lloras por no ver el mundo,
yo también lloro por haberlo visto!

A UNA ROSA ROJA

Rosa que eres de amor, símbolo regio.
Chispa de luz de un astro desprendida;
gota de sangre de paloma herida
y hecha flor por extraño sortilegio.

Rosa, que en el armónico concierto
de las flores, eres la soberana;
rosa que ostentas en la azul mañana
la majestad de un corazón abierto.

Rosa que derramas suave esencia:
parecida a la tuya es mi existencia,
tú sueñas con estrofas milagrosas

mientras yo voy tras una luz querida,
derramando mis versos por la vida
como si fuera deshojando rosas!

Ovidio FERNANDES RÍOS

El tono desolado de estas palabras me hicieron comprender en un instante lo hondo de aquel dolor que había clavado sus garfios en el corazón de mi amigo.

—A los pocos días de estar Asunción en el sanatorio, noté que vivía con mayor alegría. Mi espíritu, hasta entonces encadenado al ajeno dolor para redimir a los cautivos de la muerte, sentíase liberado por aquel amor. Y, sin embargo — ¡cuántas veces medito sobre ello! — ¡qué cosa más triste que un enamoramiento de viejo! El sol de la pasión se levanta con falso orgullo para no alumbrar más que desamparo y ruinas. Un amor de viejo es la siembra sobre el yermo estéril, luces de primavera en el panorama que cruje y se

ca conseguí desposeerla de la seriedad de la consulta y de la aspreza autoritaria. Esto no impidió el que colmara a Asunción de atenciones, concediéndola el máximo de atribuciones, de las que supo hacer el más discreto uso. Siempre debió advertir que movía fácilmente mi piedad, y jamás quiso dar motivo para que la prodigara. Pero todos estos favores míos obtenían correspondencia. Ella sabía mi vida solitaria de Robinson en un islote refractario a los afectos, aislado de los cuidados familiares, y se brindó a realizar los pequeños servicios, siempre abandonados por un soltero como yo. "Esas manchas — me decía riendo — están muy mal en un hombre como usted. Mañana me deja la americana

EL FEMINISMO MODERNO

Esta máxima se interpreta generalmente como el deseo de la mujer de conseguir la igualdad política con el elemento masculino. No es éste, sin embargo, el fin absoluto, y lo demuestra la tendencia femenina de dedicar mayor atención a los juegos atléticos y a la higiene corporal. Toda mujer constata, que después de algunas semanas de ejercicios mejora su figura, refinando sus movimientos. Del mismo modo se procede con el cutis del cuello, brazos y espinillas, e impurezas. Basta un masaje cotidiano con un poquito de Crema Vasenol para obtener un resultado seguro y eficaz.

y se las limpio". Otras veces, por alguna oportunidad grata, me regalaba unos pañuelos bordados. Jamás supe la trascendencia del pañuelo, hasta que recibí los primeros de Asunción, con mis iniciales bordadas, que yo las ungué de besos. Si al salir del sanatorio advertía en mí cualquier desuñido, lo subsanaba graciosamente. Y, para final, cada mañana, al entrar en mi despacho, encontraba sobre la mesa unos flores del parque, colocadas en un búcaro. Con aquellas flores quedaba cerca de mí un poco de ella: su delicadeza, su afecto y su gracia. Tantos años haciendo el camino monótono de mi carrera, no me dieron lugar, hasta entonces, para saber el valor de esas flores colocadas por una mujer, con el saludo de cada día, para decirme que, sobre las preocupaciones, afanes y agobios de la jornada están ellas, con su color y con su perfume, poniendo un poco de alegría en nuestra pesadumbre y un frescor de rocío para calmar la fiebre del trabajo. Y si no hubiera sido por ella misma, por esas flores hubiera amado a Asunción. Al hacer silencio el doctor Creus nos llegó el ruido de la lluvia que fuera descargada con fuerza. Las llamas de la chimenea runflaban desmelenadas por el viento, que descendía huido.

—El huracán — dijo el doctor, que miraba contemplativo la danza de las llamas.

—Estoy pensando en el sanatorio — me respondió. — Durante estos temporales, el viento, que va omnipotente por la llanura, bate sus muros con estruendo de costa brava.

—Pero, ¿Quién está ahora en el sanatorio?

—Ella.

—¿Asunción? ¿Todavía de enfermera?

El doctor Creus, como si quisiera probar el poder de mi curiosidad, pareció no oír mis preguntas, y continuó recordando:

—En estas noches de tormenta los enfermos se sobrecegan ante el lúgubre bramido del viento que se filtra por los resquicios; parece el lamento universal del mundo: la tierra es un enfermo que gime la-

jo la cirugía indomable de los elementos... Pero, vamos a lo nuestro, es decir, a lo mío, porque la historia acaba. Por todo lo que le he dicho, comprenderá usted que mi vida estaba suspensa de un amor, al que me había abandonado absolutamente con la esperanza de que aquella mujer fuese un día mi esposa.

Hizo una pausa el doctor para continuar así:

—Una mañana, conio de costumbre, entré en mi despacho. Me aguardaba poco después una operación difícil: un aceso apendicitico. Según mi método, antes de este trabajo leía un poco sobre las particularidades del caso, y visitaba a los enfermos, para quienes el día trae dos alegrías memorables, que se graban eternamente en su memoria: la luz del sol y la visita del doctor. La mañana, jubilosa y radiante, penetraba por los ventanales, aromada con el aliento del parque en flor. Y ¡pásmese!, de este parque florido, de esta mañana con todo el ímpetu y belleza de la primavera, vino mi catástrofe...

El doctor hablaba ahora lentamente y en tono tan apagado, que a veces las palabras parecían a punto de romperse en congoja. Sin embargo, pudo más su voluntad y se serenó con gran esfuerzo.

—Me puse mi bata, encendí un cigarrillo y me acerqué a las ventanas... En el parque se hallaba Asunción con uno de mis ayudantes, un joven médico, en pleno idilio, que amparaba una rosaleda enajada de flores... De lo que hice después jamás podré responder. Llamé a Asunción para reprocharla. "Corresponde usted—la dije—mal a mis atenciones, no guardando para el sanatorio un respeto que, desde luego, yo no se lo merezco". Ella, sin atreverse a mirar, aparentaba tal resignación que constituía la prueba evidente de que no encontraba de qué arrepentirse, pues en nada había perjudicado el decoro del sanatorio. Pero yo insistí: "Y por ese respeto que se nos debe a la casa y a mí, preferiría que nunca buscara a mis doctores para galantear con ellos, confundiendo este sanatorio con la que no es..." Asunción, mirándome, turbada e implorativa, no por su falta, sino por mi enojo, exclamó llorando: "Perdone, doctor; pero Carlos—así se llamaba el médico—es mi prometido". La explicación me enfureció más, y acabé alejándome para desfogar mi dolor... En estas condiciones fui a realizar media hora después aquella operación, que fue la última...

—Y en la que murió el enfermo... Pero el caso era grave, y sólo se salvan un tanto por ciento muy escaso de operados.

Ni una de cuantas intervenciones análogas llevaba hechas me había fallado...

—Alguna vez tenía que ser...

—Esta. Porque no fui yo quien operó, sino un hombre sin cerebro y sin ciencia; una sombra de mí

mismo; apoderándose del instrumental para cometer un crimen...

—¿Qué dice usted?

—Sí: no rectifico: un crimen. Trabajé mecánicamente, con el pensamiento en la tragedia que acababa de desplomar el templo de mis ensueños y de mis esperanzas. Renegado y sin fe en mi destino,

mi ayudante, Carlos, esposo de Asunción...

—No es bastante motivo; no es bastante para justificar su determinación...

—¿Por qué no? ¿Le parece poco el haber dejado morir a un enfermo? Y, sobre todo, aquella mujer ejercía tal influencia sobre mí,



—Dime, hijita, con toda sinceridad, ¿me has sido siempre fiel? ¡Y a veces que me marché a China y puedo morir!

—...¿Y si no te matan?

no brindándome interés ninguno mi propia vida, ¿qué podría importarme la de aquel operado anónimo? Mi cerebro, que ante la mesa de operaciones era el faro alumbrando el camino de mi mano tan certera y segura, aquella mañana se eclipsó; mis ojos, hábiles para descubrir los misterios del mal en sus más íntimos reductos, se nublaron con la noche del infortunio. Y mi pulso, este pulso que era mi gloria, me hizo traición... ¡Ahí tiene usted explicado mi fracaso! Ya sabe usted ahora porqué he abandonado el sanatorio, que sigue bajo mi nombre, pero al cual no me acerco, y que lo regentea el que fue

que para vivir tranquilo el resto de mi existencia, era preciso que me alejara de ella. Yo no necesito el sanatorio, y ellos sí. Ques sean felices; pues su felicidad me rehabilita del mal que por ella hice...

—Es usted poco piadoso consigo mismo. ¡El mal que por ella hice! ¿Y porque no se acuerda del mal que ella le hizo?

—¿A mí? Ninguno. Asunción siguió su camino natural. Fui yo quien, con el fardo de mis años y de mis achaques, me interpusé en la línea de su destino... En fin; puedo decirle que mi conducta es lo único que aplaca mis remordimientos...

ANECDOTA

Linares Rivas, el gran comediógrafo español, tiene, como es sabido, la desgracia de ser sordo. Para corregir en lo posible el defecto, compró una trompetilla acústica, que utilizaba frecuentemente.

Uno de los amigos de Linares Rivas, al ver la trompetilla, le dijo:

—Ahora estará usted bien, don Manuel. Gracias a esa trompetilla, oirá usted mucho mejor.

—¡Qué!—replicó el autor de La Garra.—Yo oigo exactamente igual que antes. Quienes salen ganando con ello son ustedes, porque ahora tendrán que gritar menos.

—fínidos remordimientos de novicia—exclamé, irónico.

El doctor Creus se incorporó de pronto y me miró desafiante. Yo no sé lo que vi pasar por sus ojos, que me llenó de espanto. Sopló en mi espíritu, y como presagio, el escalofrío del misterio. El doctor gritó:

—¿Remordimientos de novicia, dice usted? No. Remordimientos de un crimen sin sanción.

Y, ante mi gesto de estupor por lo que oía, repitió con voz robusta:

—Sí; el crimen. Porque, como ya le dije, al marido de Asunción le operé yo... ¡y también le hubiera podido salvar!

Miré al doctor con espanto. El reflejo de las llamas sobre sus gafas inyectaban de un rojo de sangre sus ojos. Todo él me pareció infernal con aquel resplandor de púrpura. Y callé, esclavo ya para siempre de su propio secreto.

EL COCHE DE WATERLOO

Este célebre coche, en el cual fué el Emperador Napoleón I después de Waterloo, llegó a Maubert-Fontaine el día siguiente de la batalla, el 19 de junio de 1815, hacia las cinco de la tarde.

Al detenerse, Napoleón mandó buscar por las aldeas vecinas algunos caballos con que reemplazar los que traía, que estaban muy fatigados.

No se encontraron éstos ni fué posible ofrecer al Emperador nada más que "cuatro caballos inválidos de los cuales tres eran ciegos y uno cojo".

Con este tiro, guiado por un labrador de Fouly llamado Nicolás Gillet, logró llegar Napoleón a Messieres a las dos de la madrugada.

El histórico coche se conserva en el castillo del conde Blücher, cerca de Ograva.

EL GUACO

El Guaco es un ave del orden de las gallináceas, casi tan grande como el pavo, de plumaje negruzco en las partes superiores y blanco en el vientre y la extremidad de los penes; pico negro, fuerte y rodado en la base de piel amarillenta; un penacho eréctil de plumas muy negras en lo alto de la cabeza; alas cortas y cóncavas y cola larga.

Abunda en América, desde México al Paraguay. Es fácil de domesticar.

El Indio Tayahué

Por Luisa Israel de Portela

Trepada sobre unas piedras en la misma orilla del arroyuelo, con las piernas colgando sobre el agua mansa, Florencia, la pequeña, vivaracha y mimada heredera de los Pardo Cicena, codiciaba terriblemente unos lirios que blanqueaban en el borde opuesto.

— ¡Tayahué! — ordenó con gesto feudal. — ¡Tayahué! ¿Ves aquellos lirios? ¡Traémoslos!

El muchacho se echó al agua. Nadó dificultosamente, impedido por las plantas que cohibían sus movimientos, y, después de varias tentativas para levantarse, porque las espinas que se hincaban en sus manos le obligaban a soltar las ramas, provocando las risas de la niña, consiguió penetrar en el bosque enmarañado y adueñarse de las flores, con las que regresó triunfante.

Florencia, riendo, las colocó entre sus rubios bucles, mientras Tayahué se arrodillaba en la tierra empapada y juntaba devotamente los dedos, que destilaban agua y sangre.

— ¿Qué haces, loco?

— ¡Le estoy rezando, niña Flor!

La niña Florencia como la llamaban todos los peones de la estancia, nombre que el indio había transformado en el dulce apodo de "niña Flor", era la inseparable compañera de Tayahué desde el día, ya lejano para él, en que una tribu de indios que huía le abandonó cerca de la mansión de los Pardo Cicena, al norte de la provincia de Santa Fe.

El indiecito tenía cinco años; silencioso, huraño, indómito, sólo con una palabra respondía a todas las preguntas e indagaciones: Tayahué. ¿De dónde venía? ¿A dónde iba? ¿Era ese su nombre? ¿El de su padre? ¿Sería acaso un misterioso y punzante llamado? No se supo nunca, ni tampoco él lo recordó después.

Siempre silencioso y esquivo, sólo abrió su espíritu a la pequeña Florencia, de quien hizo un ídolo. En la paz de las tardes tranquilas que convidan a divagar blandamente, ella solía decir: "Verás; cuando seamos grandes, yo seré tu mujer!"

Y ese culto absorbía a tal extremo la existencia de Tayahué, que cuando, años más tarde, la familia se trasladó a Buenos Aires, para completar la educación de Florencia, el indio perdió por completo la noción del tiempo. Ya para él no se dividía en horas, ni en días ni en noches. Se olvidaba de comer, y de dormir, o lo hacía insólita-

mente.

Los meses de estío, que le traían a su amiga, convertíanse en un solo día de sol, y el invierno, al llevarse, lo sumía en una noche inacabable.

traño, un ingerto, un paria. Sintióse indeciblemente abandonado, más abandonado que cuando pequeño y balbuciente su tribu lo extrañara, y, guiado por el instinto, que le impelía a buscar amparo en las selvas, desertó de la hospitalaria casa y desapareció.

A Florencia disgustóle la noticia; habíale referido la historia a su Jorge, a su magnífico Jorge de Alvar — la historia de aquel humildísimo vasallo, de aquel fanático adorador — y hubiera querido que lo conociese.

PATIO CONVENTUAL

(Del libro "Ara Incaica", en prensa)

Un silencioso claustro de sillares labrados que son maravillosa floración de la piedra.

Sucedíendose idénticas, frente a los viejos arcos, las puertas y ventanas de las estrechas celdas.

Los pasos inaudibles de las toscas sandalias sobre las desgastadas losas blancas y negras.

Oleos descoloridos colgando de los muros encuadrados en marcos de dorada madera.

Un jardín conventual que huele a mejorana en donde se estremece la tibia primavera.

Vecina la alta torre del templo majestuoso en que la voz de bronce de las campanas suena.

Arriba un luminoso rectángulo de cielo donde blanca bandada de palomas revuela.

Justo G. DESSEIN MERLO

II

Una vez — después de haberse hecho la noche doblemente larga y dolorosa, pues los Pardo Cicena veranearon dos años consecutivos en sitios mundanos y aristocráticos, playas o montañas — supo Tayahué que Florencia volvía acompañada de su novio, un distinguidísimo muchacho, de gran apellido.

En su espíritu, inculto y apasionado, sólo comprendió que su niña Flor ya no le pertenecía, que perdía el único apoyo en su convivencia con los blancos, que era un ex-

Un vago remordimiento y un temor inexplicable la invadían cuando juntos recorrían el bosque; el menor ruido la sobresaltaba, y pasaban sobre ella, a través de la frontera, los ojos negros y centelleantes de Tayahué.

En uno de estos paseos, cuando ambos descansaban sobre un tronco agrietado, surgió de improviso, a poca distancia, la vigorosa silueta del indio, cubierto con un mameuco que desnudaba sus brazos y sus piernas de bronce, y envuelto en una ancha faja rayada de rojo y blanco.

GENIOS CELEBRES

Eurípides tenía dieciocho años cuando escribió su primera tragedia.

Dante comenzó su "Divina Comedia" a la edad de veinte años.

Donatello firmó su "San Jorge" a los veinte años, y Miguel Angel dió término a su "Pietà" a los veintuno.

Mozart se destacó a los quince, Weber, a los catorce, y Bach a los dieciocho; todos ellos como grandes compositores.

Aristóteles tenía dieciocho años y Espinoza veinte cuando publicaron sus originales y trascendentales sistemas filosóficos.

Newton terminó a los veintidós años sus estudios físico-astronómicos, que lo llevaron al descubrimiento de la ley de gravitación.

Laplace y Lavoisier fueron elegidos miembros de la Academia Francesa antes de cumplir veinticinco años de edad.

Lope de Vega tenía trece años al firmar las primeras de sus obras inmortales, y el dramaturgo alemán Schiller ya era famoso a los dieciocho años de edad.



Un Hierro Quina Bisleri
mi amigo Tito tomó
y en menos que canta un gallo
cuatro kilos engordó.

Surgió hermoso y altivo, mudo y salvaje.

— ¡Al fin, Tayahué! Ven. Aquí tienes un amigo. ¡Acércate! — llamóle Florencia con volubilidad exagerada, en la que ocultaba inquietudes.

Pero él permanecía callado, sin un movimiento, sin un gesto, y la miraba extático, con devoción indescriptible.

— ¿No quieres que seamos amigos, Tayahué? — preguntó a su vez Alvar, sonriendo; y añadió jovialmente:

— ¿O crees, acaso que te he quitado tu mujer?

Florencia se levantó aterrada; pues, aunque imperceptible, el sacudimiento del indio reveló su ferocidad. No dió un paso, pero sus músculos se tendieron felinamente, como bestia que se dispone a saltar.

Impasible, valiente, Alvar continuaba con la sonrisa en los labios, mientras Tayahué lo envolvía en una intensa mirada de odio, en la que se concentraban todos los instintos del bruto, con su salvajismo y sus violencias.

— ¡Maldito! — habló Tayahué entre dientes, y desesperado, impotente, se hundió en el bosque.

Florencia lloraba.

— ¡Te detesta, Jorge, tengo miedo!

Pero él, con su calma la tranquilizó. ¿Se imaginaba ella que no sabría defenderse contra un muchachote?

III

Una tarde que Alvar, habiendo salido temprano a cazar, no volvía, Florencia, temerosa de que se hubiese extraviado en el bosque, desconocido para él, mandó a su encuentro a la cuadrilla de peones por diferentes caminos.

Cada vez más asustada y oprimida por funestos presentimientos, ella misma se internó en los matorrales.

Avanzaba lentamente, y, de tiempo en tiempo, prorrumpía en angustioso llamado.

De pronto, creyendo oír una respiración jadeante y un gemido, corrió despavorida.

Allí, en el suelo, parecía que había un cuerpo... No, no podía ser... Sí, era un cuerpo inmóvil y un hombre de pie. El hombre tenía sangre en las manos, y el cuerpo inmóvil tenía una horrible herida en la frente.

¡Gran Dios! ¡Era Jorge, su Jorge!
¡El otro era Tayahué!

Enloquecida, se abalanzó sobre él furiosamente.

— ¡Tú le has muerto! ¡Asesino!
¡Miserable asesino! ¡Tú le has muerto! ¡Te odio! ¡Agárrenlo, agárrenlo!

De todos lados surgían los servidores y se precipitaban sobre Tayahué.

El indio contrajo las facciones en una honda, desgarradora, sobrehumana expresión de dolor, y, deshaciéndose de las manos que ya lo alcanzaban, echó a correr a través del monte.

Todos corrían, y en vertiginosa carrera saltaban las tranqueras, los charcos y las malezas.

Con la ligereza de gamo acosado por la jauría, elevóse el indio hasta una altísima barranca, y, levantando los brazos, se arrojó en el arroyo, donde éste se ensanchaba para desembocar tumultuoso en el río Paraná. Se arrojó en el arroyo, pero no aparecía ante los ojos atónitos, escrudiñadores de los peones; y cuando al fin, en un remolino, divisaron un brazo, un hombro y unas mechadas de pelo negro, lo acibillaron a pedradas, que para siempre lo hundieron...

¿Por qué Tayahué, que conocía lo más recóndito y oculto del bosque, no pudo escapar a sus perseguidores? ¿Por qué se dirigió derecho al río? ¿Por qué, sabiendo nadar como los peces, se fué al fondo y no trató de alcanzar la orilla opuesta?

IV

Cuando Alvar despertó de su largo desmayo, por los cuidados que le prodigaran Florencia y su padre, recuperó en seguida todos los sentidos, pues la herida no era profunda.

— ¿Y Tayahué? — preguntó entonces con inquietud.

— Puedes estar tranquilo, Jorge — apresuróse a informarle Florencia rencorosa. — ¡Ese miserable!

— ¿Miserable Tayahué? ¿Cómo! ¿Tú no sabes? ¿No sabes que le debo la vida?

— ¿Qué dices? — exclamó ella palideciendo. — ¡No; cállate, cállate!

— Unos bandoleros me asaltaron en el confín del bosque, y ya había recibido este golpe en la frente, cuando Tayahué los dispersó a cuchillazos, gritando: “¡Bandidos! ¡No lo toquen, que es de niña Flor!” Llámalo, Florencia; quiero darle un abrazo...

Florencia permanecía muda, yerta, con los ojos desmesuradamente abiertos por el espanto, fijos en el terrible ensañamiento de la peonada, provocado por ella...

— Me tomó en sus brazos — prosiguió Jorge, — y con la pesada carga atravesó la selva; luego me desvanecí, cuando me depositó en el suelo para descansar... Florencia creía oír la respiración jadeante y el gemido. Veía las ma-

nos sangrientas que le traían a su más querido, con la misma fanática sumisión que le trajeron aquella otra vez los lirios blancos: “Le

estoy rezando, niña Flor”.

— ¡Llámalo, Florencia!...

Florencia permaneció muda y yerta.



— Le encuentro a usted muy débil, a pesar de que dice que está siempre haciendo ejercicio.
— Es que los ejercicios que yo hago son ejercicios de Trigonometría.

“MORRIÑA”

(Del libro “Fiebre”, recientemente aparecido)

¡Oh, mi dulce Galicia!
¡Quiero gritarte mis nostalgias,
la “morriña” incurable de tus verdes prados
y las hondas “saudades” de tus montañas!
Aun me parece que, entre las peñas de tus riachos,
bebo, de bruce, la linfa clara.
Y en la ribera, veo las “pescas”,
mientras aguardan a las “traineras”...
Y se renuevan en mis retinas visiones llenas de suave encanto;
recios marinos que, en haz de músculos tiran del “cabo”,
en tanto elevan vastas canciones,
tan planíderas como las olas...

¡Oh, mi Galicia! Deja que lllore
tu larga ausencia; deja que evoque
tus romerías de panderetas
y tus “muñeiras” al son alegre de castañuelas...
Y en noches suaves como caricias de bosques tibios,
cuando la luna salta en el mar,
— danza de lampos sobre las ondas, festón de espumas...
ver las “rondallas”, duendes sonoros, vagos fantasmas
que a las ventanas
de las ingenuas novias aldeanas van a cantar!
¡Ah, mi tierruca! Cuna querida:
en los inviernos quisiera estar
junto a la lumbré de tus cocinas,
para mis penas poder hilar!

Matilde MAYAN

Montevideo.

LA BIBLIA DE SAROSPATAK

Se conserva en Sarospatak (villa histórica de Hungría) una Biblia polaca, que es la más precisa y voluminosa reseña lingüística polaca que se conoce.

La princesa Eduvigis, hija del rey de Hungría Luis el Grande, casada con el rey polaco Ladislao Jagellón, mandó traducir la Biblia al idioma polaco. Fué interrumpida su traducción en 1399 a la muerte de esta reina, pero se continuó y terminó bajo el reinado de la reina Sofía, cuarta esposa del mismo rey. Parte de esta Biblia se encuentra en Sarospatak. Es un manuscrito maravilloso; un gran volumen de 185 hojas en pergamino encuadrada en madera dura, adornada de una cubierta de piel fina, estampada y artísticamente trabajada.

La hoja del título tiene hermosas iniciales; en la parte inferior, en el lado izquierdo, se ve el águila polaca y a la derecha un blasón.

En medio se encuentra el escudo de armas jagelínico. La Biblia fué escrita por diversas manos; en 1627 pasó a ser propiedad de la Escuela Superior de Sarospatak. Tiene un valor extraordinario: han ofrecido por ella hasta 325.000 marcos oro. Es importante advertir que aún existen algunos fragmentos de esta traducción. Uno de ellos está en Praga (el libro de Daniel), otro se encuentra en Varsovia (el libro de los Reyes), un tercero en Breslau (el libro de Jeremías) y el cuarto fué descubierto por M. Esteban Harsanyi en la Biblioteca de Sarospatak. Es el mayor tesoro de esta colección. Una literatura entendida se agregó a ese código descrito por M. Harsanyi en la revista bibliográfica húngara *Magyar Konyvszemle*. Este artículo fué publicado en 1919. Los polacos fueron varias veces a Sarospatak a estudiar este nuevo descubrimiento, del cual han hecho varias copias. Los checos han querido también estudiarlo, pero la Dirección de la Escuela Superior no los admitían sino con la condición de que devolviesen los libros llamados Crome-nius. Los checos se negaron, no obteniendo el permiso que pedían. Sino embargo, la Dirección acogió con benevolencia el ruego del Gobierno polaco y dejó fotografiar el libro y hacer facsimiles de él.



CURIOSIDADES

El lenguaje por signos, de los sordomudos fué adoptado en la enseñanza el año 1749.

A las personas que sufren de insomnio se les recomienda coman cebollas crudas.

Los gavilanes pueden volar con una velocidad de cien millas por hora.

El Banco de Inglaterra conserva todavía lingotes de plata que fueron depositados en su cajas en 1696.

Los adoquines viejos de madera que se sacan de las calles de Londres se emplean para hacer juguetes.

Cuanto más rizada está la lana de las ovejas mejor tiempo va a hacer.

En Egipto se han descubierto libros y cuadros que describen la primera batalla naval conocida en la Historia. La batalla fué entre los entonces civilizados griegos y los cultos egipcios. Resultaron victoriosos los griegos.

Se está empleando actualmente el termómetro para la pesca del bacalao y ródalos, que viven en aguas cuya temperatura es de 40 a 50 grados.

Cerca de Islandia apareció una isla a la que se le dió el nombre de Nyoe, y que duró cerca de veinte años, siendo luego deshecha por las aguas.

A fines del siglo XVIII tuvo Napoleón la idea de repoblar la Tierra Santa con hijos de Israel.

Los científicos proponen, actualmente, el uso de los gases asfixiantes para matar los mosquitos.

Los mejores pases para habitaciones se hacen en Rusia.

En cierta región de Australia se cría una variedad de aves, muy curiosas, a las cuales los naturalistas llaman "los doce apóstoles" porque se reúnen en número de doce, sin darse jamás el caso de ser ni de menos ni de más que la docena. La causa de esto se desconoce. Sólo se ha podido observar que anidan cada docena en el mismo árbol y que viven juntas.

Se calculan en unos veinte millones las personas ciegas que hay en el mundo.

Los mariposeros resultan excelentes mariqueros, según los capitales de los barcos, porque su rotación los prohíbe beber.

La división de la esfera del reloj en sesenta minutos tuvo su origen en Babilonia.

Los castores se pelen fuertemente de la colina al arroyo que se muestra bastante actividad en el trabajo. Si un elefante molosa

a los demás de un rebaño, lo echan de él sus compañeros.

En Africa del Sur hay cuatro negros por cada blanco.

Las mujeres de Sumatra consideran como signo de belleza no tener ningún diente.

Las cenizas arrojadas por los volcanes comunican a la tierra una extraordinaria fertilidad.

Un natural del Congo belga vuelve la espalda a su suegra cada vez que tiene que hablarle.

Los chinos tienen dos palabras para denominar el alfabeto: *hoton* y *hai-pien*.

Un elefante puede transportar una carga diez veces más pesada que la que soporta un caballo.

Los calamares se reproducen en gran número, llegando a poner, según se ha calculado hasta 40.000 huevos de una sola postura.

El 72 por 100 de la masa de nuestro cuerpo está formada por agua; hasta en la formación de los huesos entran mil partes de líquido por 130 partes de materia ósea.



Hormigas en la Garganta

Esa es la sensación que produce el cosquilleo molesto que incita a toser. Para suprimirlo tome las

Pastillas Iodeina

(MONTAGU)

que suavizan y desinflan las vías respiratorias, eliminando las causas que provocan el ataque de tos.

La Iodeina asegura el sueño tranquilo y quita la tos crónica de los fumadores.

EN TODAS LAS FARMACIAS

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires

Escuela y jardín de infantes del Jockey Club

A una brillante ceremonia dió lugar la inauguración oficial de la escuela y jardín de infantes creada por el Jockey Club, y edificada por esta institución en la esquina de Avenida Vértiz y Olleiros. — El obispo monseñor Copello, el intendente municipal, señor Cantilo, el doctor Tomás E. de Estrada, ex presidente del Jockey Club, los embajadores de España, Chile, Brasil y Perú, el ministro de Alemania, los generales Mosconi, Fernández y Millán Astray y otros caballeros durante el acto de la inauguración.



El obispo monseñor Santiago L. Copello, durante la ceremonia de la bendición del establecimiento, efectuada ante la numerosísima concurrencia que asistió al acto.



Los alumnos de la Escuela desfilando ante las autoridades, después de cuyo acto el presidente del Jockey Club, señor Emilio N. Casares, declaró inaugurado el establecimiento en un sentido y breve discurso que fué calurosamente aplaudido.



Coincidiendo con la inauguración de los cursos, se formó una columna de 500 alumnos de los grados primero superior a cuarto, pertenecientes a la escuela del Jockey Club, que tributaron un homenaje a Sarmiento, desfilando ante el monumento erigido al ilustre educacionista en los jardines de Palermo. — Un detalle del desfile.



El asesor de la escuela y jardín de infantes creada por el Jockey Club, señor Próspero G. Alemandri, pronunciando un discurso al pie de la estatua de Sarmiento, durante el homenaje que tributaron a la memoria del patricio, los alumnos de aquel establecimiento docente.



Inauguración de la Exposición Avícola



El intendente municipal señor José Luis Cantilo y el ingeniero agrónomo señor Pimentel, en representación del ministro de Agricultura, acompañados de otros funcionarios y algunos expositores durante el acto de la inauguración oficial de la Exposición de Fomento Avícola y Cunicola, situada en el local Sarmiento 357 y organizada por la Sociedad Argentina de Criadores.

NUEVO EDIFICIO DE LA PARAMOUNT

La Agencia Paramount, de Buenos Aires, inauguró el edificio propio de la citada Compañía, situado en la calle Ayacucho, con cuyo motivo se ofreció una fiesta a los numerosos invitados al acto. — El alto dirigente de la empresa, señor Shauer acompañado del director local, señor Lange, de los señores Glucksmann, Ajuria, Kunzler, Cetrán, Pardo, Kallman, personalidades del mundo cinematográfico y de un grupo de periodistas, durante el acto inaugural.



MANIFESTACION SOCIALISTA DEL 1º. DE MAYO



Un aspecto de la manifestación organizada por el partido Socialista, con motivo del 1.º de mayo, a su paso por la calle Rivadavia.



Camiones con carteles alusivos a los anhelos del partido Socialista, que encabezaban la manifestación partidaria realizada el 1.º mayo.

Premios en la Compañía de Tranvías Anglo-Argentina



En una interesante fiesta, realizada en el teatro Nuevo, la compañía de Tranvías Anglo Argentina, hizo entrega de los premios discernidos a aquellos de sus empleados que cumplieron sus bodas de platas con la citada empresa. — A la izquierda: el intendente municipal, señor Cantilo haciendo uso de la palabra. — A la derecha: el administrador general de la Compañía, Ingeniero Marcelo Rongé pronunciando su discurso.



El intendente municipal señor Cantilo, felicitando a uno de los viejos servidores de la Compañía, durante la entrega de los premios.

El revisor número 2 del subterráneo, señor Enrique Lago, hablando en nombre de sus compañeros.

Teatro Ideal - "El gato con botas"



Una escena de la obra "El gato con botas", interpretada por elementos de la compañía infantil que actúa en dicho coliseo y que constituye un notable conjunto artístico creado y dirigido con singular acierto por la actriz Angelina Pagano. Tanto con este elenco, como con el de Artistas Unidos, cuya dirección comparte la señora Pagano con el señor Defilippis Novoa, el teatro Ideal, se está destacando, por la labor artística, sana y elevada, que ofrece en sus programas, como si el criterio directivo que lo rige se propusiese auspiciar la producción nacional de verdadera valía.

Vida bancaria



Señor Enrique Lucá, meritorio empleado del Banco Español del Río de la Plata que ha sido nombrado gerente de la Sucursal Balcarce de dicha institución.

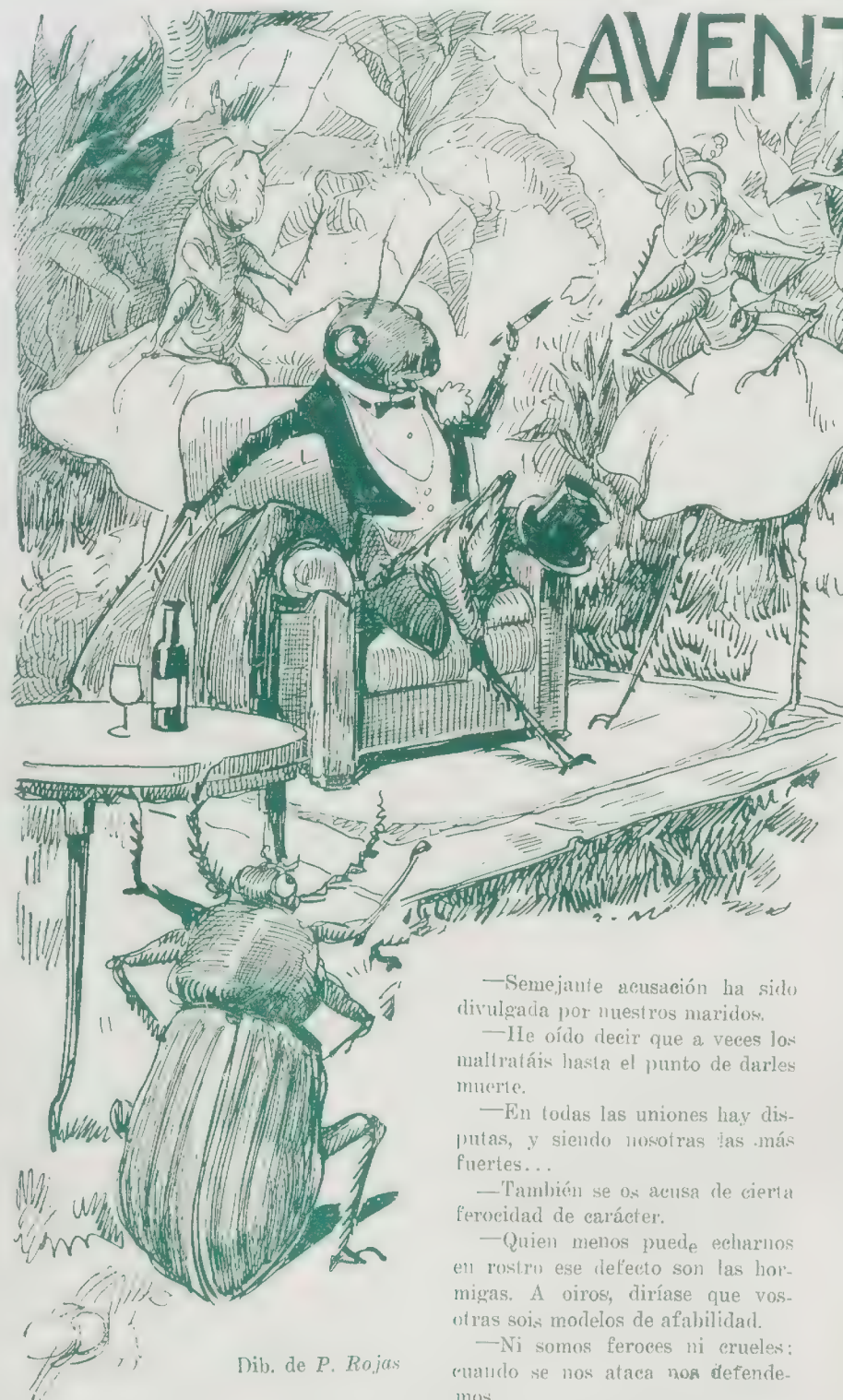
De La Plata

Señorita Néilda Lucía Tauriel que acaba de contraer enlace con el doctor Eke Mercante.



AVENTURAS DE UN GRILLO

(POR EL DR. ERNESTO CANDÉZE)



Dib. de P. Rojas

(Continuación)

—Esto, hablando en plata, quiere decir que yo no sería bien recibida en vuestra casa.

—Así se me figura, dijo con sequedad la hormiga.

—¿Y por qué motivo?

La hormiga hizo un gesto como para indicar que no le gustaba dar explicaciones.

—¿Acaso es debido esto a antipatías?

—Si he de seros franca, diré que, generalmente, las arañas sólo antipatía inspiran.

—¿Y podréis decirme a qué debemos esa aversión universal?

—Si me explico temo que os ofendáis.

—¡Oh! nada de esto; podréis hablar. Si me parece injusta la acusación, la combatiré.

—¿Queréis que hable? bien está. Se os acusa, entre otras cosas, de ser malas esposas.

En seguida nos abandonó y colóse en el subterráneo.

Por un momento, la hormiga la siguió con los ojos.

—Hé aquí un ser con quien jamás trabajaría amistad, díjome meneando la cabeza.

—Y yo opino que ella dirá lo mismo de vos.

—¡Mala hembra! Me sorprende que la profeséis tanto cariño. Id con cuidado, pues os venderá.

—¡Vaya! ¡vaya! Decid que no os ha agradado, y por esto la juzgáis tan duramente. Yo sólo la debo agradecimiento, pues en momentos difíciles para mí, se me ha mostrado fiel y adicta.

—Vamos, si os auxilió fué por interés.

—No lo creo

—Sea como fuere: desconfiad de ella, mi buen amigo, desconfiad de ella, os digo.

Pocos minutos después volvió a aparecer la araña. Díjome que había penetrado en la conejera lla mando a voces, pero que no había obtenido respuesta. Lampiro dormía o bien estaba oculto en lo más hondo del subterráneo.

—Apostaría que te ha oído, murmuró entre dientes la hormiga; pero habrá tenido buen cuidado de no responder. Lampiro conoce demasiado tus mañas. Amable grillo; añadió alzando la voz, ¿queréis ponerlos en marcha, sí o no?

Fuerza es que lleguemos a nuestra casa antes que anochezca, de lo contrario encontraremos cerradas las puertas de la ciudad.

Y la hormiga abandonó la conejera. La araña me detuvo para decirme:

—Creedme querido, no vayáis: desconfiad de esas gentes: correis a una muerte cierta. Os aseguro que abusan de vuestra buena fe.

—Lo prometido prometido está, replicó; por nada de este mundo me vuelvo atrás. Parecería que tengo miedo. Puedo aseguraros que si soy atacado, sabré defenderme.

—Defenderos! ¡vana ilusión! En un santiamén seréis desenterrados.

—Os juro que no serviré de pasto a las hormigas sin haber antes hecho buen uso de mis mandíbulas y de mis patas.

—¿Y de qué os valdrán vuestras naturales defensas contra centenares y miles de hormigas.

—De todos modos, no les arrienderé la ganancia a las primeras que me ataquen. Hasta la vista, querida.

—Adiós, grillo.

Y proseguimos nuestra marcha. Después de haber dado algunos pasos, volví la cabeza para despedirme definitivamente de la araña, y villa reinstalada en el centro de su tela.

—Mi amiga me acompañó un buen trecho con la vista, meneando la cabeza.

CAPITULO XIV Excitación nerviosa

Aleancé a la hormiga, que se adelantaba precipitadamente bordeando el linde del bosque, y por un momento marchamos silenciosas. por mi parte estaba pensando en lo que me había dicho la araña. ¿No podría suceder que al fin y al cabo ella tuviese razón y yo fuese víctima de mi buena fe? Era indudable que la araña me ganaba en punto a penetración y malicia, así como que estaba más al tanto de las cosas de la tierra: sin embargo, el lector sabe que no había ocultado lo poco simpáticas que le eran las hormigas, y como las preocupaciones vuelven injustos tanto a los hombres como a los insectos y extravián sus juicios, esto me tranquilizaba un tanto respecto a mi porvenir.

Mientras me hacía tales reflexiones, recorríamos la inculca meseta de que antes he hablado, y no tardamos en llegar a la hondonada, causa de la catástrofe de la víspera.

—¡Cuidado! dije a la hormiga; en este sitio las hormigas - leones tienen preparadas sus emboscadas, y si andáis distraída podríais caer en el lazo.

—¡Oh! exclamó mi compañera: las conozco perfectamente bien. Id delante, que ya tendré yo buen cuidado de no dejarme engañar por las malditas.

Bajamos el declive sin que nos ocurriera cosa que digna de contarse sea, y una vez llegados al sendero, tomamos hacia la derecha. Poco después estábamos en el bosque.

El día comenzaba a declinar.

—¡Malíitas procesionarias! profirió de repente mi compañera. ¡Ahora sí que estamos bien avisados! Podemos esperar sentados, pues tenemos para rato.

Clavé los ojos en el sitio que había señalado mi amiga, quedando muy sorprendido al ver lo que nos atacaba el paso.

Obstruían el camino numerosas larvas, las cuales marchaban en es-

trecha formación.

—¿Qué significa esto? pregunté.

—Es una cohorte de procesionarias, las cuales al anochecer abandonan su morada, es decir, el tronco de aquel roble que allá veis, dirigiéndose a otros árboles para paecer.

—¿Y a qué fin marchan en fila una tras otra?

—¿Qué queréis que os diga? Ellas se sabrán porqué lo hacen.

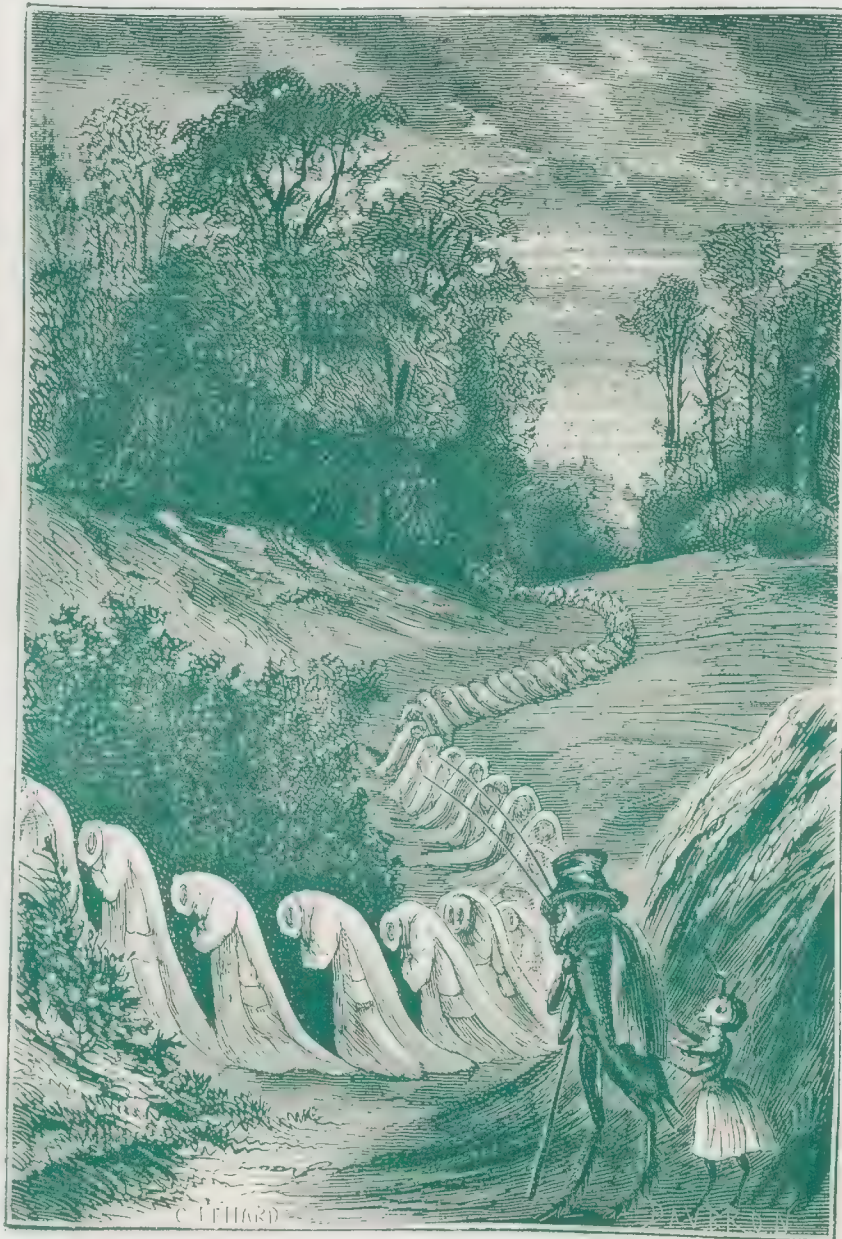
—¿Es particular!

—Cada noche se repite la misma función. Llegada la hora de abandonar su nido, una de ellas se pone en marcha, sguenla otra y otra, y así sucesivamente hasta tanto que no queda una sola en la es-

Las he hallado al paso con frecuencia, y confieso que es una cosa bastante molesta, pues el desfile dura largo rato. Varias veces se ha tratado, en nuestros conejibulos, de declararles la guerra y obligarlas a abandonar el bosque, pero esto es más difícil de lo que a primera vista parece.

—¿Acaso osarían defenderse si las atacabais?

—Creo que no, pero en cambio cuentan con paladines muy temibles. ¿Veis aquel magnífico escaerabajo verde que sube al tronco de un árbol? Pues bien, su nombre es calosoma; en estas inmediaciones viven unos treinta, los cuales, si se atacaba a las larvas en cuestión, las defenderían a capa y es-



pecie de saco de lienzo que les sirve de mansión durante el día, saco que ellas mismas se fabrican. No todas marchan como las que estais viendo; a veces van a dos y a tres de fondo. Si la primera se para, páranse todas las demás; cuando aquélla vuelve a ponerse en marcha, toda la columna se mueve a un tiempo.

—¿Y ereis que pasarán muchas ahora?

—Siete u ochocientas: en fin, toda la colonia.

—Esto es prodigioso.

cesión constituía un obstáculo para ella, no así para mí, ya que me era fácil romper las filas; por lo tanto la invité a que, como antes, se instalara sobre mi lomo, idea que agradó a mi compañera e inmediatamente fué puesta en planta. De un salto pasé al otro lado del camino, y de esta suerte pudimos continuar la interrumpida marcha.

—¿Está todavía muy lejos vuestra vivienda? pregunté a la hormiga.

—Si pudiésemos recorrer este camino llegaríamos a ella antes de que anocheciera, pero creo prudente que nos internemos en el bosque; de otra suerte tal vez nos salga al paso alguien que nos haga arrepentir de nuestra temeridad. Al oscurecer invaden este camino un sinnúmero de rondadores cuya presencia creo prudente evitar: son esos rondadores erizos, musarañas, enlebras, y no cito las liebres y los conejos que sería fácil nos aplastaran. Seguidme, que no tardaremos en encontrar uno de los senderos que conducen a mi morada.

Dicho esto, penetramos en la espesura.

Era la primera vez que recorría un bosque, y la novedad del espectáculo me impresionó en gran manera. Las tinieblas, que empezaban a envolverlo todo, me infundían algo parecido a terror vago.

Confieso que los bosques tienen cierto misterio, sobre todo cuando se recorren de noche. Diríase que bajo aquellas sombras se agitan negras pasiones, que sus habitantes deben ser más indomables que los de los campos y praderas iluminados por los alegres rayos del sol. Me sentía conmovido; sin embargo, procuré razonar para convencerme de que la imaginación tenía mucha parte en mis impresiones. Mas es imposible raciocinar con las impresiones; se sienten y cuesta mucho desechárlas. De vez en cuando lanzaba una mirada furtiva a la hormiga, la cual marchaba silenciosa a mi lado. ¿En qué estaría pensando? había momentos, — a lo menos así me parecía, — en que su fisonomía se iluminaba con una expresión diabólica. Lo que más me impresionaba era la antena que le faltaba. ¿Por qué no poseía dos antenas, como los demás insectos?

¿Y sus ojos oblicuos? Estos revelaban cierta astucia, lo cual no había notado hasta aquel entonces.

¡Vaya una locura la mía fiarme en sus palabras! En vez de permanecer tranquilo y reposado en alguna pequeña excavación que yo mismo me hubiese abierto bajo un pedrusco, iba recorriendo sendas y vericuetos, y, lo que era peor, en mala compañía. Sí, por cierto: ahora caía en la cuenta de que las advertencias de la araña no estaban destituidas de fundamento: la hor-

miga llevándome a mi perdición. O sino, ¿a dónde íbamos? ¡Yo pesar la noche en un hormiguero! Confiesa, amigo grillo, que habías perdido la cabeza cuando aceptastes una proposición tan extraña. ¿Acaso existe un ser tan loco que de buen grado vaya a colarse en un hormiguero? Que lo lleven a viva fuerza, que lo arrastren hasta allí, pase; pero ir por voluntad propia ¡qué disparate!

Sin embargo, todavía es tiempo de salir del mal paso. ¿Por qué me obstinaba en acompañar a la hormiga? Si la dejase en redondo... ¿Quién me impediría dar media vuelta y huir a marchas dobles hacia el sendero? Pero, ¿dónde está el sendero? Lo ignoro, pues estoy desorientado. Indudablemente que me perdería, y una vez perdido, sería fácil que fuese a caer sin pensarlo en medio de ese endemoniado hormiguero en cuyo caso mi perdición era segura. ¡Horror! Sólo al pensarlo tiemblan todas mis carnes.

—¿Qué significa esto? dije con espanto y deteniéndome ante un objeto fantástico que yacía al pie de un árbol.

—Un boleto, es decir, un hongo grande, dijo la hormiga. Diríase, añadió riendo, que os ha infundido miedo.

—¡Miedo! ¡Cá! Miedo no, pero conviene desconfiar de lo que uno no conoce. Perecíme un animal.

—Hemos llegado a nuestros senderos; ahora el camino será más fácil.

—Silencio! Detrás de nosotros oigo ruido de voces, dije parándome. Hablan quedo.

—Son hormigas que regresan a sus hogares. Las esperaremos.

—Bueno, dije entre dientes: añadiendo para mi sayo: Ahora ya no puedo retroceder, mi suerte está echada. Si he cometido una tontería, no me queda más remedio que sufrir las consecuencias de ella.

En aquel momento se juntaron con nosotros cinco o seis hormigas.

—¡Ola, Meg! exclamaron a la vez al divisar a mi compañera, por lo cual supe que se llamaba, Meg: creímos que te habías extraviado, pues anoche no pareciste por nuestra casa... ¿Dónde diablos has encontrado a este grillo?

—¡Lino galán! objetó una de las hormigas.

—¡Excelente conquista! repuso otra.

—Estais divagando, añadió una de las presentes: es un jinete que Meg ha contratado para su servicio particular.

—Así pues, ¿eres tú la que iba montada hace un rato en el lomo de este insecto?

—¡Bravo, Meg! Bien dicen que cuanto más viejas más caprichos.

(Continuará)

Mensajero de paz el 'Jesús del Gran Poder', llevó a Lima el tratado resolutorio del pleito de Tacna y Arica. Leguía e Ibañez se han ganado así la gratitud mundial

El tradicional conflicto de Tacna y Arica se orientó finalmente por las vías pacíficas que anhelaba la conciencia honrada del mundo y que no podían eludir los hombres de gobierno sobre quienes pesa la eminente responsabilidad del futuro de Perú y Chile. Los intereses superiores de ambos pueblos y el ideal humanitario que prepondera



El embajador del Perú en nuestro país, doctor Miguel A. Checa Eguiguren, personalidad eminente de la diplomacia hispanoamericana. Su inteligencia, actividad y claro sentido patriótico de las relaciones exteriores peruanas han sido un factor considerable de comprensión y acercamiento internacional. Se le considera justamente una de las más prestigiosas figuras de su patria, y prueba de ello es que su nombre es reclamado desde el Perú para ocupar la senaduría por uno de los principales departamentos electorales de la República del Rimac. Desde los altos cargos representativos que sucesivamente ha ocupado con efectivo beneficio para los comunes intereses internacionales, el doctor Miguel A. Checa Eguiguren fué seguramente colaborador noble y entusiasta en la obra de vinculación chileno-peruana que culmina, ahora, con la próxima firma del Tratado sobre Tacna y Arica.

en las relaciones exteriores de las naciones hispanoamericanas, se impusieron decididamente sobre la malentendida susceptibilidad patriótica que impidiera hasta ahora una inteligencia recíproca en homenaje a la paz común. El anuncio del acuerdo a que habrían llegado Perú y Chile con carácter definitivo, despeja de nubes amenazantes el porvenir continental y, sellando el perdurable consorcio amistoso que viven los pueblos filiales de España, pone un llamado vigoroso de entusiasmo y de fiesta en nuestros corazones. Resolver el conflicto de Tacna y Arica viene a ser algo así como restituir a las naciones hispanoamericanas la confianza en los indestructibles lazos de cordialidad fraterna que nos une. El viejo y complicado caso disputado por Pe-

rú y Chile con buena fe indudable y con aguerrido sentimiento de nacionalidad, habíase tornado de solución casi imposible y de estudio cada vez más dificultoso. De ahí que fracasaran las gestiones diplomáticas que se sucedieron a lo largo del litigio internacional, y, que, sin embargo, estaban alentadas por la mirada expectante de todos los países civilizados. De ahí, también, que el conflicto de Tacna y Arica gravitara siempre con la inminencia de una guerra ruinosa sobre la tranquilidad y la conciencia de Hispanoamérica.



El canciller de Chile, señor Conrado Ríos Gallardo y el embajador del Perú en aquella República, señor César Elguera, acompañados del personal superior de la cancillería y de algunos periodistas, después de firmar y sellar los documentos diplomáticos que condujeron los aviadores españoles Jiménez e Iglesias.

Agotados los recursos extremos de solución pacífica, y, por ende, perdidas las esperanzas del mundo, Perú y Chile se adelantan a ofrecernos un ejemplo de buena voluntad y de comprensión amistosa que, ojalá, halle imitadores en el orden de la política internacional. La sorpresa del gesto no es mucha para quienes habiendo seguido de cerca la obra de los mandatarios de ambas repúblicas hermanas, conocen las ideas inspiradoras de su enérgica y efectiva, y duradera obra de gobierno. En efecto, tanto Leguía como Ibañez cifraron en la solu-

ción pacífica del enmarañado pleito la más alta aspiración de su labor histórica al frente de los destinos de Perú y Chile. Ninguna otra empresa, por elevada que fuera, podría darle mejores títulos para merecer la admiración contemporánea y el imperecedero recuerdo de las generaciones venideras. Y es que la existencia de los pueblos libres, asentados sobre instituciones definitivas, no tiene que defender mayor tesoro que la paz, de la cual dependen el progreso y la tranquilidad común. Resuelto el pleito de Tacna y Arica, con su se-

timientos de adhesión a la Madre Patria: el 'Jesús del Gran Poder', la gloriosa ave transoceánica que nos trajera el mensaje de simpatía de España, fué portador de la esquila en la que el Presidente de Chile, general Ibañez, autorizaba a su Ministro en Lima, doctor Figueroa Larraín, a suscribir de inmediato el Tratado resolutorio.



El doctor Enrique Bermúdez, embajador de Chile en nuestro país, que ha encarado su gestión representativa con la dedicación, la inteligencia y el espíritu de sacrificio que ella requiere.

Se trata de una figura brillante de la diplomacia y la política de la república hermana, a la cual ha prestado en distintos cargos públicos de alta responsabilidad servicios considerables que le acreditan la confianza entera de su Gobierno y la gratitud de su pueblo. El doctor Enrique Bermúdez cooperó directa o indirectamente, desde los cargos que desempeñara por una mejor comprensión de las relaciones de los pueblos hispanoamericanos, consolidadas para siempre con la firma del Tratado que resuelve definitivamente el arduo pleito de Tacna y Arica.

Con razón decíamos en anteriores comentarios que el vuelo de Jiménez e Iglesias era un símbolo de paz y de amistad, a la vez que un signo del nuevo período de entendimiento en que penetrarán las relaciones entre las naciones hispanoamericanas. Hay en el noble gesto cumplido por los arriesgados pilotos del 'Jesús del Gran Poder' una belleza inmortal: rasgando el claro cielo de América, el avión español agregó al prestigio de su formidable raid la gracia de haber llevado el mensaje pacificador del tradicional pleito chileno-peruano. Al celebrar, jubilosos, la acción consagratoria de los presidentes Leguía e Ibañez, nuestros sentimientos se dirigen también a glorificar la misión encomendada a los héroes del 'Jesús del Gran Poder' y realizada con éxito ejemplar.

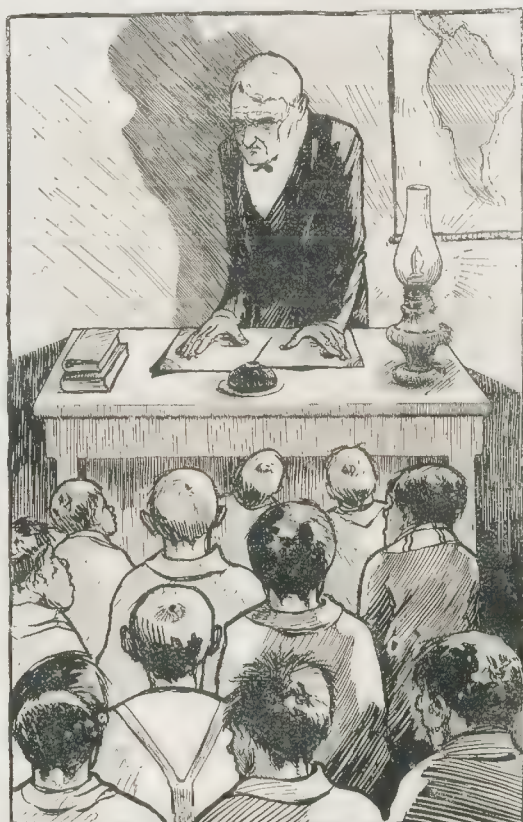


El 'Jesús del Gran Poder' que condujo desde Chile al Perú, los importantes documentos diplomáticos resolutorios del pleito internacional del Pacífico.

"En los pueblos fuertes y noblemente altivos, los caudillos no prosperan... Y eso es lo que hay que enseñar a los pueblos; a ser fuertes y noblemente altivos... Que sepan que ya pasaron los tiempos en que se gobernaba con el criterio de un capataz de estancia. Es una simple cuestión de principios".
(Palabras de JUAN DE DIOS, acto II)

D. José J. Berrutti ha hecho por la elevación del teatro nacional un nuevo cálido y meritorio esfuerzo: su comedia dramática en tres actos "El señor maestro", recientemente estrenada con propicio éxito en el Ideal, por la compañía "Artistas Unidos", que dirige Angelina Pagano y F. Defilippis Novoa; es una obra llamada a perdurar tanto por las ideas que la animan, cuanto por la enjundia y belleza con que fué realizada.

Pocas veces el elogio puede prodigarse con mayor soltura y justicia tratándose de nuestra escena. "El señor maestro" plantea en una trama de alta verdad el problema social de la dig-



"Decíamos ayer que todos los habitantes de la nación tienen el derecho de enseñar y aprender..." (Primer acto)

nificación del educador. Estriba en esto, desde luego, otra cuestión fundamental: la eficacia de la enseñanza pública que, en manos de la política o inexperience de los gobiernos, reviste cada día caracteres más acentuados de crisis, originados por profundos males del ambiente. En efecto, una simple mirada retrospectiva informa del grado alarmante de desorganización técnica y moral de la enseñanza pública en nuestro país, comenzando, claro está, por advertirse la falta de un concepto puro sobre las tareas sociales que desempeña el maestro.

Alrededor de todo ello D. José J. Berrutti, antiguo y prestigioso funcionario de nuestra docencia ha elaborado la notable pieza que comentamos. Pero no hizo, cabe decirlo, una obra

"El señor maestro", obra de don José J. Berrutti, es una alta expresión de buen teatro



Señor José J. Berrutti, autor de la comedia dramática "El señor maestro".

de tesis en el sentido cabal que supone el teatro declamatorio y aburrido. Al contrario, "El señor maestro" trasciende una llaneza ejemplar, una prosa movida y sencilla, y un asunto de realidad arrancado con singular belleza de la vida misma. Sus situaciones revelan una noción cabal del teatro, demostrada por otra parte, en anteriores producciones del autor, no menos valiosas. Y es que D. José J. Berrutti entiende la escena a la manera eterna, es decir, como campo de ilustración y de arte a la vez, apartando lo que pudiera ser de difícil acceso al pensamiento y al sentimiento del público.

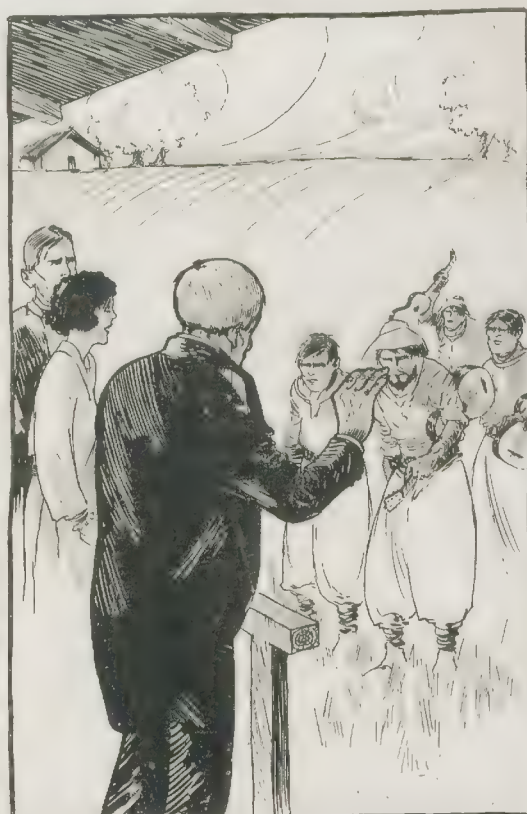


"Lo que yo no pueda decirles, se lo dirá la campana, esa campana cuya voz argentina levantó mi espíritu y acarició mis oídos durante tantos años..." (Tercer acto).

Como bien lo dice un talentoso comentarista, "El señor maestro" es obra de resonancia popular, por su carácter fuertemente psicológico, de sugestiva atracción en el ánimo de la

muchedumbre, pero lo es también de vasto alcance social e intelectual por los problemas que abarca y por la perfección de su realización. Hay, pues, que agradecerle a D. José J. Berrutti el esfuerzo a que hemos aludido y que nos obligará a considerar su pieza en un más largo y detenido análisis.

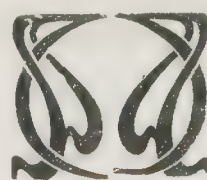
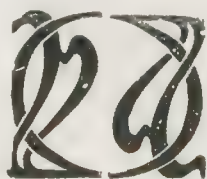
El estreno de "El señor maestro" es, por lo demás, prescindiendo del éxito de público que lo acompañe, una digna demostración de que el Teatro Ideal cumple con el compromiso que contrajera al anunciar la temporada de Angelina Pagano. A pesar de tratarse de una sala modesta, en el Ideal vienen sucediéndose las notas de relieve de nuestra escena. Las obras representadas hasta ahora aportan a la escena nacional valores indiscutibles. Siguiendo la tradición de su carrera artística, Angelina Pagano, secundada por el señor Defilippis Novoa y por la compañía "Artistas Unidos", elementos de grande porvenir, se ha impuesto una la-



"Sí, sí... fué un arrebató... Ya pasó." (Segundo acto)

bor reconfortante en bien de nuestro teatro. Las proyecciones de su noble tentativa se reflejan en el interés creciente con que la estimula el público y que ha hecho del Ideal la sala humilde, pero honrosa, del verdadero teatro argentino.

En cuanto a la interpretación escénica de "El señor maestro", cabe hacer una elogiosa mención de Gloria Ferrandiz, Blanca Vidal, Teresa Serrador, Domingo Sapelli, José Casamayor y Carlos Morales, quienes, con la acertada caracterización de sus respectivos papeles, contribuyeron, en gran parte, al éxito alcanzado por la obra que nos ocupa. También debe reconocerse la actuación meritoria de Mirtha Bottaro, Eduardo Bulterini, César Mariño, Livia Caviglia y Enrique Arribas.





El Intendente, doctor José Luis Cantilo, está dando cauce a la vasta acción pública a que propendiera desde que asumió el gobierno de la Comuna. Su actividad en la cual coadyuvaban eficazmente sus secretarios de Obras Públicas y Hacienda, señor Luis Rodríguez Irigoyen y doctor Rodolfo Arambarri, respectivamente, tuvo ya magníficas oportunidades para exteriorizarse y resolverse en considerables beneficios para los intereses morales y materiales de la población. En efecto, la brevedad relativa de tiempo que llevan en la Municipalidad las autoridades superiores de la misma no ha sido óbice para que pudiesen realizar en conjunto una empresa de bien público realmente loable y abundante en hechos de indisecable importancia.



realizar en conjunto una empresa de bien público realmente loable y abundante en hechos de indisecable importancia.

Citaremos para el caso, a modo de referencia ilustrativa, el reciente mensaje del Intendente, doctor José Luis Cantilo, solicitando del Concejo Deliberante la reducción de las grandes patentes al comercio. La iniciativa no pudo ser más oportuna puesto que el comercio se hallaba en trance de reclamar una prórroga dada la imposibilidad de cumplir puntualmente con obligaciones que exceden el máximo de su capacidad económica; pero tendrá, por otra parte, consecuencias doblemente beneficiosas.

La reducción de patentes implica una disminución del alto

Señor Intendente:

EL USUFRUCTO INDEBIDO DE LOS TERRENOS DE LA DIAGONAL PREOCUPA A LA POBLACION. — LA SALUDABLE E INTELIGENTE ACTIVIDAD DE LA INTENDENCIA. — EL GOBIERNO DE LA COMUNA ESTA EN BUENAS MANOS.

nivel en los precios de artículos de primera necesidad; influirá, además, en el reajuste administrativo de la comuna y en el mejoramiento de los salarios del proletariado del mos-trador.

El eficiente proyecto es, sin embargo, una de tantas decisiones que concretaron las excelencias espirituales que animan al Intendente Municipal, y a sus dignos colaboradores. No creemos imprescindible aludir a mayores demostraciones. Cabe, a pesar de todo, indicar la reciente reforma del reglamento sobre paso de ómnibus en las vías férreas, obligando a los guardas a descender y establecer previamente si hay o no peligro en el cruce de los niveles. Esta resolución, dictada enérgicamente y con carácter imperioso, evitará mientras se construyan las vías a bajo nivel sucesos tan dramáticos como la última catástrofe, de Flores.

Merece apuntarse, además, la directa intervención del Intendente, señor José Luis Cantilo, y sus secretarios, señores Rodríguez Irigoyen y Arambarri, en la intensa campaña de profilaxis contra el comercio inescrupuloso que expende artículos adulterados. Sobran, pues, motivos para halagarnos de las autoridades que dirigen la labor de la Municipalidad de Buenos Aires.

Seguramente está en sus manos hacer que la saludable obra prosiga y adquiera todo el alcance social que le atribuye la población ciudadana.

EL CASO DE LOS TERRENOS DE LA DIAGONAL

A título informativo y remitiéndonos a nuestras anteriores

notas acerca del aspecto in-calificable de los terrenos de la Diagonal — donados para jardines de embellecimiento urbano — nos escribe un lector, refiriéndose a la faz principal de nuestra campaña, esto es, a la flagrante violación de la concesión respectiva y a las medidas de urgencia que deberán adoptar las autoridades municipales para reprimir el caso. Dice nuestro lector, en carta que transcribimos sin agregar ni quitar nada: "Sr. Director de FRAY MOCHO — La simpática campaña contra los malos concesionarios de la Diagonal merece el franco estímulo del público. Por eso le escribo, añadiendo a mi espontáneo aplauso algunos nuevos detalles que, tal vez, interesen para su publicación y para mejor ilustración de las autoridades municipales sobre el asunto.

Me consta que, en efecto, como expresó a FRAY MOCHO que en el caso del señor Dacharry, no existe una fórmula escrita de la concesión correspondiente.

Existe sin embargo, un contrato verbal que si la Intendencia no hizo ratificar ante escribano, débese fuera de dudas, a su buena fe y al leal cumplimiento que esperaba de los concesionarios dadas las condiciones ventajosísimas en que se otorgaron los terrenos. El no cumplimiento de este contrato verbal, que, sin embargo,



tiene el antecedente escrito del petitorio firmado por las diversas casas concesionarias, es

sencillamente una irrisión. Aún no disponiendo la Municipalidad de contrato escrito puede, pues, fundada en violación del compromiso contenido en el petitorio aludido, decretar la caducidad lisa y llana del acuerdo. El señor Dacharry, y con él todos los malos concesionarios que explotan el generoso y simple permiso de la Intendencia, tendrían que levantar en pocas horas los lamentables quioscos de venta de frutas y pájaros que, como bien dijo FRAY MOCHO, convirtieron los presuntos jardines de la Diagonal en "sucias barracas de feria". Es lo que corresponde, y lo que hará oportunamente el señor Intendente en bien de la belleza urbana, de la salud, y aún de su dignidad herida por la mala fe de algunos vivillos indecorosos. Saluda al señor Director de Fray Mocho. — José Romualdo Silva. — Capital Federal".

Se echa de ver, en la carta de nuestro lector, el creciente entusiasmo público con que se sigue esta campaña, en la cual no cejaremos hasta obtener para los responsables la sanción moral y material que no puede tardar en llegar. Entretanto iremos haciendo acopio de datos que demostrarán más palmariamente aún el usufructo indebido de los terrenos de la Diagonal por parte de empresarios como los señores Bauret y Dacharry.

En peligro de muerte

Por Eric W Townsed

Todos tenían lástima al pobre Salters. La temporada había sido muy mala para él debido a la sequía; los precios de los animales eran muy bajos y el viejo Salters decía que estaba obligado a vender una buena parte de su hacienda, lo que significaba que tendría que deshacerse también de parte de su personal.

—Han venido dos hacendados de Jessamin — nos dijo — que estaban interesados en adquirir la parte situada del otro lado del río. Uno de ellos me pareció un especulador y el otro era Jim Oteland. Sin embargo, sean quienes sean, no me importa, pues el dinero de ellos será tan bueno como el de cualquier otro hombre; además me ofrecieron un buen precio. Por lo tanto he decidido aceptar la transacción, de manera que con seiscientas hectáreas menos de campo tendré que ocuparme de una cantidad más reducida de animales y no necesitaré tantos peones. Seis de ustedes están de más y tendrán que irse, pero no sé a quienes despedir. Todos son iguales, uno no tan malo como el otro, y por eso me encuentro ante un problema.

Pero esto era sólo una broma de su parte, pues los peones de la hacienda "Lone Star" eran de los mejores, y eso lo sabía el viejo Salters, como tampoco ignoraba que ninguno deseaba dejarlo. Pero, desgraciadamente no había más remedio que salir, y decidimos tirar a la suerte para decidir quiénes eran los que debían abandonar la hacienda. Primero, Andy Garfield, que era un muchacho listo, dijo que cada uno de nosotros debía sacar una baraja de su mazo de póker, y los que consiguieran ases o figuras se salvarían, quedando eliminados del propio sorteo.

Esto nos pareció justo y habiéndolo dado resultado entre mucha gente; pero entre los muchachos de la estancia "Lone Star" no se conocía la mala suerte y en el primer sorteo no había nadie que no tuviera un as o una buena figura.

—¡Cáspita! — dijo Andy — ¡De esta manera nunca vamos a

solucionar el asunto... a menos que se hagan milagros!

Entonces Steve, el capataz, cortó unas maderitas de diferentes tamaños y las colocó dentro de su sombrero. Nosotros teníamos que mirar a otro lado y extraer una cada cual. A mí me tocó una de las largas; otros seis cazaron las más cortas y supieron lo que les esperaba. Entre ellos estaba Andy.

angosto sendero de piedra que bordea la montaña Palm Crown, donde es muy fácil despenjarse desde una altura de trescientos metros si el caballo pisa en falso. Andy y sus compañeros decidieron elegir el otro camino que, a pesar de tener quince kilómetros más, ofrece mayor seguridad.

Jessamin es sólo un pueblo de campaña, pero tiene algunas diver-

quiriera la extensión de campo vendida por Salters.

—No parece hombre de campo, — pensó Andy, — y Jim Oteland tampoco se ha ocupado de estos trabajos.

No obstante, sintió curiosidad, y cuando más tarde los ciudadanos comenzaron a abandonar el local retirándose a sus domicilios, quedando solo el desconocido, acompañado por Jim, Andy creyó que se le presentaba una oportunidad de escuchar su conversación. Así, pues, pidió que le sirvieran otro refresco, y poco después apoyó la cabeza sobre los brazos, en la mesa, haciendo como que estaba dormido.

—Lo comprendí en seguida cuando vi la clase de rocas de que se trataba — decía el desconocido.

—Sin duda,

— le contestó Oteland, — pero tal vez la veta sea pobre.

—No ha de ser la única — dijo el desconocido. — y además, las pepitas son grandes, como alubias.

—Es o es cierto.

—Y tal vez haya algunas del tamaño de un puño.

—Es un buen negocio, y como comerciante, propongo que vayamos a medias.

—Trato hecho. Mañana iremos a caballo y le diremos al viejo que firme el documento de venta.

—¡Caramba! — exclamó Oteland. — ¡Se va a poner furioso cuando sepa

que ha vendido algo que lo hubiera hecho millonario! — y ambos se echaron a reír, pero de pronto se interrumpieron.

Andy entretanto había comprendido de lo que se trataba y qué se proponían hacer.

En ese momento Andy oyó que el desconocido decía en tono bajo:

—Tenga cuidado. No había visto a aquel hombre.

Está dormido — le contestó Oteland.

En seguida se oyó el ruido de una silla que se retiraba, y Oteland se acercó a Andy sacudiéndolo por los hombros.

Andy se "despertó" y comenzó a bostezar, al mismo tiempo que le decía:



—No me importa — dijo. — Voy a conseguir un cateo de petróleo en Arizona, lo explotaré o lo venderé y después me iré al Este a vivir en la Quinta Avenida, y pasear en automóvil mientras ustedes todavía estarán demandando por los tribunales.

Otro de los que tuvieron mala suerte dijo que se iba a dedicar al contrabando de licores y reunir así un par de millones.

Al día siguiente les hicimos una calurosa despedida, y se alejaron gritando y descargando al aire sus revólveres.

Dos son los caminos que conducen a este pueblo: el largo a campo traviesa y el más corto por el Cuello del Diablo, pero éste último es muy peligroso. Se trataba de un

siones.

Una noche, caminando por la calle principal, Andy se encontró con un sebero que le preguntó si quería pasar un rato divertido. Como Andy aceptará, el sebero lo llevó a un sótano en el que encontraron una puerta cerrada; el desconocido llamó tres veces y al cabo de un momento la puerta se entreabrió, cambiándose algunas palabras y permitiéndole pasar a Andy. Este se encontró en una habitación de techo bajo, llena de humo y de sus ciudadanos respetables. Tomó asiento y miró en torno suyo, alcanzando a ver entre el humo el semblante amarillo de Jim Oteland que hablaba con un hombre bien vestido que Andy supuso sería el especulador que ad-

— ¡Déjeme dormir!

— ¡Ya es hora de que se retire!

— le contestó Oteland.
Andy se desesperó, fijó en él su mirada, y se levantó protestando para dirigirse a la puerta que el sebero le abrió. Subió las escaleras como adormecido, porque se imaginaba que Oteland le estaría siguiendo con la vista, pero al llegar a arriba se enderezó.

— Ahora voy a regresar a la hacienda "Lone Star" para contarle al viejo Salters lo que ocurre. ¡Oro!

Mientras, Andy marchaba por la calle principal reflexionaba en lo alegre que se pondría el viejo Salters cuando supiera la noticia. Todas las luces de las casas estaban apagadas; el pueblo dormía.

Pero no había andado muchos metros cuando oyó una voz cerca de él.

— ¡Arriba las manos!

Era la voz de Jim Oteland, que tenía fama de ser rápido en el manejo del revólver.

Oteland se le acercó de frente y lo miró en la cara.

— Sí — dijo. — Ya me parecía; es uno de los peones de la estancia "Lone Star". No te vas a escapar tan fácilmente, después de haberte hecho el dormido, oyendo cosas que no te interesaban.

Andy no tuvo otro recurso que hacer lo que se le ordenaba, doblando a la izquierda en dirección al rancho de Oteland.

A un lado marchaba el desconocido, y del otro Oteland, pero éste era el único que tenía revólver.

Andy estaba enfurecido por haber sido sorprendido en esa forma, y no era de los que se resignan con su suerte, por lo que decidió tentar la suerte y aprovechar la oportunidad.

De pronto bajó los brazos, agarró a cada uno de ellos por el cuello y les golpeó las cabezas con un formidable golpe, y aunque no les causó mucho daño, porque tenían los sombreros puestos, la sorpresa los dejó algo confundidos, cosa que aprovechó Andy para apretar más fuertemente a Oteland, y tomándolo por la muñeca, se la torció hasta que le hizo caer el arma.

Andy pasó su pierna izquierda por la del desconocido, y aflojando el apretón con que le sujetaba el cuello, le hizo caer de costado; en seguida revoleó el brazo izquierdo y descargó un golpe sobre Oteland, que lo hizo trastabillar y caer trenzado con él en lucha. En ese momento el compañero de Oteland se levantó y comenzó a dar puntapiés a Andy, quien a pesar de encontrarse ocupado con su adversario, pudo hacerle una zancadilla derribándolo nuevamente. Inmediatamente los tres se trenzaron en un furioso entrevero arañándose, golpeándose y mordiendo como gatos rabiosos. Sin saber como, Andy recibió un golpe que le hizo perder momentáneamente el sentido. Cuando volvió en sí se encontró fuertemente asido por los

hombros. Oteland había vuelto a apoderarse del revólver.

— ¡Levántese! — le ordenó con voz enérgica.

El infortunado se incorporó y entre ambos lo llevaron, aún mareado, hasta un rancho que se levantaba detrás de la vivienda de

le gritó Oteland, y luego ambos salieron cerrando la puerta.

Lo habían atado tan fuertemente que no podía hacer el menor movimiento, al mismo tiempo que la cuerda con que le ataran la mordaza se le entraba en las mejillas y le cortaba las carnes.



ELLA.—Te advierto que la herencia que nos dejó papá se está agotando.

EL.—¿Y ahora pretendes que yo me ponga a trabajar?

ELLA.—¿Pues qué hacemos?

EL.—Esperar a que muera tu mamá.

Oteland. Allí lo ataron a un poste y lo amordazaron con un trozo de arpillera sujeto por una cuerda.

— ¡Puedes morder eso, que será lo único que tendrás para entretener los dientes durante veinticuatro horas, porque estaremos demasiado ocupados para atenderte! —

Cuando abrió los ojos de nuevo, por la ventana del rancho penetraba la primera claridad de la aurora. Andy comprendió que los usurpadores se pondrían pronto en camino en dirección a la hacienda "Lone Star"; ese pensamiento lo enloquecía de furor. Trató de mo-

verse, de tirar de sus ligaduras, pero le fué imposible; intentó gritar, mas la mordaza le impedía modular la voz y lo único que consiguió fué lanzar una especie de gruñido.

La luz gris que se colaba por la ventana fué adquiriendo cada vez más claridad hasta que por último apareció el sol. Andy gruñía. Le pareció que habían transcurrido varias horas cuando alcanzó a oír un ruido fuera del rancho. Era como un eco. Cada vez que él dejaba escapar un gruñido, éste se repetía afuera.

Este estado de cosas continuó por un largo rato, hasta que finalmente la puerta se abrió y apareció un chicuelo que se puso a mirarlo con extrañeza, como si se tratara de algo raro.

Desesperado, Andy trató de morder las ligaduras que le impedían hablar para desembarazarse de ellas. Al ver ese movimiento el niño llevó sus manos a la mordaza e hizo fuerzas para quitársela, consiguiéndolo tras repetidas tentativas.

— Ve a buscar un cuchillo; sé valiente — le dijo Andy con voz dulce. — ¿Te gustan los caramelos de fruta?

El niño no se movía, por lo que el prisionero continuó hablándole, pero en voz baja, por temor a que Oteland estuviese todavía en casa.

Convencido por último, el chico salió corriendo y en menos de cinco minutos estuvo de regreso, pero como no estaba acostumbrado a manejar esas armas, tardó algún tiempo antes de que cortara una cuerda. Andy aprovechó la circunstancia para hacer un esfuerzo y romper las ligaduras como un segundo Sansón. Sin pérdida de tiempo, cuando hubo tenido libres sus brazos, tomó el cuchillo y cortó la sogá que le sujetaba los pies, cayendo al suelo, pues tenía los miembros entumecidos.

Transcurridos diez minutos se incorporó y corriendo hacia el establo se apoderó de uno de los caballos sobre el que montó, no sin haberse antes provisto de un revólver. En el extremo de la calle se encontró con un anciano que estaba en la puerta de su cabaña.

— ¿Ha visto usted a Oteland esta mañana? — le preguntó desde lejos.

— Sí; va en dirección a la hacienda "Lone Star", acompañado del desconocido que ha estado parado aquí.

— ¿A qué hora se fué?

A las seis de la mañana.

En ese momento eran más de las siete.

— ¡Es imposible! — murmuró Andy! — ¡No podré estar en el rancho a tiempo para impedir que el viejo firme! ¡Me quedé únicamente el camino del Cuello del Diablo! ¡Tal vez tomando por él llegue a tiempo!

Era una empresa arriesgada, pues significaba que tendría que marchar kilómetro tras kilómetro

LAS PALMAS

Interrogado Estrella Gutiérrez acerca de la impresión que le había producido Las Palmas, en su reciente viaje a Europa, ha contestado lo siguiente:

"Las Palmas empieza a conquistarnos desde lejos. Sobre el mar verdoso y entre el voltejar de las gaviotas, los cerros se van escalonando, cielo arriba. Verde cálido y manchas blanquísimas. El rebaño de las casas está disperso, y en lo alto del monte, todavía firme, el castillo. La lancha corre, entre el vapor y el puerto, ganosa de llegar. Quietud, divina quietud de isla, y alegría voluptuosa de vivir, y aire que es como un cristal, en la tarde azul y blanca. Las palmeras están inmóviles. Las calles, llenas de domingo. Un domingo discreto, muy simpático, visible sólo en alguna que otra indumentaria. Calles recién regadas. Fresquísimas. Charlas de novios, de acercarse a balcón. ¡Ah, las muchachas de Canarias! ¡Quiénes serían aquellas — gozosa gracia de mujer, ensueño de España — que vimos junto al consulado argentino, acodadas al alféizar? Mujeres que se ven una vez, y que, quizá, nunca más veremos. Y luego, la catedral, donde el silencio místico ha venido a mí con más fuerza que en ninguna otra iglesia del mundo. Y el cerro, adonde subimos cuesta a cuesta, para entrar al pueblo pobre y ver, desde lo alto, la bahía. Y la maravilla del aire. Y el placer de la amistad de unos minutos, en la plaza, entre la gente tocada de espontánea simpatía. Vestíbulo de España. Isla deliciosa. Inolvidable.

Fermín ESTRELLA GUTIERREZ

por un angosto sendero al borde de un precipicio en el que el menor descuido podría serle fatal. Sin embargo, ni siquiera se detuvo a pensar en el peligro y emprendió la marcha.

El camino nace en la falda de la montaña, ancho al principio, pero angostándose cada vez más. Yendo a pie se puede practicar fácilmente, siempre que no se sufra un vértigo, pero montado sobre un caballo el riesgo es muy grande. En ciertas partes las piedras se mueven y ruedan bajo la presión de los cascos del caballo y es entonces cuando uno se juega la vida.

Andy siguió subiendo y el sendero se tornaba cada vez más angosto, pero continuó la marcha, hasta llegar a la parte superior donde se iniciaba el descenso. Eso no significaba que el peligro hubiese pasado, pues en el declive era más peligroso.

En el momento en que se encontraba en el punto más angosto oyó un gruñido. Volvióse y alcanzó a ver un enorme oso que lo perseguía. El caballo que olfateaba el peligro se encabritó, derribando a medias a Andy, que quedó colgado de una pierna, mientras el cuerpo pendía del precipicio. De esta manera el animal siguió descendiendo. El jinete, en la posición en que se hallaba, podía ver, a una gran altura, las rocas de la falda de la colina.

Afortunadamente al llegar a un receso del camino el caballo se alejó del precipicio, siéndole entonces posible detenerlo y salir de su angustiosa posición para volver a montar y continuar cuidadosamente la marcha hasta llegar al llano, donde lo largó al galope tendido. Poco después alcanzaba a ver desde lejos la hacienda del viejo Salters.

Al entrar vió al anciano inclinado sobre un trozo de papel, con la pluma en la mano, mientras el desconocido y Oteland estaban de pie a su lado.

Sin perder un segundo Andy pasó el revólver por la ventana y gritó con voz fuerte:

— ¡Manos arriba, Salters!

El anciano dejó caer la pluma y se puso de pie con los brazos levantados.

— ¡Víboras y serpientes! ¡Es Andy Garfield! ¡Debería avergonzarse! — le dijo el viejo —. ¡Se ha vuelto loco! ¡No sabe que todos los peones están aquí alrededor y que no podrá escapar con el dinero!

— No se trata de eso, señor Salters — le dijo Andy —. He venido para hacerlo millonario, pero no firme ese papel porque si no usted hará millonarios a esos bribones. En su propiedad hay oro, mucho oro, y por eso es que quieren comprar la tierra.

Salters se dio vuelta y vió delante de sí dos caras terriblemente feas y descompuestas por el fu-

tor. En seguida Andy penetró en la habitación y le contó lo ocurrido desde el principio hasta el fin. Los demás peones acudieron también y Oteland, acompañado del

episodio, recibió una buena recompensa que le ha permitido establecerse por su propia cuenta. Los demás peones de la hacienda regresaron a su trabajo, pero en lu-

en que le habían dejado Oteland y su cómplice, recibió un espléndido regalo del viejo Salters, que le consideró el salvador circunstancial de su fortuna.



desconocido, se mostraron agradecidos de poder abandonar aquella casa sin que nada les sucediese.

El viejo Salters es ahora de fortuna; Andy, por su parte en el

gar de domar potros se ocupan de buscar oro.

Y hasta el pequeño que, con tanta oportunidad, acudió a salvar a Andy, de la difícil situación

ruta de luz

Solitario en una roca, hundido en penumbra tibia, contempló el mar que la luna con luz de plata ilumina. El gran monstruo está dormido con su piel tersa y bruñida que un viento sutil y blando, amorosamente, riza. Todo en la sombra se envuelve, se esfuma en azules tintas; úniamente, del puerto, alineadas luces brillan. El Peñón muestra su mole que confusa se perfila y su extensa masa oscura, salpicada está de chispas. Los faros en lontananza, con su lenguaje se guiñan, y en el fondo de la noche cierran y abren su pupila. Todo es misterio profundo en esa calma propicia para soñar en las cosas que vagamente acarician: pensamientos no nacidos, añoranzas imprecisas, presentimientos sin forma, ideas que no se fijan, aspiraciones que bogan, ilusiones que caminan por el sendero de luna que en las sordas aguas brilla.

Es ruta de la quimera que no tiene fin ni orillas... ¡Por ella, los ideales van a playas infinitas!

Manuel LASSA.

EL GUSANO DE LUZ

El doctor T. Tamb Phipson, asegura que la antorcha del gusano de luz, es producida por un jugo que segrega el insecto, al modo con que la saliva sale de las glándulas salivales. Dicho jugo o secreción ha sido llamado *noctilucina*.

Es una sustancia blanca, mantecosa, inorgánica, la cual, al secarse, toma el aspecto de una ostra delgada y brillante como la baba del caracol.

Es más probable que esta sustancia, que brilla en la obscuridad como el fósforo provenga también de la descomposición de materias orgánicas, por ejemplo, carne de pez o de otros animales.

La hemos observado también sobre la piel humana en ciertas enfermedades y en excrementos de animales. Supongo que se presenta también alguna vez en materias de origen vegetal, como en las patatas cuando se corrompen en ciertas condiciones de temperatura y humedad, y es la misma que causa la fosforescencia de ciertos hongos, como los que se crían en Italia al pie de los olivos.

Con respecto a la habilidad de la luciérnaga para extinguir su antorcha a voluntad, se dice comúnmente que el órgano que produce la *noctilucina* obedece al insecto, por hallarse bajo la influencia de su sistema nervioso.

Sabido es hasta qué punto, en los grandes animales y en el mismo hombre, la secreción de ciertas glándulas se sujeta al dominio de los nervios. Es notable el caso de las glándulas salivales, y la antigua expresión "se le hace agua a la vista de un manjar" nos ilustra sobre el particular. A nuestro parecer la *noctiluca miliaris*, ser tan minúsculo que aún no se le ha descubierto el sistema nervioso, y que causa la hermosa fosforescencia de las olas de ciertas costas, ha de tener un órgano para la secreción de la *noctilucina*.

Si ponemos este redondo animalito, no más grande que la cabeza de un alfiler, en un vaso de agua, todo el tiempo que esté quieta, permanecerá él en la superficie y a oscuras. Pero si tocamos el vaso con un lapicero o con el dedo, se hundirá y, al descender, brillará como un diamante, como si su luminosidad dependiera del movimiento y contracciones de su cuerpo.

EL SIMBOLISMO ANIMAL EN LAS RELIGIONES

Por Enrique Feijóo

En el curso de los hechos humanos y en la trama religiosa de las creencias, los animales—seres notoriamente inferiores al hombre, pero poseedores de un principio psíquico que teólogos y filósofos han convenido en llamar “alma irracional”—desempeñan un papel importantísimo, y ya como emblema o símbolos, ya como encarnación de los dioses mismos, han entrado en sí una representación o un ideal de fe. Unas veces como creaciones mitológicas; otras, como abortos de imaginaciones exaltadas; ya como símbolo de un poético misticismo, ya como animalización de las pasiones humanas, han representado los animales papeles variadísimos y de diferente carácter emblemático. Comparad, si queréis, la bestial del perro *Cerberos*, con la mística belleza de la cándida *Paloma*; el uno guarda con ferocidad las puertas del Tártaro; la otra, irradiante y celestial, desciende sobre la cabeza de Jesús en su bautismo del Jordán. Las *Hidras* son monstruos de pesadilla; las *golondrinas* son verdaderos poemas alados. Tienen, en verdad, los animales en las religiones un carácter simbólico que nos obliga a meditar.

Para estudiar la inmensa fauna de las creencias precisa apelar a la clasificación. El estudio en bloque de ese misterioso microcosmos animal nos impediría dar la ligerísima idea del asunto que nos proponemos tratar siquiera sea con la concisión y omisiones a que nuestros particulares conocimientos y el espacio de que disponemos nos obligan.

Las viejas mitologías crearon los animales que pudiéramos llamar de ensueño. Símbolos espantosos o engendros de pesadilla, con ellos poblaron las legendarias razas fenecidas sus Olimpos, sus Walhallas y sus Edenes respectivos. He aquí las *Esfinges*, seres híbridos de león y mujer, que según los viejos papiros ptolemaides bebían el viento abrasador de Libia. Los *Dragones*, horribles monstruos alados, con cabeza de pez, cuerpo de serpiente y fauces de tigre, destinados a feroces custodios de princesas y diosas más o menos auténticas. Las *Quimeras*, espantoso amasamiento de la hiena, la bruja y algo animalizadamente indefinible, que venían a atormentar el espíritu de los *hombres sabidores*. Los *Grifos*, triple injerto del león, la esfinge y el águila, con rostro humano; animal curiosísimo que en su afán de divinizarse se remonta al Cielo del Iram para llevar sobre sus propios lomos a *Ormuz* (Dios), según nos

lo representan las páginas del *Zend-Avesta*. El famoso *León de Nemea*; la feroz *Hidra de Lerna*, terrible sierpe de siete cabezas que, una vez cortadas, renacían, y cuya existencia mitológica terminó Hércules con un formidable abrazo. La glotona *Bullena* bíblica, que se engulle al patriarca Jonás. El propio Júpiter en sus andanzas donjuanescas, transformándose en *Cisne*, para seducir a Leda, o convirtiéndose en *Toro* para raptar a Europa. La diosa *IO*, transformada en *Vaca* por Juno y que, al ser robada por Mercurio al Príncipe Argos, los cien ojos de éste son sembrados por la orgullosa Juno en la cola de otro animal



—No, no quiero; me parece que no es de procedencia muy católica.
—Puede usted llevárselo sin escrúpulos, se lo he robado a un cura.

sagrado; el *Pavo real*.

La Astronomía deslumbrante hija de la Astrología, heredó de ésta los nombres estelares de varios animales. A la memoria recordamos:

El *Dragón*, el *Can*, *Capella*, las *Osas*, las *Cabrilas*, etc.; sin olvidar las constelaciones zodiacales en las que figuran el toro, el cangrejo, el león, el escorpión, el centauro, el cabrón y los peces.

Había también otros animales, de enorme fuerza simbólica, en las mitologías y en los libros sagrados. Acteón, convertido en *Ciervo* por Diana; el *Caballo Pegaso*, que representa el raudó vuelo de la inspiración de los poetas al remontarse al Cielo. Las *Sirenas*, temibles hijas de Neptuno—mitad mujer, mitad pescado—que con su canto bellísimo atraía los amores de los hombres para ahogarlos entre espumas. El *Ave Fénix*, prodigioso volátil que vivía cinco mil años, y al ser quemada se formaba de las cenizas un gigantesco huevo, del cual surgía plenipotente de vida otro *Fénix*.

Las visiones de San Juan, el

colosal soñador de Pathmos, forjando los cuatro fatídicos *Caballos* que sembraban la peste, la guerra, el hambre y la muerte, fueron culminadas por la fantasía de la espantosa e indescriptible *Bestia*, que palpita entre las profecías del Apocalipsis como el aliento de Jeshová en las austeras páginas del Talmud. No olvidaremos en esta sucinta relación a los *Leones* de la sueva de Daniel y, por último, al reptil maldito, cuyo fatal consejo marcó con un estigma de dolor perenne, la frente del género humano: la *Serpiente* del Paraíso.

La teogonía egipcia divinizó también un sinnúmero de animales. Los dioses *Phtah*, *Horo*, *Anubis*, etc. tuvieron sus animales favoritos. El *Escarabajo* sagrado, ornaba la frente de los Faraones muertos. *Apis-Osiris* está representado por un *Buey*; *Anubis*, ostenta su cabeza de *perro*; la diosa *Mut* luce su pie y cuello de *avestruz*; *Cneph*, sus retorcidos cuernos de *morusco*;



Las cafeteras y teteras eléctricas son elegantes, prácticas y decorativas

COMPANÍA ITALO ARGENTINA
DE ELECTRICIDAD

Corrientes 561 - 3401

U. T. 31 - Retiro - 3401

C. T. 1387 y 2524, Central

fante blanco; y en los tiempos presentes puede admirar el viajero en China los ciegos *camellos* y *elefantes* de las tumbas de los *Ming*, que al igual que la de las *Esfinges* de Karnak (en Egipto), forman una inmensa avenida de gigantes cas estatuas. El Ganges y el Nilo eran las acuáticas residencias de los *cocodrilos sagrados*. Los *buitres* indus liberan a los hombres de la mortal casuaza, en las Torres del Silencio... Necesario sería la verdad que, una nueva *Burra de Balaam* volviese a hablar, para referirnos el misterio de estas teogonías.



CONTRA LA “LEY SECA”

Por séptima vez los electores de Nueva Zelandia han votado para decidir si procedía mantener las licencias o establecer el control del Estado o la prohibición total. El resultado de la votación ha sido de 126.000 votos de mayoría en pro del mantenimiento de las licencias. Es una mayoría aplastante contra la prohibición, sin embargo, los “secos” habían hecho todo lo posible para conseguir el éxito.

Si el país hubiera sido declarado seco a consecuencia de las elecciones, el Gobierno no hubiera pagado ninguna indemnización a los comerciantes en vinos. Pero si los electores hubiesen votado por el control del Estado, el Gobierno hubiera tenido que pagar diez millones de libras a los destiladores, negociantes, hoteleros y comerciantes.

y el propio macho cabrío es la representación nacional del viejo país de *Chem*. Perros gatos, gavi-lanes, toros, cabras y halcones, en unión de las *ibis* (cigüeñas) y las *taus* (serpientes), en actitudes hieráticas refieren aún en los papiros, en los monolitos y en las mastabas, la misteriosa historia de las tierras del Nilo.

Atenas y Roma concedieron también importancia religiosa a los animales. Las Sybilas de Cumas y Delfos, oyen las misteriosas predicciones que les musitan sus *palomas blancas* (1). Los *Gansos* del Capitolio escriben la historia de Roma, en el porvenir; las entrañas palpitantes de reses sacrificadas son un índice de información para el Colegio de los *Augures*, y hasta la imbecilidad de un Emperador convierte a un caballo en *Cónsul*.

Entre los “hijos del Cielo” existe el culto del *Tigre blanco*, símbolo del Oeste y del Otoño. Los babilonios adoran el *Toro Sagrado*, al igual que las huestes de Aaron el *Becerro de oro*. En el Templo Real de Bangkok se rinde en la actualidad tributo de fe al *Ele-*

En favor de la iniciativa para que los prófugos y desertores españoles puedan visitar su patria, hablan distinguidas personalidades de la colectividad hispana

Interesantísimos conceptos

Ha producido simpática repercusión en todos las esferas de la colectividad española, la iniciativa de D. Enrique González García, en el sentido de que los prófugos y desertores españoles puedan visitar su país, en ocasión del magno acontecimiento de las exposiciones de Sevilla y Barcelona. En seguida se organizó alrededor del feliz proyecto un intenso movimiento de opinión pública tendiente a obtener a favor del mismo el acuerdo generoso del Rey de España y del General D. Miguel Primo de Rivera, ante quien aquel distinguido comerciante iniciara las gestiones pertinentes, durante su último viaje a la Madre Patria. Del interés con que fué acogida la iniciativa, da cuenta la encuesta de "El Diario Español" de la cual transcribimos las respuestas de algunas personalidades de la colectividad española.

Don José Ustariz, Presidente de la Cámara Oficial Española de Comercio, refiriéndose a la feliz iniciativa lanzada por el señor D. Enrique González García dice lo siguiente, en parte de su respuesta al distinguido colega:

"Sin entrar a examinar detenidamente las gestiones realizadas, de igual finalidad, aunque varían en sus matices o formulismos, creo como el señor González García que el gobierno debería suspender la aplicación de las sanciones militares y autorizar a los cónsules para que concedan el permiso correspondiente a los prófugos y desertores que quieran ir a la patria y visitarla en estos momentos de su grandiosa transformación y resurgimiento; sin necesidad de trámites y expedientes de ninguna clase, pues la experiencia nos dice que a pesar de los muchos indultos concedidos, es siempre una minoría de compatriotas la que se acoge a las facilidades en ellos concedidas. Esas simples autorizaciones deben ser por un tiempo no largo — a lo sumo de cuatro meses — de permanencia en España, pasados los cuales el beneficiado que quisiera permanecer en el país tendría que someterse entonces, sin excusas de ningún género, a las consecuencias de su situación militar."

D. Marcelino Gutiérrez, Presidente del Centro Gallego, contestó a la encuesta organizada por "El Diario Español", entre otros conceptos, lo siguiente:

"El día que el gobierno de España conceda ese beneficio (cosa que no pongo en duda) nos encontraremos muy satisfechos y así podrán millares de españoles visitar con entera libertad la aldea en que vieron la primera luz; compartir las alegrías con los suyos; fortalecer las añoranzas de tantos años de ausencia y visitar la nueva España, que la mayoría desconoce, así como observar sus progresos, sus grandezas y tantos tesoros artísticos, con lo que cambiará el concepto patrio que tiene, para juzgar a España con más equidad y exacto conocimiento de las cosas."

Tales son las grandes ventajas morales que proporcionará esa gracia que todos anhelamos y de la cual se hizo intérprete la Asociación Patriótica Española; como con mucha anhelación la gestionó nuestro compatriota D. Enrique González García a quien por

conocer en toda la rectitud de su gran patriotismo y conducta honrada y desinteresada, juzgo merecedor del reconocimiento colectivo, pues con sus entusiasmos y empeños personalísimos es uno de los que más se preocupan prácticamente por el logro y la defensa de los intereses que a todos afectan."

Lo que dijo el Presidente de la Asociación Patriótica Española, Dr. Antonio R. Fraga, refiriéndose a este asunto:

"En una u otra forma, creo que el gobierno facilitará la realización de ese anhelo colectivo, interesado en que hasta los más humildes de los emigrados españoles, vuelvan al solar patrio a conocer su honda transformación, sus grandes progresos y la renovación total, operada en todas sus actividades, para que sean luego sus mejores y más veraces y desinteresados propagandistas. Porque no hay que dudar que alcanzadas las finalidades que perseguimos habrá por largos meses una verdadera romería a España, formada por millares de connacionales deseosos de pisar y besar su santo suelo, y de empapar sus

presidentes de las cinco o seis sociedades importantes de la colectividad, que por costumbre vienen gestionando, conjuntamente, cuanto afecta con carácter general a los españoles de aquí, se presenten a nuestro digno y culto embajador para reiterarle los deseos ya conocidos, en la seguridad del éxito obtenido pronto y más completo; para lo cual, huelga decirlo, estoy pronto y gustoso a prestar mi concurso como presidente del Centro Gallego."

El Presidente del Hospital Español, D. Antonio Villamil, opina favorablemente acerca del proyecto lanzado por el señor Enrique González García en favor de los prófugos y desertores españoles, y se refiere a él en los siguientes términos:

Yo por mi parte, no hago más que opinar, satisfaciéndome cumplidamente de los buenos propósitos que animan tan loable deseo como es el que nos ocupa en favor de los prófugos y deser-

En verdad no puede ser más auspiciosa la acogida dispensada a la noble iniciativa de que los prófugos y desertores españoles puedan retornar a sus lares nativos en oportunidad gratísima de las Exposiciones de Sevilla y Barcelona. El sentimiento generoso de la colectividad hispana ha vibrado intensamente en un anhelo ferviente de restituir la dicha a tantos corazones compatriotas, dándoles ocasión de volver a palpar junto al cariño de los suyos, frente a la inolvidable gracia del terruño, bajo el querido cielo de España, cuyas estrellas y claridades les son familiares. Por boca de sus más caracterizados representantes, la colectividad hispana expresó no ya simpatía, sino el más cálido entusiasmo por la iniciativa de D. Enrique González García. Aparte de los juicios transcripos, que reflejan el estado de ánimo decididamente propicio que señalamos, muchos otros conspicuos representantes españoles han emitido en el colega referido sus opiniones de jubilosa adhesión a la iniciativa. Por otra parte, miles de cartas y telegramas de todas partes del país y del exterior vienen demostrando el unánime sentir que acompaña el feliz proyecto de D. Enrique González García. Y no podía ser de otro modo. La iniciativa amplia, digna, abre a numerosísimos españoles esparcidos en todas partes del mundo — ejemplares soldados del trabajo, según la expresión acertada de D. Enrique González García — el abrazo cordial de la patria que no los olvida, de un Rey caballeresco que los ama y respeta, y de un Gobierno fuerte y capaz que dió siempre muestras de interpretar el ritmo exacto del alma de su pueblo.

LA FUERZA DE NUESTRAS MANDIBULAS

Un norteamericano, Mr. Black, ha tenido la idea de medir la fuerza de las mandíbulas humanas.

La presión más débil registrada, es la de 13 kilos y medio, proporcionada por un niño de siete años con sus incisivos. Muchas personas acusaron una presión de 45 kilos con los incisivos y de más de 40 con los molares.

Pero la más extraordinaria fué la de un médico de treinta y cinco años que tomando un muelle entre sus muelas, lo ha comprimido hasta el aplastamiento; y tratándose de un aparato destinado a medir hasta 122 kilos, ello significa que estas mandíbulas ejercieron una presión superior a 122 kilos.

Dr. ENRIQUE FEINMANN

DE REGRESO DE EUROPA DE LAS CLINICAS DE PARIS, BERLIN Y VIENA

ESTOMAGO-NERVIOSAS-VEREAS

Electricidad Médica y Electroterapia: Corrientes Electro Anestésica. Diatermia — Alta Frecuencia — Luz Ultra Violeta. Rayos X, especialmente para el tratamiento de: Reumatismo, Neuralgias (Tabéticas del Trigénimo, Ciática), Asma, Diabetes, Obesidad, Debilidad sexual y nerviosa, Neurastenia, Epilepsia, Tuberculosis articular. Enfermedades de la piel.

SUIPACHA 612

DE 8 a 18 HORAS

U. T., LIBERTAD 0260

almas en el dulce sentir de la tierra añorada.

Así me lo hace creer la infinidad de felicitaciones que he recibido de todos los puntos del interior de la epública, aplaudiendo a la Asociación Patriótica por sus gestiones; y algunas de esas laudatorias misivas — sin exagerar la expresión — me han conmovido hondamente por la pureza y sencillez del patriotismo que las informa."

D. Laureano Alonso Pérez, Presidente del Centro Gallego, entre otras consideraciones en favor de la iniciativa lanzada por el señor González García, dice así:

"Por tanto estimo, como el señor González García que debe acordarse por el tiempo conveniente la suspensión de las penas y procedimientos vigentes para los prófugos y desertores, sin expedientes ni tramitaciones burocráticas de ningún género que entorpecerían o dificultarían la realización del anhelo que nos mueve en esta ocasión."

Igualmente creo — dijónos por último el culto e inteligente presidente del Centro Gallego — que para apoyar las gestiones realizadas por el Sr. González García y la petición articulada de la Patriótica, que en su fondo tiene a lo mismo que la de aquel compatriota, convendría que los

tores, pues considero que cada una de nuestras sociedades tiene su misión y si ese es un asunto de carácter patriótico su gestión corresponde a la Asociación Patriótica y si requiere la necesidad de expresar el anhelo u opinión de las demás instituciones allí estará la de Beneficencia sumándose a ella con su autoridad y su fuerza."

Esta es pues mi opinión, nos dijo el señor Villamil, que mi deseo no puede ser otro tampoco sino que se consiga u obtenga el citado indulto por el tiempo que sea, pues tampoco debe hacerse cuestión de mes, más o menos, para que el magno acontecimiento de las dos simultáneas exposiciones vaya unido al de un rasgo de clemencia del gobierno, si es que no lo fuera también de acertada política, y ello, con el menor número de gestiones y gastos para los interesados."

Y no hay que olvidar que España disfruta ahora de una era de paz beneficiosa así que no habría de encontrar allí tampoco recelo ni resquemores, que ya se habrán olvidado."

Así, pues apruebo y ayudaré si es necesario, termino diciéndonos el presidente del Hospital Español, señor Villamil, después de otras muchas consideraciones que no son del lugar ni del asunto, pero todas interesantes y de importancia especialmente para la marcha de la benemérita institución que preside y constituye su primordial preocupación."

COLONIZADORES PRIMITIVOS

Por Luis Antonio de Vega

Consideran los ingleses a Juan Smith como uno de sus primeros marinos y tienen fundamento para creerlo.

Cuando en Francia y en los Países Bajos hubo aprendido a montar a caballo y a manejar las armas desde los tiernos años de su juventud en marciales escuelas, pensó en ver mundo y en lo primero que pensó fué en probar fortuna luchando contra los turcos, lamentándose de haber visto como los cristianos se mataban unos a otros.

Smith, en su aventurera vida, fué arrojado por la borda de un navío en alta mar.

Fué pirata, fué servidor del conde de Meldri, inventó un método de señales con antorchas y el modo de engañar al enemigo con fuegos de artificio; luchó contra tres turcos en un sólo combate mientras todo un ejército le contemplaba y admiraba.

No siempre la suerte favoreció al capitán como en el caso de los tres turcos.

En una ocasión cayó prisionero de los tártaros, que viendo el rico traje con que iba ataviado lo creyeron persona de calidad y pensaron obtener un buen rescate, pero viendo que no era así, fué vendido como esclavo en la plaza del mercado de una ciudad del Danubio, probablemente Tchernavoda, aunque Smith no lo dice.

Un rico bajá lo compró y se lo regaló a su favorita, una mujer mahometana llamada Charatza Tragabigzanda.

Formando larga hilera de mil novecientos hombres encadenados por el cuello, hicieron penosa ruta y en esta forma es como Smith, tan aficionado a los viajes, realizó uno hasta Constantinopla. De tan triste forma vió por primera vez los alminares de Estambul.

Pasó a formar parte de los esclavos de la dama turca, la que tomó cariño al marino europeo y por temor a que lo vendiese otra vez y cayese en manos que le hicieran penosa la existencia, se lo envió a su hermano Timor Bajá, que gobernaba la región llamada de Nalbits, en el país de Cambia, entre los mares Caspio y Negro.

Timor, a pesar de las recomendaciones de la hermana, no lo trató con la dulzura que ella suponía. En cuanto llegó hizo que le desnudaran y le afeitaran pelo y barba. "Dejándome la cabeza como la palma de la mano", escribe el mismo Smith.

"Me pusieron una argolla en el cuello: — sigue diciendo — sobre mi cuerpo desnudo, me colocaron

una túnica de pelo, grosera y molesta y en esa forma, con otros desgraciados cristianos, me hicieron pasar una vida que ni un perro hubiera podido soportar."

Estos malos tratos fueron causa

de la muerte de Timor: Smith, "olvidándolo todo", le rompió la cabeza con un mazo de trillar y encadenado y todo huyó, dirigiéndose hacia el norte, logrando después de muchas penalidades llegar a Moscovia.

Después de vagar largo tiempo en Rusia y otras naciones de Europa, consiguió regresar a Inglaterra.

"Las guerras en Europa, Asia y Africa — escribía un año antes de su muerte — me enseñaron a dominar a los salvajes de Virginia

Un discurso del Doctor Colmo

Traducimos a continuación el discurso que pronunciara, en inglés, el doctor Alfredo Colmo, presidente del Instituto Argentino-Norteamericano de Cultura, de Buenos Aires, durante el banquete que, en Nueva York, organizara en su honor la Pan American Society, de dicha ciudad. He aquí la pieza oratoria:

"Como agradecer a usted, señor presidente, las benévolas palabras que acaba de pronunciar, acerca de mi país y de mí mismo, en un idioma que no es el mío, es algo que trataré de intentar, pero que será de todos modos superior a mis fuerzas. Yo sabía antes de llegar a la gran ciudad de este gran país, que los norteamericanos eran corteses y de amistoso espíritu; pero no tenía idea de que fueran cordiales al extremo de emocionar mis fibras íntimas de extranjero, como en esta oportunidad en que he tenido la fortuna de estar en contacto con vosotros."

"Dejarme decir, sin embargo que acepto esta espléndida manifestación de simpatía no como un homenaje a mi persona, sino como un homenaje a mi patria. Yo creo que en el concepto de las relaciones internacionales los individuos son secundarios. Lo que interesa es la espiritualidad que representan. Yo acepto este homenaje como presidente del Instituto Argentino-Norteamericano de Cultura, fundado hace un año para intensificar el mutuo conocimiento y las relaciones intelectuales entre la Argentina y los Estados Unidos."

"En el nombre de estos dos países puedo decir, complacidamente, que la presencia aquí de tantas personas respetables en el mundo de las actividades del comercio, de la industria, de las finanzas y de la cultura general, para dar la bienvenida a un argentino, es un hecho de alta significancia. Yo no represento ni al comercio ni a la industria. He venido aquí como un profesor, como un profesor de paso, invitado por vuestra gran Universidad de Columbia. Ni siquiera el Instituto que represento tiene nada que hacer con la política ni con aquellas otras actividades. Véase, pues, que son el interés de nuestro mutuo conocimiento y el fomento de nuestra cultura recíproca, la esencia de la espiritualidad que nos agrupa. Es la cultura de la que puede afirmarse que es un valor tan desinteresado como primordial, en la vida misma."

"Recordad el caso de Grecia. Su brillantez en los fastos de la historia fueron su ciencia, sus filósofos y su arte. Cuando el pueblo de los Estados Unidos honra la memoria de Grant, o de Lincoln, o el sagrado recuerdo de Washington, tal como lo hiciera Italia por Dante o por Rafael, Alemania por Beethoven o Goethe y Francia por Napoleón o Víctor Hugo, no se tienen en mente sino las ideas, las acciones, o las destacadas obras espirituales que acometieron esos grandes hombres."

"Tal es la esencia o razón de ser de nuestro Instituto. Crear valores, incrementar nuestras relaciones culturales, lo que equivale a tener una mejor noción de las cosas y de las actividades de los hombres; y comprendernos y comprendernos en el último término. El día que la Argentina y los Estados Unidos sean capaces de entenderse mutuamente; el día en que logremos posponer puntos de vista egoístas en aras de los grandes intereses permanentes y de acción constructiva, entonces desaparecerán todas nuestras diferencias que a primera vista parecen tan serias, disipadas como nubes al viento."

El Dr. Colmo terminó explicando cuáles eran las modalidades y obra del Instituto Argentino-Norteamericano de Cultura de Buenos Aires, haciendo un llamamiento a su consolidación general para cumplir los fines de divulgación intelectual y de estimación fraternal que la institución se había impuesto."

EL DRY GIN
de los aristócratas
BOOTH'S
Superior y maduro

y Nueva Inglaterra en América."

Pero los indios no fueron sus mayores enemigos mientras se ocupaba de la fundación de Jameston y en la exploración de los terrenos contiguos. Su personalidad dominante, molestaba y ofendía a algunos oficiales de la Real Compañía de Virginia.

Smith, en lugar de amilanarse, se erigió y aumentó su rigor, y gracias a su pericia y tenacidad, la colonización de Virginia se llevó a cabo y fué la primera colonia permanente de Inglaterra.

El se encargó de todo: de la fortificación, de los ataques, del suministro de víveres y municiones. El fué el que supo mantener a raya a la mezcla de colonos y él el que los alentaba para hacer frente al hambre, a las enfermedades y a la muerte.

Todo inglés, todo yanki conoce y cuenta a los que quieren oírlo, el episodio del capitán Juan Smith y la princesa Pocahontas, hija del jefe Powhatan, la "Bella Salvaje", que salvó a Smith de la muerte, de la que decía el marino que "después de Dios, a ella se debía el que la colonia se librara de perecer de hambre y de otros desastres".

Sorprendido por los pieles rojas fué hecho prisionero por un cacique indio llamado Apechanchanough, al que fascinó con una brújula, salvando así la vida. Tuvo que exhibirse delante de toda la tribu como animal curioso, hasta que al fin fué conducido a presencia del gran jefe Powhatan.

Este no recibió mal al prisionero al principio, pero después de varias y largas consultas, vió el inglés que colocaban delante del jefe dos grandes piedras. Bien amarrado Smith, hicieron que colocase la cabeza sobre una de las piedras. Varios hombres armados con porras eran los encargados de machacarle los sesos y ya se iba a dar la señal para la ejecución cuando Pocahontas, la hija del jefe, abriéndose paso se acercó al sentenciado y puso su linda cabeza sobre la del blanco, salvándole así la vida. La hija, tan querida de Powhatan, tanto suplicó a su padre, que le fué concedido el perdón.

Al cabo de poco tiempo se le autorizó para que fuese a Jameston, con la condición de enviar al jefe de regalo dos cañones y una piedra de moler.

Al llegar a Jameston, Smith, que por lo visto era un humorista, enseñó a los indios que le escoltaban dos culebrinas destinadas al jefe y una muela para la princesa.

Mi interlocutora díjome:

—¿Es usted el hombre más extraordinario que conozco.

—¿Sinceramente? ¿Sin reticencia o ribetes de ironía?

—Sinceramente. Es admirable. Un hombre que apenas pasa los veinte años, y a quien no le gustan las mujeres.

—¡Alto ahí! Protesto. Amo a la mujer, o, pluralizando, a las mujeres. Fuera de ellas no hay nada que valga la pena en el mundo.

—Sí, pero es tan correcto o tan indiferente ante sus atractivos... Parece que al tratarlas se hallara entre camaradas de su sexo.

Pero, cuando llegue la ocasión de demostrar lo contrario... veremos.

Rió con cristalina risa, entornó sus ojos y me miró con curiosidad burlona.

—No, si ya sé que usted se ríe un tanto de mí..., pero por despecho.

—¡Vamos! — replicó ella, picada — ¡Tendría gracia! A ver si me enoja de veras.

—Y yo lo lamentaría. Siente desprecio porque yo no le hago la corte. ¿Y por qué razón iba a hacerla? Quizá ello me perjudicase. Podría usted rechazarme, reírse de mis pretensiones, tomar yo la cosa en serio, y adiós nuestra amistad. Yo soy muy buen amigo de todos aquellos que quieran serlo míos, sin distinción de sexos. Con los hombres, leal, y con las mujeres un poco galante.

—Leal y galante. ¿Hay diferencia entre una cosa y otra?

—En su uso sí. Lo leal siempre es verdad y la galantería suele ser mentira en ocasiones.

—¿Con qué objeto?

—Con el de no irritar a una mujercita, que, aunque no es bonita se lo cree, y nada cuesta, entonces, confirmarle esta suposición.

—Entonces, sus galanterías hacia mí...

—No recuerdo haber sido galante con usted en ningún momento. Fui siempre sincero y en la sinceridad entra lo que nos agrada y lo que nos mortifica.

Por un momento mi amiga Luisa guardó silencio; bajó la cabeza, y, de vez en cuando, de reojo, y por brevísimos instantes, me miraba. Yo, de pie ante ella, en aquel rincón poético del jardín, me deleitaba, en tanto, contemplando su graciosa nuca, en la cual un minúsculo lunar atraía y ponía tentaciones de rendirle culto..., besándolo.

Luisa era una mujer preparadí-

El hombre espiritual

Por José Cerdán Aranda

simas, culta, fina, espiritual, conectora de lo que valía, y, por consiguiente, algo coqueta y mordaz.

—A pesar de ello — interrumpió el silencio Luisita — no dejaré de reconocer que usted no llega a ser tan apasionado como otros hombres.

—O quizá más. Pero no hago demostraciones excesivas. Hay individuos a los que les falta muy poco para llegar a la bestialidad, y son los que ante unas formas de mujer, tenuemente veladas por vaporosos vestidos, emiten algo así como relinchos... Yo contemplo y admiro en silencio. Pero mi contemplación y admiración no pueden resultar ofensivas como las de los otros, ya que ellos parecen desnudar a la mujer. Yo recuerdo que una vez pasó ante mí una mujer tan hermosa como jamás he visto ni veré otra...

—Sí, relativamente. La carne pecadora, paga... Si es carne de virtud, la dejo, si no he de poder unir su destino al mío para siempre.

Los ojos de Luisa brillaron traviosos. Los míos miraban con serenidad. Debo hacer constar, en honor a la verdad, que yo estaba perdidamente enamorado de la muchacha, pero como no ignoraba que ella ponía de vuelta y media a todo el que la requería de amores, tenía, forzosamente, que disimular para no servirle de diversión. Otro, en mi lugar, más apresurado en librar batalla, se hubiera decidido. En efecto, Luisa en nuestros apartes se mostraba conmigo harto insinuante; a veces se olvidaba de sus burlonas e hirientes frases, y la veía apasionada, pendiente de mis palabras, pero mi escepticismo en estas ocasiones era mayor que el



—¿Qué desea el señor? ¿Otro medio litro?

—No, no. La cerveza tiene mucho alcohol... Tráigame coñac.

—Muchas gracias; me favorece mucho al no mejorarme a mí...

—me manifestó mi amiga, molesta en parte.

—Ya le dije que soy sincero. Y lo repito: como aquella mujer no he visto ni veré otra tan hermosa. Fui tan grande mi admiración ante aquel prodigio de belleza, que, casi inconscientemente, obedeciendo a un impulso instintivo, me saqué el sombrero. Le hice paso, y dije con alma y vida: "¡Es hermosa de verdad!" Me dijo: "Gracias"; floreció en sus labios una sonrisa, y siguió su camino visiblemente halagada por la espontaneidad de mi elogio.

—Deduzco, por su manera de decir y hacer, que usted es en extremo espiritual.

—Ahora acertó. Lo soy por educación y porque ello es más noble que el grosero materialismo. Yo podría ser, con justicia, un discípulo de Epicuro.

—Entonces, ¿ningún valor tiene para usted la carne femenina?

suyo, y pensaba si todo ello no sería fingido...

Una amiga de ambos, traicionando el secreto que le confiara Luisa, confesóme un día que la "desdichada" parecía dispuesta a quemar sus naves en mi obsequio y rendirse incondicionalmente. ¿Una celada? Había que salir de dudas.

Nuevamente mi colientora rompió el mutismo.

—Es probable, pues, que usted resulte inofensivo... aun ante una dulce proximidad.

—Es probable...

La tenía muy cerca, y sus ojos me invitaban y me desafiaban; su pecho ondulaba, se elevaba y bajaba a impulsos de la respiración agitada, ansiosa. Se levantó de su asiento y se aproximó más. Mi brazo estirado sobre el barandal, en el que ella se reclinó, parecía rodear su cintura.

—Es posible que una mujer le exhalara su aliento perfumado en pleno rostro y usted quedara insensible...

—Puede que sí...

—¡Oh! Es usted de hielo. Es usted odioso, señor espiritual — y le saltaron dos lágrimas de indignación a los ojos, y dando media vuelta se alejó presurosa de mi lado.

* * *

No podía pedirse más. Luisa me amaba, sí, me amaba. Una última prueba y lo comprobaría por completo.

Aquella noche, de sobremesa, me mostré obsequioso en extremo con varias señoritas. Ensalcé su hermosura, su gracia, — aunque algunas no la poseían ni por asomo — y sintiéndome locuaz como nunca, hasta me permití decir algunas picardías.

Ella iba de un lado para otro, escuchaba, y echaba chispas. Rasgó su pañuelo y salió a la terraza...

Yo, a los breves instantes, fui en su busca.

La encontré en un rincón.

—Luisita, ¿cómo tan sola?

Se llevó su pañuelo a los ojos. Replicó luego con reticencia excesiva:

—Desde que mi amigo el espiritual se muestra enamorado de las formas provocativas.

—A su amigo el espiritual ninguna de ellas le dice nada, porque ama a un imposible. Es una mujer, pero esa mujer es el imposible. La ama en carne y alma, pero no debe amarla porque ella no cree en el amor, ni en los hombres. Ella se reíría si se lo confesase... No, no se lo confesaré nunca...

Se acercó a mí. Su cabeza casi rozaba la mía.

—¿Ni a mí como amiga? Señor de las divinidades que ha descendido a las cosas de la tierra, ¿puede decirme a mí?

Sus labios quedaron entreabiertos, muy cerca de los míos, muy cerca..., tan cerca... que aproximé un poco mi boca y se unió con la suya... La estreché en mis brazos fuerte, amorosamente... La llené de besos..., hasta que sofocada, risueña, feliz, con lágrimas de dicha en sus bellos ojos, suplicóme:

—¡Basta, basta por hoy! La lección ha sido demasiado extensa! Déjame, loco, que me ahogas, déjame...

Y reclinó su cabeza sobre mi pecho y cerró los ojos...

El espiritual seguía siéndolo, pero humanizado a la par, porque una muñeca de carne y hueso era todo su amor.



Como fué el torpedeamiento del "Lusitania"

Para los norteamericanos, el gran drama de la guerra es el torpedeamiento del "Lusitania", pues fué precisamente a partir del día en que el gigantesco paquebot se hundió en el mar, que el platillo de su balanza natural se inclinó hacia la guerra. Así uno de sus principales autores, Lowell Thomas, después de investigaciones que duraron varios meses, acaba de publicar en Nueva York, *Raiders of the Deep*, que contiene el minucioso relato del drama, sacado de la documentación existente en los archivos del Estado Mayor General alemán, tal cual lo relató por su propia mano el autor del torpedeamiento, lugarteniente del navío Walther Schwieger, que mandaba el U-20.

000

En su salida de principios de mayo de 1925, el Comandante Schwieger realizó una "buena labor", puesto que según propia declaración pronto su aprovisionamiento de esencia era justo para regresar a la base naval de Wilhelmshaven, quedándole solamente dos torpedos de bronce "que no eran de los mejores".

En aquella jornada del 7 de mayo, el tiempo estaba ligeramente brumoso con un horizonte más bien cerrado. Sin embargo, a eso del mediodía, el sol rasgó la cortina de niebla al propio tiempo que hacía centellar las olas azuladas del mar. Y ese sol fué la causa de la tragedia. Pero dejemos hablar al carnet del Comandante del U-20:

2 y 20 de la noche.—Acabamos de emerger. En línea recta ante nosotros apercibo las cuatro chimeneas y la punta de los mástiles de un "steamer" que viene del Suroeste y va hacia Galley-Head. Es un "steamer" de pasajeros.

2 y 25.—He avanzado una docena de metros hacia el "steamer" esperando que cambiaría de ruta y se dirigiría hacia la costa de Irlanda.

2 y 25.—El "streamer" cambia su ruta y se dirige hacia Queenstown, permitiéndonos así acercarnos para tirar. Avanzamos a toda marcha con objeto de tomar buena posición.

3 y 10.—El torpedo lanzado a una distancia de 700 metros, va a tres metros por debajo de la superficie. Ha hecho blanco en pleno centro del navío, detrás del puente. La detonación ha sido formidable, fuera de costumbre, con enormes nubes de humo y restos lanzados por encima de las chimeneas. Ade-

más de la primera explosión causada por el torpedo, debe producirse una segunda explosión (¿caldera, carbón o pólvora?) El puente se ha partido en dos. Estalla el fuego.

El navío se detiene y rápidamente se inclina a estribor. Parece que se hundirá en un corto espacio de tiempo. Gran confusión a bordo. Las canoas son preparadas y lanzadas al agua; pero por estar demasiadas cargadas, algunas vuelcan. Sobre la proa del navío se ve el nombre "Lusitania" en letras de oro. Chimeneas pintadas de negro. En la popa no lleva iz-

"Como nos habíamos sumergido, ordené a mi piloto, viejo capitán de la marina mercante alemana, que observase lo que ocurría. Apenas había puesto el ojo en el periscopio gritó: "¡Santo Dios!, es el *Lusitania*".

"Miré a mi vez y vi que el barco se hundía con una rapidez pavorosa. Hombres y mujeres se habían arrojado al agua e intentaban huir a nado. Yo no podía prestar auxilio y no dudaba tampoco que otros barcos, navegando en las cercanías, tendrían tiempo de acudir. Por consiguiente, mandé sumergirnos veinte metros más y huir..."

Solamente al llegar a Wilhelmshaven, al leer la prensa, se enteró el lugarteniente Schwieger del alcance horrible del desastre de que había sido autor. El Kaiser le dirigió una reprimenda oficial, pero sus compañeros lo reconfortaron asegurándole que ninguno de todos ellos hubiera procedido de otra manera.

Todos los oficios son esenciales

Si la dicha está contigo, trabaja; si te acompaña la desgracia trabaja lo mismo.

Trabaja y canta; porque trabajas, canta. Trabaja y alégrate; porque tú puedes trabajar, alégrate.

Trabaja y no repares en el prestigio de tu trabajo. Mientras yo, por la noche, me pongo a escribir y a soñar, tú duermes, fatigado de tantas fatigas. Pero mañana, temprano, retomarás tu martillo, tu pala o tu minerva. Tú y yo ponemos hasta la sangre y lágrimas en nuestra labor. Lo tuyo, es producto de músculos, de fuerza; lo mío, de espíritu, de quietud. ¿Acaso por esto vas a pensar que tu oficio es inferior al mío, al del médico o el científico? No. Para la Vida, todo el trabajo tiene importancia y todos los oficios son esenciales.

Celso TINDARO

da la bandera. El navío marchaba a una velocidad de 20 millas por hora."

Eso fué todo lo que en su carnet escribió el hombre que torpedeó al "Lusitania".

Pero al regresar a Wilhelmshaven, habló. Habló especialmente a su camarada y amigo Max Valentiner, el gran as de la guerra submarina alemana, quien a su vez trasladó el relato a Lowell Thomas.

—Cuando salía a la superficie— cuenta él—percibí una cantidad tan grande de chimeneas y mástiles en el horizonte que creí hallarme ante una flota entera. Tan sólo al tomar anteojo, comprobé que se trataba de un "teamer" de gran tamaño únicamente, tomó una ruta que era la ruta ideal para servirnos de blanco...

"En los días precedentes había disparado mis mejores torpedos y no me quedaban más que dos de broca que no eran precisamente los mejores. Al hallarnos a 700 metros, di la orden de lanzar uno. Este chocó con el "steamer" y hubo dos explosiones: una pequeña seguida de otra enorme.

—Las ordenes—dice el comandante Valentiner—eran definitivas: torpedear toda clase de navíos. Y una orden no se discute; se ejecuta...

Por consiguiente, el jefe del U-20 no fué objeto de sanción alguna. Y unas semanas después se hizo de nuevo al mar; y agregó a su cuadro de caza nuevas hazañas: el "Hesperin" de 10,000 toneladas, que iba de Liverpool a Quebec; el "Cymric", navío de pasajeros que iba a Queenstown. Pero al intentar prestar socorro al U30, embarrancó en las costas danesas y fué volado para evitar que lo internasen en Dinamarca.

000

¿Qué resta hoy día de los miembros de la tripulación del U-20? Sólo vive uno, que era el segundo de a bordo del lugarteniente Schwieger, Rodolfo Zentner, que ejerce actualmente la pacífica profesión de importador de vinos en Bremen.

Zentner habla en términos admirativos de su ex jefe, a quien el

Fotografados Trícromías Bicromías

Confección de elisés para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones
Precios sin competencia
Trabajo garantizado
Entrega inmediata —

PUJOL, PREYSLER y Cía.

CORRIENTES 1138

Buenos Aires

Unión Telef. 38, Mayo 4830

almirante Tirpitz pedía su opinión para cuanto se refería a la guerra submarina.

Después del hundimiento del U-20, el lugarteniente Schwieger fué trasladado al U-88, que fué hundido el 17 de septiembre de 1917 a las 18 en las costas de Irlanda por el barco inglés "Stonecrop". Este era un barco de 1.680 toneladas, armado de dos cañones, uno de ellos de 102 mm. y cuatro lanzas-obuses. Intimidado por el U-88 y luego violentamente cañoneado, se detuvo, aparentó desembarcar su tripulación y dejó que el submarino se acercase a unos 700 metros, abriendo entonces un violento fuego sobre él.

El U-88 se sumergió y volvió minutos más tarde a reaparecer en la superficie en posición vertical, mostrando brechas en su casco y después se hundió definitivamente.

El "Stonecrop" fué a su vez torpedeado al siguiente día, pero se salvó su tripulación.

Como se ve, el autor del torpedeamiento del "Lusitania", recibió la misma sepultura que sus propias víctimas: el mar.

STEPHANE LAUZANNE

EL CULTIVO DEL CAFE EN CUBA

El cultivo del café, que antaño fué una de las fuentes de la riqueza de Cuba, ha aumentado durante el pasado año.

El número de fincas dedicadas al cultivo del café en la provincia de Oriente fué de 3.178, con un área total de 37.437 hectáreas.

El rendimiento de la cosecha fué 437.148 quintales; el número de personas empleadas, producción y preparación industrial, fué de 21.729.

La semana médica

El doctor Domingo Mosto inauguró en la Facultad de Medicina su curso libre completo de Anatomía y Fisiología Patológica

El doctor Domingo Mosto, distinguido facultativo de larga y brillante actuación en la cátedra, inauguró recientemente el curso libre completo de Anatomía y Fisiología Patológica que dictará en la Facultad de Medicina. Como es de práctica en la iniciación de las clases, la primera disertación de la materia versó sobre generalidades acerca del plan de estudio y el programa a desarrollarse en el curso.

Desde luego, dentro de la aridez obligada del tópico, el doctor Domingo Mosto supo poner bellamente el ligero matiz literario y anecdótico que, sin excluir la necesaria precisión y erudición, amenizara el conjunto de su interesante conferencia. Afirmó el prestigioso facultativo que la tribuna de enseñanza libre que ocupaba en su calidad de Venia Docendi era el resultado de una de las más valiosas y nobles conquistas del prolongado y agitado movimiento estudiantil de la Reforma Universitaria. Después de referirse al significado de ello, que instituye el moderno apostolado de "Libertad de enseñar, libertad de aprender", recordó el doctor Mosto los antecedentes de la Escuela Libre, creada el 20 de junio de 1879 por iniciativa del doctor Crespo y que

actualmente se ve confirmada con eficacia y honra. "En aquel proyecto de resoluciones—dijo el doctor Mosto—por el cual se organizaba la escuela de profesores libres, el artículo 10 establecía un curso de histología normal y patológica, el primero de la materia que fué dictado por el doctor Novaro, quien se dedicó especialmente a la parte de técnica histológica".

Añadió en seguida otras interesantes referencias, citando los nombres de los doctores Aráoz Alfaro, Samuel Gache y Julio Méndez, de quién pronunció el siguiente concepto que ratifica la llaneza y sencilla hondura de su exposición: "La erudición del profesor delante del alumno es innecesaria e inútil. No se le comprende por quien está en rudimentos, aplasta por su brillantez al que no sabe y en ambos casos es su víctima el alumno. La erudición para el que la posee si no la sabe aquilatar es un fárrago que anonada aún a las inteligencias brillantes". Señaló más tarde que la enseñanza de la Anatomía Patológica debía ser práctica, objetiva, razonada, tendiente a formar un criterio propio para poder discernir entre lo principal y accesorio, con apreciación individual y activa, capaz de formar el espíritu médico de cada

uno.

Después de extenderse a otras consideraciones importantes que fueron escuchadas con vivo interés por el compacto auditorio, el doctor Domingo Mosto concluyó con el siguiente párrafo que remató con una admirable sentencia de Jakob: "Es irrisorio muchas veces oír apreciaciones sobre la evolución de procesos patológicos, y asombra el criterio de aplicación terapéutica tanto médica como quirúrgica en ciertos casos que un exacto conocimiento de la lesión los excluiría por inútiles o nocivos".

PUBLICACIONES ACERCA DE LA TUBERCULOSIS

En las publicaciones médicas recientes sobresalen especialmente los ensayos acerca de la tuberculosis, en los cuales distinguidos especialistas se refieren a nuevas experiencias de curación de las diversas manifestaciones del terrible mal.

Sobre diabetes y tuberculosis los doctores M. Labbe, R. Boulín y Justín Benzacón acaban de dar a conocer en la "Presse Médicale N.º 10" un interesante ensayo que subtitulan "Repercusión de la tuberculosis en la evolución de la diabetes" y en cuyo resumen arriban

a la siguiente conclusión: "A igual que otras infecciones la tuberculosis ejerce sobre el diabético una influencia nefasta tanto desde el punto de vista de la glucosuria como de la tolerancia hidro-carbonada y de la acidosis".

El "Tratamiento de la Tuberculosis pulmonar por la sanocrisina" se llama un estudio interesantísimo del doctor Grapiolo que fué publicado últimamente en la R. Sud Americana. Endocr. Quimioter. Afirma al final que después de dos años de experiencias cree que no puede concluir que la sanocrisina sea el medicamento que resuelva el problema de la curación de la tuberculosis pulmonar. También los doctores C. Patiño Mayer y A. J. Schiavo se han ocupado del tema en un valioso estudio publicado por "La Semana Médica" y que se titula "La sanocrisina y su empleo en la tuberculosis".

Por su parte, los doctores Luzzatto - Fegiz y Ch. Roubier publicaron en Policlinico y L' J. Med. de Lyon sendos estudios sobre distintas variantes de la tuberculosis y que se denominan respectivamente "Derrames hemorrágicos en el neumotórax artificial" y "Hemoptisis tuberculosa y neumotórax artificial".

Sol de Andalucía, Sol de poesía:
dame un manojito de tus hebras de oro,
que hace mucho tiempo la melancolía
llora cuando pulso mi rabel sonoro...

Sol de Andalucía, que tus rayos quiebras
sobre las lorigas y las cimitarras,
y haces, con tus rizos, delicadas hebras,
—hebras de armonía—para las guitarras;

Sol de Andalucía, Sol resplandeciente;
Sol de rubias crenchas y mirada ardiente,
por el que suspiran las flores tempranas:

préstame el encanto de tus glaucos ojos,
qué yo haré un manojito con los labios rojos
y los negros ojos de la sevillana...

ooo

Sol de poesía, Sol de Andalucía,
que en maravillosa floración de luces
vuelcas tu radiante cáliz de alegría
sobre los semblantes de los andaluces;

Sol de Andalucía, que, en trazos guerre-
ros, levantaste a España su Templo de amores,
calcinando el alma de su guerrilleros,
de sus misioneros y conquistadores...

Sol de Andalucía

Dame, ¡oh, Sol radiante, tus hebras de
oro...
y, templando luego mi rabel sonoro,
al tahalí prendida mi espada moruna,

llegaré al soberbio palacio de Alhambra;
se alzarán el rastrillo y arderá la zambra,
bajo los chispazos de mi Media Luna...

ooo

Sol que a Omar-ben-Afsun, en las serranías,
viste combatiendo por el Cristianismo,
y le diste el cetro de las rebeldías,
con las gallardías del españolismo...

Sol de Andalucía—disco de diamantes—
que, deshecho en besos de ardientes amor-
res, vas volcando, sobre las bocas fragantes
chorros de armonía, mieles y colores...

Dame, ¡oh, Sol!, tu malla de ardientes
lencajes;

y, como en Granada los abencerrajes,
lucharé en las justas con mi potro overo...

llegaré a la vieja Mezquita sagrada
y, con el coraje de Alfonso Primero,
¡sobre sus portones vibrará mi espada!...

ooo

Sol a cuya flama de vivos reflejos
tiemblan las pupilas de raros hechizos,
y los sevillanos claveles bermejos
arden en las ondas de unos negros rizos...

Sol de poesía—disco de alegría—
rimbo sobre ardientes cabecitas locas,
que por los vergeles de la Andalucía
vas dejando besos en todas las bocas...

Dame, ¡oh, Sol radiante!, tus hebras de
oro;
y, templando luego mi rabel sonoro,
al tahalí prendida mi espada moruna,

me iré por el mundo, juglar altanero,
y haré que en las justas escriba mi acero.
"España es el arte!.. ¡Sevilla es la cu-
na!..."

Ricardo SANTA CRUZ

Un viaje involuntario

por Luciano Biart

(Continuación)

Durante más de cuatro horas navegó por en medio de islas, de islotes y de rocas; pero de repente apareció a los ojos de todos el mar ancho y profundo. Un inmenso suspiro de satisfacción escapóse de todos los pechos, y hasta el comodoro se permitió limpiar los cristales de su antejo y abandonar su atalaya.

—¿Qué le parece a usted este género de caza? preguntó al señor Pinsón.

—Me parece que es usted un marinero muy intrépido, comodoro.

—Como buen norteamericano conozco, amigo mío, la divisa de mi tierra: *Go ahead!*

—¿Ha navegado usted anteriormente por estos sitios?

—Sí, una sola vez, por mi fortuna.

—Sería pecar de indiscreto si le preguntaba adonde nos dirigimos?

—A Charleston, a Baltimore, tal vez a Nueva York.

—¿Volvemos a encontrarnos en alta mar?

—No del todo; nos hallamos en un golfo bordeado de arrecifes semejantes a los que acabamos de dejar atrás: dentro de dos horas navegaremos por un canal.

—Sí, contestó el comodoro; y habrá que ver cuando anochezca, pues entonces confío acorralar al Davis.

—¿De modo que el mar interior por donde navegamos no tiene salida?

—Tiene una, caballero, pero no creo que el Davis, a pesar de que lleva a bordo un práctico experto, se exponga a pasar por ella.

El comodoro volvió a su atalaya. Corroborando su afirmación, al cabo de dos horas el vigía señaló arrecifes a proa.

—Fíjate bien en las tierras cerca de las cuales vamos a pasar, dijo el ingeniero a Azogue. El corazón me indica que, gracias a la temeridad del comodoro, vamos a naufragar en este sitio.

La perspectiva de un naufragio no conmovió en lo más mínimo al muchacho, quien dijo algo quedó al señor Pinsón.

—Hace poco uno de los marineros daba de comer a las gallinas de a bordo, y yo, sin que aquel hombre lo notara, he llenado mis bolsillos de cebada y de trigo.

—¿Para qué, muchacho?

—Para sembrar esos granos en la isla donde nos estableceremos después del naufragio, respondió Azogue con la mayor naturalidad. Además, añadió, guardo para el caso un buen pedazo de pan.

—¿Y nos alimentaremos con ese pan interín crece el trigo?

—Sí, señor.

A pesar de la gravedad de las circunstancias, el ingeniero soltó la cargajada, cosa que no desconcertó al bueno de Azogue.

—También poseo un cuchillo y un clavo muy grande, repuso el muchacho, y conozco el cajón donde tiene sus herramientas el carpintero; una vez se haya ido a pique el Fulton nos embarcaremos en una

ratos y échelo al agua; yo haré lo mismo, y de esta suerte podremos ganar la isla que nos parezca más grande. Convendría que tuviésemos un fusil, mas no me atrevo a apoderarme de ninguno de los pertenecientes a los oficiales de a bordo.

—¿Vaya, vaya, muchacho! exclamó el señor Pinsón alisando el pelo a Azogue: por poco me haces creer que la triste serie de aventuras en que me veo metido, gra-

—En broma, querido Azogue, pues no veo qué daño podría sobrevenir al Davis si nosotros tomáramos un baño forzoso.

El ingeniero interrumpió su relato, pues en aquel instante la neve pasaba a corta distancia de una isla llana e inculta, en la que sólo se veían unos cuantos árboles raquíticos. Cuando el Fulton hubo dejado atrás esa isla, apareció otra que sobresalía cosa de cien metros de la superficie del mar, viéndose en el pico más alto un hombre y una mujer que contemplaban absortos las dos embarcaciones y que con la mano señalaban el horizonte.

—¿Por ventura son salvajes? preguntó el muchacho al señor Pinsón.

—No, amiguito; el traje que llevan es europeo: así pues, todo indica que son pescadores que viven provisoriamente en este sitio, pues veo una lancha amarrada a la base de una roca.

Durante largo rato Azogue no apartó los ojos del pescador y de su mujer, envidiando la suerte de aquellos que viven en una isla desierta, lo cual, según las ideas del chico, era el colmo de la felicidad. Por su mente desfilaban todas las escenas en que figurara Robinson, cuando vino a distraerle de sus cavilaciones una bandada de aves que, procedente de las rocas, cernióse sobre el Fulton. Entre aquellas aves el señor Pinsón le señaló dos fragatas, nombre que han tomado a causa de la rapidez con que henden el espacio y comparándolas a las embarcaciones más veleras que surcan los mares. La fragata, cuyas alas tienen varios metros de cruzámen, se eleva a alturas prodigiosas: su mirada, tan penetrante como la del águila, hace que distinga los peces que nadan a la superficie del agua y sobre los que se arroja con la rapidez del rayo. La fragata es ave de los trópicos y no se aleja a más de un grado de distancia de la playa.

Azogue se fijó también en otras aves cuya cola parecía adornada de dos largos juncos, y comunicó sus impresiones al ingeniero.

—Tienes razón, contestóle éste, y a causa de las plumas que adornan su cola esta ave ha sido bautizada con el nombre vulgar de *rabi-junco*. También se la llama ave de los trópicos, pues raras veces se la ve fuera de la zona ecuatorial. Hé aquí porqué el gran Linneo, que tenía el don de poetizar todas las cosas, la apellidó *faetonte* o ave del sol.

La atención del discípulo y del maestro fué atraída hacia el comodoro, quien, de pie en su atalaya,



¡Es imposible! exclamó el señor Pinsón, ¡imposible que nos abandonen de esta suerte!

almadría y nos traemos a tierra esas herramientas.

—¡Diablo! exclamó nuestro amigo, ¿cómo camina tu imaginación, muchacho!

—Es que conviene estar preparado para cualquier evento, señor; de consiguiente, le recomiendo a usted que no pierda de vista los aparatos de salvamento que están colgados en los costados de nuestro buque. En el acto que el Fulton se estrelle contra una roca, corte usted la cuerda de uno de esos apa-

cias al bueno de Boisjoli, va a terminar trágicamente. No debo ocultarle que corremos algún riesgo, y pruébalo el aspecto grave de todos los tripulantes del Fulton, pero al fin y al cabo el comodoro no se siente con ganas de morir y antes de estrellarse contra un islote lo reflexionará bien.

—El comodoro es norteamericano, señor, y para jugar una mala treta al Davis sería capaz de arrojarnos a todos al mar. Acaba de decirme.

multiplicaba las órdenes. Metido el *Fulton* en un angosto canal, seguía envidiosamente la estela del *Davis*: éste a veces desaparecía detrás de los islotes, aumentándose, al parecer, la distancia que le separaba del *Fulton*. El sol iba descendiendo hacia su ocaso, de modo que la imaginación del ingeniero sufría grandemente pensando en el peligro que correrían entrambos buques si las sombras de la noche les sorprendían en aquella especie de desfiladero. Atravesado el canal, volvióse a navegar en un mar relativamente libre, a pesar de que por todos lados y a la distancia de doce a quince kilómetros asomaba la tierra.

El comodoro abandonó su atalaya para tomar algún descanso.

Si las cartas de marear no mienten, dijo al señor Pinsón, nos encontramos en un callejón sin salida para el *Davis*; de consiguiente, me dan ganas de esperarle en este sitio, pues estoy persuadido de que después de haber dado la vuelta al golfo donde nos hallamos, que quiera que no tendrá que retroceder.

—Va a anochecer, comodoro, y la prudencia...

—Ahora no se trata de prudencia, caballero, sino de echar a pique al *Davis*. Si las cartas de que me sirvo hubiesen sido trazadas por algún norteamericano, viviría muy tranquilo; pero siendo obra de oficiales europeos temo que el práctico... ¡Vive Dios! diríase que el *Davis* vacila...

El comodoro voló a su atalaya: en efecto, el *Davis* vacilaba, pues, estaba costeaando a mal paso un escollo que se veía hacia la izquierda, mientras que el *Fulton* se iba aproximando cada vez más a su adversario. Para ver mejor lo que ocurría, el señor Pinsón se instaló a popa, y encaramándose, se apoyó en el mástil en cuyo tope flotaba el pabellón de los Estados Unidos. El *Davis*, probablemente a causa de lo angosto del paso que atravesaba, seguía marchando lentamente. De improviso presentó uno de los costados a su adversario, saludándole con una descarga cerrada: una bala fué a dar en el mástil que sostenía al señor Pinsón, rompiéndole; falto de apoyo el ingeniero, se cayó al mar.

En el acto Azogue, con una presencia de ánimo poco común a su edad, cortó las cuerdas de un aparato salvavidas y lo arrojó a su amigo: pálido como un difunto, el muchacho se inclinó para ver hacia que lado se encontraba el señor Pinsón, que el *Fulton* iba dejando atrás. El ingeniero apareció a la superficie del agua, e inmediatamente volvió a sumergirse.

—¡No sabe nadar! exclamó Azogue presa de la mayor angustia.

Y sin reflexionar lo que hacía, el pobre muchacho se arrojó al mar, buceó y empezó a nadar hacia su amigo.

El lúgubre grito de los marineros: ¡hombre al agua! resonó de

uno a otro extremo del *Fulton*, que a la sazón se hallaba a más de quinientos metros de distancia de los naufragos.

Azogue nadaba como un pez; antes de diez minutos había alcanzado el aparato salvavidas que arrojara al agua, y apoyado en él se dirigió hacia el ingeniero, quien, sorprendido y atolondrado por su inesperada caída, acababa de recobrar su sangre fría y nadaba vigorosamente en dirección del chico.

—¡Animo, señor! profirió Azogue; un esfuerzo más y estoy a su lado.

—No te causes inútilmente, contestó muy tranquilo el señor Pin-

són.

acabas de hacer?... ¡Justicia divina!... Después hablaremos de esto.

Los dos nadadores empujaron el aparato y dirigieron la vista al *Fulton*, notando con sorpresa que el vapor proseguía su marcha.

—¡Es imposible! exclamó el señor Pinsón, ¡imposible que nos abandonen de esta suerte!

—¿Por ventura no recuerda usted que esta mañana dijo el comodoro que con tal de poder echar a pique al *Davis*, nada le importaba arrojar al mar a toda la gente de a bordo de la embarcación de su mando?

El ingeniero volvió a examinar

PENSAMIENTOS

La sociedad es una alianza ofensiva y defensiva destinada a poner a cada individuo al abrigo de la injusticia. — ARISTOTELES.

Muchas leyes conservan su crédito desde la antigüedad más remota, no porque sean justas, sino porque son leyes. — MONTAIGNE.

La razón de estado es una razón misteriosa inventada por la política para autorizar todo cuanto se hace sin razón. — SAINT EVREMOND.

La mayoría de los amigos quitan el placer de la amistad y la mayor parte de los devotos hacen desagradable la devoción. — LA ROCHEFOUCAULD.

En el amor, nueve veces sobre diez, la desgracia viene por las cartas, como la tifoida por el agua. — MAURICE DONNAY.

Las lágrimas de la mujer valen tanto como los discursos más elocuentes. Procurad que vuestro amante os vea una lágrima, y si no lo podéis conseguir, humedeced los ojos. — OVIDIO.

El carácter es un orden moral que se manifiesta en la naturaleza de un individuo... Los hombres de carácter son la conciencia de las sociedades cultas a las cuales pertenecen. — EMERSON.

En medio de tus alegres transportes, ¡oh, Baco!, el sabio se deja arrancar su secreto. — HORACIO.

No hay nadie más adusto que aquel que sólo es amable por el interés. — VAUSERNAQUES.

La virtud es áspera en el camino, pero deliciosa en la cumbre. — FEIJOO.

Se puede definir el deber como la obligación rigurosa de hacer lo que conviene a la sociedad. — RYANAL.

Trascurridos diez minutos, el ingeniero logró asirse a las cuerdas del salvavidas.

—¿Cómo es eso, muchacho? preguntó agitándose, ¿tú también caíste al mar?

—No, respondió Azogue; empero, después de arrojarle el aparato, ví que luchaba usted con las olas e imaginándome que no sabía usted nadar, me tiré al agua para acudir en su auxilio.

La sencillez con que el chico refería su noble y heroica acción hizo mudar de color al ingeniero.

—¡Oh muchacho! ¡muchacho! dijo una y otra vez cogiendo del brazo a su salvador; ¿sabes lo que

rando darse cuenta de las maniobras del corsario y de su antagonista. De repente nuestro amigo meneó la cabeza desalentado: ya no había más duda; el sol descendía rápidamente a su ocaso, estando oculta la mitad de su disco, mientras que el *Fulton* proseguía su caza sin ocuparse poco ni mucho de los desdichados nadadores.

CAPITULO XVI

Convencido el ingeniero de que quedaban librados a su propio destino, trató de recobrar toda su sangre fría para hacer frente al peligrosísimo trance en que él y

atentamente el horizonte, procuró su compañero se hallaban.

Bien asegurados a la boya salvadora y después de hacer oportunas recomendaciones a Azogue, dejáronse flotar a merced de las olas, procurando, en lo posible no malgastar las energías físicas.

Entretanto, el ingeniero trató de levantar el ánimo del muchacho iniciando una conversación interesante y hasta pintoresca, bien que tras sus palabras se ocultase hábilmente la natural zozobra que embargaba su espíritu.

—Si no me engaño, muchacho — exclamó el ingeniero — creo que vas a salirte con la tuya, pues a poco que las corrientes favorezcan nuestros esfuerzos, arribaremos a esa isla que afortunadamente tenemos cerca y en la que, indudablemente, has de hallar en libertad los monos y otros animales de los que tanto te gustan.

—Dios querrá que así sea caballero — respondió Azogue — pero antes de ocuparnos de los animales, trataremos de fabricar nuestro albergue, cosa que no creo difícil, teniendo a Vd. como director de los trabajos que yo ejecutaré con todo entusiasmo. A usted le corresponde mandar. Ya verá usted como soy un buen compañero.

—No lo dudes, amiguito.

—Yo me encargo de cuidar y de domesticar los animales que encontremos en la isla. ¿Verdad que el agua salada no echará a perder mi previsión de trigo?

—No, chiquillo; pues le pondremos a secar, como los fósforos.

—Ya verá usted, repuso Azogue, como después de todo lo pasaremos muy bien. La principal causa de la tristeza de Robinson era porque no tenía nadie a su lado, con quien poder hablar; pero nosotros no estaremos en el mismo caso que él, ya que somos dos. Tendremos una casa para el invierno y otra para el verano; en vez de gallinas criaremos aves marinas, y luego cazaremos.

—Verdad que sí, hijo mío.

—Clavaremos un mástil en el suelo, y dentro de diez, de veinte años, cuando seamos vistos por alguna embarcación, usted tendrá la barba muy larga. Entonces volveremos a Europa y pondremos en venta nuestra isla. ¡Uf! añadió el muchacho, que debía ocupar nuevamente su puesto en el aparato; de buena gana quisiera haber llegado a tierra.

—¡Paciencia, chico!

—Nosotros, repuso Azogue después de echarse sobre la boya de salvamento, llevamos una ventaja a Robinson.

—¿Cuál ventaja? preguntó el señor Pinsón.

—Como usted es ingeniero, caso de que nos aburramos en la isla, no hay más que construir una barca y trasladarnos a Santhomas.

(Continuará)

Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

MODO DE PURIFICAR EL AIRE EN LAS CASAS. se colocan en diferentes partes del edificio vasijas con cloruro de cal, en el cual se echa ácido sulfúrico mezclado con agua.

También se purifica el aire regando las habitaciones con cloruro de cal líquido o bien se puede hacer una pequeña fumigación, vertiendo ácido sulfúrico sobre cloruro de cal seco, en la proporción de una onza de ácido para dos onzas de cloruro.

Pero hoy en el comercio se expende el cloruro de cal en paquetes ya preparados para desinfectar y esto es lo que más conviene.

BARNIZ DORADO RUSTICO.

Aunque puede decirse que se improvisa con substancias baratas, sin embargo, buenos resultados. No hay que hacer más que mezclar un poco de laca japonesa negra con un barniz de aceite común, y se obtiene una pintura muy parecida a la dorada y a propósito para trabajos ordinarios.

OBJETOS INCOMBUSTIBLES. — Redúcese a polvo cierta cantidad de amianto, añadiendo agua, y fórmese una pasta bien uniforme. Mientras se está haciendo la mezcla, se añade el agua necesaria para que permanezca blanda y antes de que se endurezca, se modelan con ella los objetos que se deseen. Después, se deja secar dos o tres horas y se mete en el fuego para que se acabe de endurecer. El material es, sobre todo muy a propósito para hacer filtros para toda clase de líquidos.

CUANDO SE LIMPIA CON BENCINA, suele quedar como una mancha de agua. Esto se evitará planchando el género, inmediatamente después de quitar la mancha, con un trapo húmedo por encima.

USANDO SERRIN EN VEZ DE JABON, para limpiar las mesas y tablas de cocina, quedan blancas y limpias.

NUNCA SE DEJA LA ESPONJA en el agua de jabón. Enjuágase bien en agua limpia después de usarla; oprímase para quitarle el agua y póngase a secar donde haya aire.

PARA GUARDAR LA VAJILLA DE PLATA, colóquese en bolsos de franela o de gamuza. Un pedazo de alcanfor guardado con la platería ayudará a que conserve su brillo.

Aguafuertes del zoológico HARAGANERIA

El gato que pasaba horas y horas sobre el escritorio de Petrarca mientras éste componía sus inmortales, pero melosos versos a Doña Laura, poseía la misma deliciosa inercia del que fué consagrado Dios entre los egipcios de los Faraones y la misma pachorra somnolienta del gato de mercería que molestuó y sobón, pasa las horas de todo el año sumergido en un divino sopor de nirvana. Tiempos, climas, razas diferentes que han creído dominarlo, no han alterado su impasible modorra que ampliamente comparte con los demás felinos, ganándose quizás a todos el león de África, el cual, más que el nombre del rey del desierto, merece el de rey de la pereza, del bostezo y del sueño: un gato mantiene por lo menos cierta compostura de posición que lo hace interesante, pero el león ni eso: descuida las formas y la importancia de la realeza y groseramente echado panza arriba, duerme y sigue durmiendo y abre apenas un ojo para ver desde esa incómoda posición invertida, el ruido o el hecho que interrumpe su modorra. En las jaulas del jardín se necesita la amenazadora introducción de un fierro, para conseguir que desde la región de los sueños ruelva al mundo de los despiertos; entonces se echa sobre sus patas, bosteza largamente y la mirada vaga, lejana, se amortigua poco a poco hasta cerrar los ojos en la modorra que de nuevo lo invade.

Tuve ocasión de asistir al interesante espectáculo de los leones dominados por Mark, que llamaron tanto la atención; y, haciendo comparaciones con los huéspedes del jardín, llegué a convencerme que Mark, no era un vulgar domador de leones, sino un profundo conocedor del carácter de estos felinos y que sus proezas podría hacerlas en cualquier momento y con cualquier león vigoroso y recién capturado.

Entre los numerosos ejemplares de las colecciones del jardín hay una gran escala de caracteres individuales, desde el mansísimo Menelik, hasta el insoponible y bravo Bruto, y todos con mayor o menor tiempo resistieron de la misma manera a las molestias que les ocasionaba la propensión para darme cuenta del secreto del popular domador. Me convencí de que el rasgo dominante del carácter de

cada uno de ellos era la pereza llevada a tal extremo que preferían hasta rudos golpes antes de proceder al clásico manotón de fiera enojada. Veían el fierro que iba a usar: contestaban con un rezongo que parecía decir: ten cuidado conmigo; avanzaba el instrumento entre los barrotes, el rezongo con el mismo timbre ronco volvía a repetir: cuidado; el fierro avanzaba y el animal, sin moverse aún, rezongaba algo más fuerte su amenaza; y la barra se le ponía a dos dedos del hocico y la fiera con timbre más fuerte y más prolongado repetía: cuidado, soy muy malo, déjame en paz; y si el fierro lo hurgaba, golpeando los dientes, pero evitando con destreza el mordisco, la voz resonaba aún más enojada y con vibraciones más veloces que parecían avisar: ya, ya te agarré, ya, ya te agarré. Era ese el momento psicológico para captar entre el zarpazo ya inmediato o hacerlo dominar por su pereza innata: si en ese momento preciso se abandonaba allí mismo delante de él y sobre sus patas el fierro, la fiera callaba, reconquistada por su impagable haraganería; pero si después de ese instante el fierro continuaba, ya la garra poderosa se levantaba inexorable para proceder a la defensa. Como he dicho, el experimento repetido con todos los leones del jardín y varias veces por cada uno de ellos y cuando los ejemplares estaban cerca de la raja, desde donde creyeran hacer daño al entrometido, se repitieron matemáticamente iguales en todos los casos. Fué entonces que quedé convencido de que Mark, naturalmente con la "mise en scene" de un espectáculo público, no es un paciente domador de fieras que las conquista y las enseña con caricias, golosinas y látigo, sino que, conociendo la pereza enorme e indiscutible de estos felinos, y dotado de una sangre fría poco común, conoce bien con la mirada y en el acento de la fiera, ese momento, que he llamado psicológico y ante el cual hay que tirar el látigo, hacer desaparecer las manos tras de la espalda y mostrarse así sin argumentos contundentes que herirían al animal a defenderse, mientras que entonces prefiere no levantar su mano para no trabajar.

Clemente ONELLI

LOS CEPILLOS DE CABEZA, DE MARFIL SE LIMPIAN frotando las partes manchadas con medio limón exprimido y bien cubierto de sal. En seguida de frotarlo hay que secar bien el marfil, porque la humedad le hace perder el color.

PARA QUE NO SE SALGA la clara de los huevos rajados, al hervirlos frótese las rajaduras con sal.

PARA QUE NO SE FORME UNA CAPA azucarada en la parte superior de los dulces hechos en casa, añádase una cucharada de glicerina para cada medio kilo de fruta.

MODO DE CONSERVAR LOS TOMATES. Para conservar los tomates de una estación a otra se empleará el procedimiento siguiente: Se escogen tomates con un lienzo y se colocan dentro de un tarro grande.

Se mezclan ocho partes de agua, una de sal y otra de vinagre y este líquido se vierte sobre los tomates, cubriéndolos después con una capa de aceite de oliva que tenga un centímetro de espesor.

MONEDAS, MEDALLAS Y OTROS OBJETOS DE PLATA antigua, ennegrecidos. Se prepara una solución acuosa de ácido sulfúrico al 10 por 100. Se sumerge en este líquido el objeto sucio y se deja en tal estado el tiempo necesario para que la pátina negra haya desaparecido.

Para esto es preciso de cinco a siete minutos.

Conseguido el fin propuesto, se extraen del baño, se lavan con agua abundante y se frotan con un cepillo embebido en agua y jabón.

PARA QUE NO SE DERRAME LA LECHE al hervir, frótese el borde de la cacerola con manteca.

LOS BAÑOS Y DEMAS RECIPIENTES de tocador, se limpian frotándolos con sal seca, la cual les quita lo sucio y los deja limpios y relucientes, sin estropearlos.

ROJO EN POMADA. — A cien gramos de excelente crema, fresca, se le agregan cuatro gramos de carmín de primera calidad y se hace la mezcla en un tarro de porcelana, con ayuda de una espátula de madera; según se quiera obtener un rojo más o menos obscuro, se pone mayor o menor cantidad de crema. Si se añade polvo de talco al carmín, esta pomada se pone rancia.

REMANSO DE LUZ

Para "Fray Mocho"

El tiempo y la distancia nos separan
Ya no sé desde cuando,
Y en el cristal de mi alma su recuerdo
Es un claro remanso.

Un un abismo se abrió en nuestro camino
Por solemne mandato,
Y sorprendidos vimos alejarse
La dicha y el encanto.

Otras blancas libélulas más tarde
Mi sien acariciaron,
Pero nunca se tomaron las divinas
De aquel ensueño abstracto.

Mi espíritu sumó tantas vigiliat...
Más hoy, nuestro pasado
Se alza en el santuario de mi pecho
Cual la estrella en lo alto.

El tiempo y el destino nos separan
Ya no sé desde cuando...
Y en el cristal de mi alma su recuerdo
Es de luz un bellísimo remanso!

Clarisa G. de DIEGO ARBO

INDIFERENTE

Como tu eres ingrata, y fatalmente
me dañan, muchas veces, tus acciones;
creo que estás perdida, porque impones
con ese gesto tuyo, irreverente...
Estás perdida, sí, pues vanamente
intento sofocar tus rebeliones;
y veo que te vencen las pasiones
cuando más cerca el corazón te siente!
Yo no sé, qué desean tus desplantes;
si te ofrezco doquier, dulces instantes
de alegría, de amor y de dulzura,
tú desvías mi afán; y solo piensas
que se agotan, de pronto, mis defensas,
para volver de nuevo a mi amargura.
Pero yo, no pretendo amores vanos,
y marche, por mi senda apetecida
en silencio. Mi paso por la vida
va matando tus gestos tan tiranos!
Si injustos son y crueles, los humanos,
no lograron aún, abrir la herida
que de dolor deje a mi testa, asida
al pensamiento cruel, de los profanos.
¿Qué valdría mi amor, mi fe, mi esfuerzo;
la dulzura inefable de mi verso
si me sintiera solo y humillado?...
¿qué la grandeza de mi pecho ardiere?...
Paso como el pámpero, indiferente,
Cantando siempre mi cantar osado!

José Juan BLANCHI

LAS DOS FLORES

A la fragante flor de la pradera
dijo una flor de cera:
—Yo igualo tu belleza y tus colores,
y me niegan las aves sus amores;
el mundo es muy injusto,
¿por qué te encuentra a tí más de su gusto?

Página poética

La flor del valle en misterioso idioma,
le contestó a la flor falsificada:

—La rosa sin aroma,
por hermosa que esté no vale nada.

El alma sin virtud en donde quiera
es como flor de cera.

José ROSAS MORENO

LA MUERTE DEL PEON

No bien clarea, el peón a su faena,
cantando una milonga se encamina,
y en la expresión del rostro se adivina,
para quién es la dulce cantilena.

De pronto vaciló, se le enturbiaron
las oscuras pupilas, sudor frío,
bañó su cuerpo, yendo al rancharío,
de regreso, otros peones lo encontraron.

Sobre un lecho de chala lo tendieron,
y con la punta de un cuchillo hicieron
hoyos para las velas en el suelo.

Trajerón una vieja rezadora,
que imploró para el alma pecadora,
el perdón y un puestito allá en el cielo.

Abel ALMAGRO

LA CASITA BLANCA

Yo quisiera, mi bien, para vivir
nada más que una casita blanca...
Una blanca casita en que un jardín,
cuidado por mis manos, la rodeara;
que en el estío y en la primavera,
para darle al sol y al aire entrada,
tenga abierta la ventana humilde
como mi corazón a la esperanza.

Yo quisiera, mi bien, para pasar
nada más que una casita blanca...
Una blanca casita nada más
que tan solo a los dos nos cobijara;
que con ser así breve es más propicia
al dulcísimo amor de la mirada;
y con ser reducida a nuestros cuerpos
cubriendo nuestro amor tan grande, basta.

Yo quisiera, mi bien, para soñar
nada más que una casita blanca...
Al fulgor de la amorosa hembra,
cuando juega la inocente llama,
en el muelle sillón, los dos sentados;
yo, la vista en el libro,
tú, en el fuego clavada,
y mientras pasan las fugaces horas
como pasan las nubes y las auras,
tú soñando en la esperada carga,
y yo embriagado en la lectura amada,
sentimos que vivimos otra vida,
unidos nuestro amor y nuestras caras.

Para soñar y ser feliz, quisiera
nada más que una casita blanca;
más escucha, mi bien, este secreto:
si me falta tu amor, no quiero nada.

José Virginio CANULLO

EL BUQUE

(Werner Reuter es un poeta de 13 años. Un futuro gran poeta, sin duda. De lo mucho que lleva ya escrito en su cuaderno de colegio, entresacamos estos versos. El destino, temeroso ahora en sus manos infantiles, dirá, luego, si fué acertado nuestro pronóstico).

El río, muy silencioso,
despierta sobresaltado;
por su espalda ha pasado
algo grande y hermoso.

¿Qué es esto, — se pregunta —,
que pasó tan presuroso?
Y, como es muy curioso
a los pocos minutos, जाता.

Su discurso así empieza:
¿Nadie de ustedes dirá
su nombre y adónde va
el bulto con ligereza?

Como ninguno contesta
el río dice: ¿Qué hacer?
¿Pronto lo voy a saber!
y a seguirlo se apresta.

Y muy pronto lo alcanza
y lo mira y lo toca.
Con breves olas lo choca,
lo rodea con su danza.

Ya está impacientado,
le pregunta: ¿Quién eres
tú, de todos estos seres? —
—Buque, se me ha llamado.

Y el río, ya contento,
por saber lo que ésto era,
ni un solo minuto espera,
y vase otra vez, muy lento.

Werner REUTER.

OFRENDA

Como ofrenda la fuente al peregrino
sediento de sus aguas los consuelos
y ofrenda el sol a los azules Cielos
su calor fecundante; y como el trino

ofrenda el ruiseñor desde el espino
en flor cuando la noche alza sus vuelos
a la vega desierta y sus anhelos
ofrenda al más allá siempre el camino;

yo en este tomo lírico y sentido
que elevo hacia la vida conmovido
como en ánfora llena de ambrosías,

ofrendo con respeto a mis lectores,
el incógnito aroma de las flores
de éste mi ramo azul de poesías.

Patrocínio FUENTES PEREZ

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas; CERRITO 607

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

Buenos Aires

U. T. Mayo 1899

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Capital	En el Interior	En el Exterior
Trimestre . . \$ 2.50	Trimestre . . \$ 3.—	Trimestre \$ oro 2.—
Semestre . . " 5.—	Semestre . . " 6.—	Semestre . . " oro 4.—
Año " 9.—	Año " 11.—	Año " oro 8.—
No. suelto . . " 0.20	No. suelto . . " 0.25	
No. atrasado . " 0.40	No. atrasado . " 0.50	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares:

		En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande	cada tomo	\$ 12.—	3.70
Encuadernación en formato chico	"	" 8.—	"
Tapas sueltas	"	" 9.—	2.—
Encuadernación en formato chico	"	" 6.—	1.50

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLIFICOS,
CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE
CHICOS Y GRANDES

No. 1 — CHARADA

Prima tercera usted con grau
tesón
el asunto de la dos prima que
ansía.
Pues el caso en cuestión
exige un *todo* largo en demasía.

No. 2 — COMPRIMIDO

D C

No. 3 — FRASE EN ACCION



No. 4 — JEROGLIFICO

SONIDO NOTA

No. 5 — CHARADA

Mucho dos prima segunda
el peinado corto a prima
aunque no la veo *todo*
como afirma Josefina.

No. 6 — COMPRIMIDO

VIVIR

No. 7 — FRASE HECHA



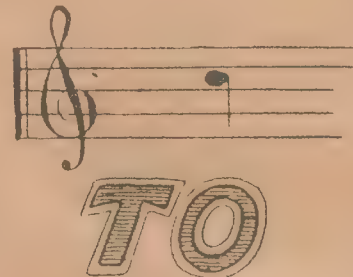
No. 8 — CHARADA

En la cara dos, tres, cuatro
usa Andrés y el *total* en los pies

No. 9 — COMPRIMIDO

UN 100 0

No. 10 — JEROGLIFICO



SOLUCIONES DEL NUMERO
ANTERIOR

- No. 38 — Es más dulce el recuerdo
que la felicidad.
.. 39 — Médico
.. 40 — Leonidas
.. 41 — Americana
.. 42 — Retobado
.. 43 — Cobrar.
.. 44 — Manolo
.. 45 — Recamado
.. 46 — Para resolver este proble-
ma no hay más que sumar
las dos distancias a que
se encontraron los mensa-
jeros más el doble de su
diferencia, de modo que
720 más 400 más 640, igual
1.760. Entre A. y B. me-
diaba, pues, "un kilóme-
tro y 760 metros".

Hay serenidad en el cielo, de azul intenso; quietud en el aire; sosiego en la mar, que es como un inmenso espejo para la comba del firmamento. Va entrando el sol en las aguas; en el lontano horizonte se extiende un purpúreo cortinaje de vibrante fulgor...

Se ve tierra. Son unas montañas violáceas, de laderas tendidas, en las que el arbolado pone manchas oscuras, y las casitas ponen ro-
tas blancas.

Al pie de una montaña, el case-
río de una ciudad brilla, dorado y sangriento, en la luz del sol mori-
bundo. Parece, así vista, la ciudad una ilustración de cuento *feérico*: viviendas cuyas paredes fueron de metales raros, con ventanales he-
chos de rubíes, amatistas y bri-
llantes, arrojando sus destellos so-
bre un lago dormido.

La ciudad evoca una de esas
ciudades que se describen en los
cuentos infantiles como mausio-
nes de princesas rubias y bondado-
sas, reyes fuertes y justicieros y
de plebeyos felices bajo la férula
patriarcal de sus señores.

* * *

Nuestra goleta reposa, cubierta
con todas sus velas, que caen lán-
guidas mástiles abajo. Díjese
encantada en el encanto del pano-
rama.

Vuelan unas gaviotas en torno
a la nave. Un albatros gigante se
lanza desde la altura. Un cuervo
marino pasa, rozando el manto
turquí de las aguas con las pun-
tas de sus luengas alas.

AL RIELAR DE LA LUNA

Cubre el sudario de las aguas la
majestad astral. Los colores se
funden en una sola nota de vivo
cobalto, que va desmayando y se
hace gris-azul. Vienen pausada-
mente las sombras. Con las som-
bras llegan los primeros hálitos
del viento terrenal. Olas pequeñas y
juguetonas lamen los flancos gen-
tiles de la embarcación. Crujen
suaves las velas al distenderse. Y
la goleta marcha lenta en el surco
que abre su quilla.

* * *

En el combés, arrimadas a la
lancha, conversamos los hombres
francos de guardia. Somos tres y
el rapaz.

Uno es portugués, viejo lobo de
mar que salvó innúmeras veces
las barras de la costa de su país.
Es iracundo; es tuerto; tiene un
rostro avinagrado, donde unos bi-
gotes hoscos y cerdosos subrayan
el gesto cruel de la boca. Créese
ver revivir en él al contramaestre
negrero.

El otro marinero es rubio como
un escandinavo. Sus barbas son
doradas; su cuerpo, membrudo.
Tiene un arrogante talante de
guerrero nórdico antiguo.

El rapaz—trece años—es more-
no como un oriental; esbelto y be-
llo como un bronce catocentista.

Refiere el portugués un lance

de mar: un naufragio en el playal
de Aveiro, del que se salvó por
milagro.

"Bareo ligero era el Remedios.
Un lugre ligero como una flecha
y marinero como un tiburón. Re-
cio, que los temporales no afloja-
ban sus costuras.

Ocho días seguidos llevaba so-
plando duro del Noreste cuando
el Remedios empezó a hacer agua.
Los bances crujían en quejas las-
tímasas y las cuadernas tembla-
ban como costillas de toro agota-
do. Desgarráronse, una por una,
las velas... En el lugre desmante-
lado llegamos a donde revienta la
mar como si el propio diablo la re-
moviera...

Navegaba el Remedios enfilado
a las oleadas que barrían su en-
bierta. Iba casi desarbolado y con
la obra muerta despedazada.

Uno tras otro fueron desapare-
ciendo los hombres de a bordo.
Quedábamos los timoneles sola-
mente, amarrados a la rueda, ate-
ridos de frío... Y así horas y ho-
ras, en luz y en tinieblas, sin co-
mer ni beber, muertos de hambre
y de sed, atormentados con el
trueno inclemente de la mar furio-
sa; las manos aferradas a las ca-
billas, los ojos clavados en la ma-
sa negra o lívida de las aguas.

Amaneció al pie de tierra; una

costa blanca y lisa como una sába-
na, sobre la que la mar nos escu-
pió, y donde nos recogieron unos
hombres cuando estábamos casi
vertos."

* * *

Había hecho el portugués su re-
lato con la naturalidad de un fata-
lista.

Durante la narración yo miraba
la palpitación lumínica del rielar
de una luna blanca y fantasmal
sobre las ondas.

Bogaba la goleta, y al bogar iba
bordando con espumas unos fle-
cos de luz de plata que la perse-
guían en prolongada estela.

A mí me extasiaban aquellas
constelaciones movibles, que se agi-
taban diseñando fantasmagorías y
arabescos de incopiable traza.

Ya había callado el portugués
cuando el rapaz me tocó en el
hombro. La ojeada vibrante de sus
pupilas negras me asaeteó mali-
ciosa:

—¿Piensas en mi prima?

—No pienso en nada; miro el
rielar de la luna.

El rapaz no me entendió. Aun-
que me creyera, no me hubiera en-
tendido. Su boca se dilató en una
risa, que desnudó sus dientes blan-
cos; mueca de ironía brava y san-
guinaria. Fué su risa una risa de
felino pronto al zarpazo.

El rapaz no me creería, porque
el alma del rapaz no concedía la
posibilidad de una embriaguez de
luz de luna.

Manuel LUSTRES RIVAS

"EL CENCERRO DE LA MADRINA", por Godofredo Lazcano Colodrero.

El autor de "El cuerno de oro", señor Lazcano Colodrero, demuestra en este segundo volumen de versos un temperamento de verdadero poeta, amante de los paisajes agrestes y cosas de la naturaleza. Nótese también, en los distintos temas que aborda con destreza de expresión poética, un deseo plausible por ceñirse a un ritmo musical; anhela, y a ratos lo consigue con creces, expresarse armoniosamente sin violentar el fondo o la sinceridad del tema tratado. Prefiere además, interpretar sus estados de alma, sin dejarse vencer por la palabra puramente retórica, ateniéndose más bien al fondo, sin deseuidar por ello la emoción que dan vida a sus versos.

Ateniéndonos a estos conceptos, y a fin de corroborar lo dicho, merecen citarse, entre otras, las poesías tituladas: *Saludo del viajero*, *Misa salvaje*, *Borrasca*, *Oda a la vaca*, *Fuga*, *Rubor*, *El labrador*, y *Baño nocturno*.

Conviene decirlo, para guía del autor, que al lado de estas composiciones bien logradas, hay otras que nos recuerdan demasiado a otro poeta, por ejemplo, el verso intitulado *Virginensidea*, con el del poeta Luis L. Franco, *Initus*.

Con *El cencerro de la madrina*, el poeta Lazcano Colodrero consigue hacerse leer con agrado, pues sus poesías nos alienta y consuela, al ver en él un alto espíritu capaz de darnos frutos más promisorios.

"LA COPA DE ARENA", por Raúl Beney.

Los versos que componen este libro, contienen una serie de poesías inspiradas en distintos temas, aún cuando se hallan todas ellas ajustadas a una forma clásica, y unidas entre sí por un solo propósito: interesar al lector, por la frescura y claridad de expresión.

Con ser éste un primer volumen, su autor, el señor Raúl Beney, ya demuestra con él, aptitudes dignas de elogios. Pues, en lo que se refiere al tecnicismo del verso, poco o casi nada le queda que aprender; ahora sí, en lo que respecta a la creación de la poesía, el señor Beney debe de huir de ciertas influencias librescas, pues notamos en algunos de sus trabajos muchas similitudes de giros con la del poeta José B. Pedroni. Decimos esto, porque es lástima en verdad, tratándose de un poeta, del que es dado esperar mucho bueno de su astro poético.

Entre las composiciones que se destacan, son dignas de mencionarse las siguientes: *Exaltación*, *La gloria de la arena*, *Ausencia*, *El hallazgo*, *Plenitud*, *El montón de arena* y *La copa de arena*.

La *copa de arena*, acusa la presencia de un temperamento lleno de

lirismo, que ha de darnos en un futuro próximo, bellas y originales composiciones en versos.

"EL CENTINELA DE LOS ANDES", por Joaquín V. González.

El Instituto Cultural "Joaquín V. González", de esta capital, ha dado a publicidad el libro cuyo epígrafe encabeza estas líneas, en homenaje de su autor y en el quinto aniversario de su muerte, sobre el ejemplar original manuscrito que posee doña Dolores Giraldo de Almonacid.

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Juan E. Carulla

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades Internas

M E J I C O 1360

Horas de consultas: de 14 a 16
Unión Telefónica: ILbertad 0819

Dr. Víctor Moraschi

OCULISTA

Jefe de clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"

De 14 a 16 y 30 horas

PARAGUAY 1615

U. T. 7297 Juncal

Dr. Eloy A. Escobar Bavio

Director de los Servicios Médicos del Jockey Club y del Círculo de la Prensa

Atiende especialmente enfermedades del corazón, aorta y sangre

Consulta: de 16 a 19 horas

CALLAO 433, 1.º piso

U. T. Mayo 1328

Dr. Alberto T. Barragán

Dentista Cirujano

De 14 a 18 SAENZ PEÑA 216

U. T. 38 Mayo 6337

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hosp. San Roque
Asistente a la clínica del profesor Sebileau (París)

Consultas: de 14 a 16 horas

LIBERTAD 1375 U. T. 6857 Jun.

Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson
Matriz, ovarios y cirugía de Señoras

SUIPACHA 27 U. T. Riv. 0500
Días de consulta: lunes, miércoles y viernes, de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano

Enfermedades de los ojos

Consultas de 14 a 18

SARMIENTO 735 U. T. 7385 Av.

El centinela de los Andes, aparte de otras consideraciones alrededor del vocablo Tahuantinsuyo y sus derivados, su autor se detiene a comentar una poesía que escribiera con motivo del paso de los Andes en aeroplano, de noche, por el entonces capitán Vicente Almonacid, hace varios años.

En forma que presta interés al asunto, el doctor González nos narra entonces el cuadro del paso de los Andes, en aeroplano, frente al centinela de los Andes, el cóndor, en este caso y, en torno del tema, hace galas de su cultura lexicográfica con expresiones del idioma de los Incas y del Antiguo Imperio, dándonos en seguida algunas explicaciones en castellano.

Este pequeño libro, conviértese así de pronto, en una bella evocación de aquel acto, no exenta de un alto lirismo, propio de una poesía narrativa con vuelos de cóndores.

"EL DULCE POEMA", por Segundo M. Argañaraz.

De Tucumán nos llega este libro de versos y, a estar a su contenido, el autor debe de ser un poeta joven, entusiasta, romántico, lírico. No otra cosa se desprende de sus amatorias poesías.

La primera parte del volumen, titúlase *El dulce poema*. Y, en toda ella, como decimos, respiranse un apasionado y romántico amor hacia la mujer amada. Todos sus cantos son para ella; a través de cualquiera de ellos, adviértese un intenso amor; no hay estrofas que

men escrito con gracejo y un sano humorismo, y, a ratos con una visión certera de las cosas o actos que sorprende aquí y allá, la retina del autor.

La manera, digamos así, del señor Scherini, es más objetiva que subjetiva, las más de las veces. Claro está, que también su estro, hállese a veces tocado por una fina vena sentimental. Pero, esto no quiere decir, que *Sin orden, ni seriedad*, no sea un volumen netamente irónico, capaz de despertar la sonrisa del lector más adusto.

El estilo del autor de esta obra, caracterízase por la brevedad de expresión y lo elíptico de sus estrofas.

Su lectura resulta amena y entretenida.

"EL ESPEJO CONCAVO".

La casa editora de Andrés Pérez, de esta capital, acaba de poner a la venta una edición popular de *El Espejo Cóncavo*, primer libro de cuentos tragicómicos que se publica entre nosotros, del cual es autor el conocido escritor José María Braña.

Esta obra mereció a su aparición, favorables conceptos de la crítica literaria nacional y española.

COMO PICA EL MOSQUITO

Dice Jaime Scott que es el mosquito hembra el que nos aflige todos los veranos con sus picadas. El aparato picador está admirablemente construido.

El mosquito hembra tiene una larga trompa que termina en dos lóbulos o labios para chupar. A este receptáculo lo acompañan cinco punzones a modo de lancetas, al paso de otro, más agudo encaja dentro de una hendidura que divide toda la trompa a lo largo y que llega a ser verdadera vaina de todo el juego de lancetas.

Cuando el mosquito va a empezar su trabajo aplica los labios de la trompa a la piel y literalmente abre un agujero en la carne. A fin de examinar tal habilidad y sus efectos, cogiendo uno de estos insectos le señale por prisión la tapadera de cristal de una caja redonda que até fuertemente a mi brazo.

Al paso que las seis lancetas, combinadas se introducían más y más en mi brazo, la trompa empezaba a encorvarse hacia atrás, vibrando como una ondulante sanguijuela en el acto de la succión. La hendidura, entretanto, estaba cerrada. Los dos labios se adherían fuertemente al agujero de donde manaba la sangre, y podía verse claramente por entre la membrana de los lados del abdomen cómo el insecto engruesaba de un modo anormal.

El aguijón o instrumento picador acabó de introducirse en la carne, y el mosquito comenzó a serrar con él, moviéndolo de arriba abajo.

no se refieran a ella, a la elegida de su corazón.

En cuanto a la construcción del verso atañe, la mayoría tienen un acentuado ritmo y hállese bien realizados. Se vé que es un poeta quien los ha compuesto.

Las otras dos secciones en que se divide la obra: *Al pasar y Visiones del medioevo*, tampoco carecen de interés, aunque están inspiradas por distintos motivos.

En resumen, el libro *El dulce poema*, del señor Argañaraz, es una larga y sostenida loa a la mujer amada, cuyas expresiones felices y en verdad sentidas, atestiguan las relevantes condiciones poéticas del inspirado autor.

"SIN ORDEN, NI SERIEDAD", por Santiago P. Scherini.

Como su título mismo lo indica, este libro de prosa y verso del señor Scherini, es un pequeño volu-

TEATROS

"EL SEÑOR MAESTRO" FUE APLAUDIDO

No puede menos que aplaudirse el fondo de grandeza que encierra la nueva producción del aplaudido comediógrafo, Sr. José J. Berrutti, titulada "El señor maestro" y que acaba de estrenar la compañía del Ideal con aplauso. Este autor ya en otras ocasiones ha mostrado su preferencia por presentar en la escena personajes que pertenecen al magisterio o están en alguna forma vinculados a la educación pública, procurando enaltecer su elevada función. En "El señor maestro", que posiblemente es la mejor pieza del señor Berrutti, muestra un contraste muy teatral y muy de todos los tiempos, al buen maestro de escuela, noble, digno, apostólico, frente al caudillo político, que teme la obra de aquel y, por consiguiente, la futura acción de sus discípulos.

La situación de ambos en un pueblo de tierra adentro es fácil imaginar. El caudillo hace imposible la vida al pobre maestro, al punto que su maquiavelismo llega a conseguir el traslado del educacionista a un lugar peor del que vive, con peligro de su propia vida. El viejo maestro, con una resignación cristiana, más aún, con una mansedumbre pascualina, se dispone a partir a ocupar su puesto en otra parte, descontento que su obra será seguida por su reemplazante, en este caso una ex alumna suya. Y se marcha en un instante patético, después de haber hecho sonar la campana por última vez, a fin de que los colegiales entren a clase.

Bella pieza, de una significación moral y de una finalidad altamente halagadoras. "El señor maestro" debe ser señalada como una producción que si no resuelve el problema, desde luego insoluble, que plantea presenta con verdadero acierto el cuadro de la influencia nefasta de la política menor en los pueblos argentinos, donde la vida gira poco menos que a paladar de los caudillos enronizados, señores de la situación, que llega en sus apetitos y torpezas a dificultar la acción de los buenos ciudadanos que han puesto su vida al servicio de la educación pública, ansiosos de engrandecer la patria.

El actor Sapelli encarnó con verdadero acierto el personaje central, bien secundado por sus camaradas de escena. El público aplaudió largamente y llamó a escena al autor.

"EL GRILLO" en el NUEVO

No es abundante la producción de Rodolfo González Pacheco, pero siempre es selecta y por eso, un estreno de esta firma atrae siempre la atención del público culto.

Con "El grillo", estrenada en el

Nuevo, ha conseguido dar una delicada y bella nota en la que todos los elementos están armonizados para llegar suavemente a la sensibilidad del auditorio. Poema campesino, es la definición asignada a la pieza por su autor y ello constituye una verdad, pues de un verdadero poema en prosa se trata, tanto por el simbolismo de los personajes, especialmente del protagonista, como por el ambiente en que se desenvuelve la acción y la belleza del diálogo, enajada de imágenes y sugerencias de una gran riqueza expresiva y de puro sabor local.

Se nos presenta en este poema a un hombre de nuestras pampas que ha pasado del bienestar a la miseria, pero llevada ésta con la resignada filosofía de los fuertes de corazón. Una niña, que se ha ido haciendo mujer a su lado, ha tenido un día el capricho de dar al amor romántico del gaucho, la lujuria de su cuerpo sediento de placer, pero separada de su amante por circunstancias fortuitas, cuando regresa a la estancia no guarda de él más que un trivial recuerdo y hasta se presenta con otro hombre que es su nuevo cortejante o compañero de frivolidad. El gaucho, que ha conservado íntegro su amor, ve con amargura la actitud indiferente de aquella mujer y se aleja de ella y del pago, silencioso y sereno, para cantar bajo otros cielos su pena. Será como esos grillos que agrandan la soledad con su modesto y triste canto.

Sencillo el asunto, como corresponde a una producción de esta índole, está matizado por acciones subsidiarias que le dan movimiento y colorido, contribuyendo a fijar más netamente el carácter del protagonista. La pieza abunda más en estados de alma que en situaciones dramáticas, sin que ello afecte en nada el interés con que es escuchada, desde la primera palabra hasta la última.

Merece elogios sin reserva la propiedad y el buen gusto con que ha sido presentado por la empresa del teatro Nuevo este estreno. Las dos escenas, la del primero y la del segundo acto (la del tercero es la misma del primero), son primorosas y encuadran con muy adecuado marco, las bellezas de la acción.

Roberto Casaux, en el principal rol se desempeñó con su acostumbrada eficacia. No le habíamos visto hasta ahora representar un papel importante de gaucho de veras, y creemos que no lo ha hecho nunca, habiendo vencido con talento las dificultades de la situación. Junto a él realizó un personaje secundario, la admirable encarnación que le dió Alippi, con cariñosa y simpática dedicación. Las actrices Esperanza Palomero

y Josefina Muñoz y los actores Enrique Serrano y Eloy Alvarez, completaron un conjunto irreprochable.

Hasta cinco días después del estreno, el autor seguía siendo reclamado en escena, por los aplausos del público.

"EL CENTINELA MUERTO" en el COMICO.

El fracaso de un padre de familia que ha sabido vigilar su hogar y poner en él las virtudes del orden, del respeto y del honor, pero que olvidó vivificar todo ello con un poco de amor, viéndose al final abandonado por la indiferencia de los suyos, es el tema de esta interesante pieza dramática de Pedro José Bellán estrenada con franco éxito en el Cómico. Sobria y acertadamente expuesta la situación, entraña un problema hondo y humano, desenvuelto por el autor con minucioso análisis psicológico, que da una impresionante sensación de realidad.

Cabe señalar el acierto escénico de los tres cuadros de que consta la obra, especialmente del segundo, en el que se logra con mayor eficacia llegar por medios nobles a una gran altura patética, emergente de la misma fuerza del conflicto y no de las palabras del diálogo, ni de los gestos de los actores.

Los componentes del cuadro del Cómico lograron dar a la obra una interpretación muy ajustada, mereciendo destacarse la actuación de Nicolás Fregues en un papel defendido brillantemente, Rosa Catta, Luisa Vehil, Ricardo Pasano y Rufino Córdoba.

"UN PUCHO EN EL PAJONAL"

Renovando en parte su cartel, la compañía del Buenos Aires puso en escena la pieza del epígrafe, original de Pablo Suero, autor que ha dado ya al género chieco criollo numerosas producciones amablemente recibidas por el público y la crítica. En este su nuevo trabajo escénico, Suero, con un asunto un tanto novelesco, ha desenvuelto una acción de caracteres dramáticos, con singular acierto. Abundan en "Un pucho en el pajonal" los atisbos psicológicos, y las situaciones cómicas y sentimentales se mezclan en el curso de las escenas sin violencia. La tendencia a destacar la nobleza como virtud humana da a la obra una simpática finalidad que el público comprendió fácilmente, sancionando con aplausos el estreno.

Muñoz a cargo de un personaje interesante, hizo una nueva creación, muy feliz. Sus compañeros de labor lo auxiliaron eficazmente.

LA GATITA DEL LICEO

Continúa el éxito de la pieza "La señorita Gata" de Roberto Gache y Agustín Remón, estrenada últimamente por Evita Franco en el Liceo. La interpretación de la gentil e inteligente actriz llena toda la obra, perfectamente de acuerdo con el espíritu travieso y sentimental de la misma.

TODAVIA LAS REVISTAS!

Ha deserecido, afortunadamente, entre el público y los empresarios teatrales, la afición por la revista anodina, a base de cuatro piernas más o menos deformadas, cuatro trapos más o menos descoloridos y cuatro pavadas más o menos escabrosas, todo abrigado por los viejos fulgos de luz de los reflectores, espejuelo de incautos.

Sin embargo, aún hay teatros que explotan el género. Hemos visto en el Porteño las dos revistas que forman su cartel. Son iguales entre sí e idénticas a las demás que se han visto últimamente en ésta y en otras salas. Pero aquí hay una novedad. Es un perro muy listo y muy atorrante, que es lo mejor de la compañía. Es un perro de circo, metido en la revista para darle algún interés a ésta. Dentro de poco será necesario que en cada función regalen boletas para la rifa de una casa o extraigan muelas sin dolor exhibiendo la entrada en alguna gran clínica dental.

HECHO DE SANGRE EN EL NACIONAL

En el número próximo nos ocuparemos del estreno en este teatro, de una pieza sangrienta de Vicente G. Reta, rotulada "La sangre de las guitarras".

GRAN SPLENDID

Un cartel de interés ofrecerá en la semana que se inicia este bello cine, cuyos programas brindan las novedades más atrayentes de la producción cinematográfica universal. Puede descontarse, por tanto, el éxito de las funciones.

CAPITOL

Muy bien concurrido se ve este cine todas las noches, por el buen programa de películas que ofrece. Novedades de interés se preparan para en breve.

GLORIA

En estos días ha de verse singularmente concurrida esta sala de la avenida de Mayo, en razón de las películas que constituyen los programas preparados al efecto.

PARC

Esta sala de Palermo continúa atrayendo las mejores familias de la circunscripción, siendo el cine favorito de las inmediaciones a la plaza Italia.

— SOCIALES —



Señorita Dolores Ballebella, después de contraer enlace con el señor José Marcomis.



Señorita Dolores E. Astarloa, cuyo matrimonio con el ingeniero Enrique Díaz, se efectuó recientemente.



La señorita Hipólita Gil cuyo enlace con el señor Francisco Perrotti se efectuó recientemente en la Iglesia de la Concepción. La contrayente aparece rodeada del cortejo nupcial.

Fots. Pérez.

FUME Vd.

UN CAMEL



El cigarrillo del
cual puede Vd. estar
orgulloso.-
"Camel"

R. J. REYNOLDS TOBACCO COMPANY, WINSTON-SALEM, N. C.

Unicos Agentes: MASSALIN y CELASCO - Tacuarí 560 - Bs. As.